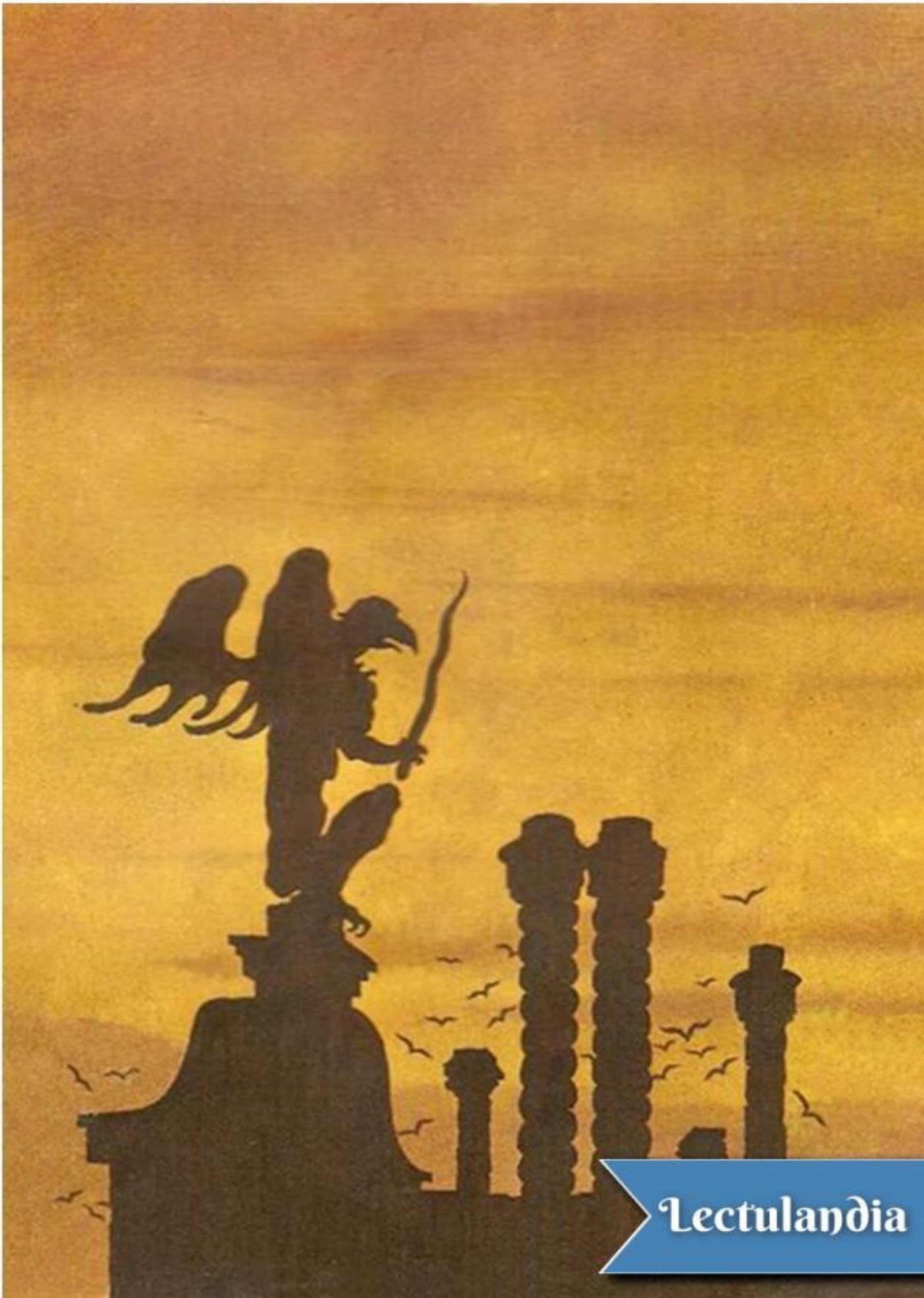
AGATHA CHRISTIE

EL SECRETO DE CHIMNEYS



Selecciones de Biblioteca Oro

Lectulandia

Anthony Cade, que ejerce de guía turístico en África del sur, recibe de un buen amigo una extraña misión que le devuelve a Inglaterra. A su llegada, se ve envuelto en una telaraña de asesinatos, chantaje y traición, relacionados con las luchas políticas de Herzoslovaquia, y en una romántica y misteriosa historia de amor.

Lectulandia

Agatha Christie

El secreto de Chimneys

ePUB v1.0
Ormi 12.11.11

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Secret of Chimneys*
Traducción: Juan A. G. Larraya
Agatha Christie, 1925
Edición 1983 - Editorial Molino - 240 páginas
ISBN: 84-272-0156-7

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ANCHOUKOFF (Boris): Ayuda de cámara del príncipe Miguel.
ANDRASSY: Capitán, caballerizo del citado príncipe.
BADGWORTHY: Inspector de la policía local.
BATTLE: Superintendente de Scotland Yard.
BRENT (lady Eileen, alias Bundle): Bella hija mayor de lord Caterham.
BRUN (Geneviéve): Institutriz francesa de las hijas pequeñas de lord Caterham.
CADE (Anthony): Agente de la agencia turística Viajes Castle, protagonista de esta novela.
CATERHAM (Lord): Marqués de Caterham, propietario de la regia mansión de Chimneys.
CHILVERS: Criado de Virginia Revel.
EVERSLEIGH (Bill): Funcionario del Estado a las órdenes de Lomax.
FISH (Hiram): Rico estadounidense, entusiasta de los libros; huésped de lord Caterham.
ISAACSTEIN (Herman): Rico financiero y otro invitado de lord Caterham.
JOHNSON: Agente de policía.
LEMOINE: De la Sûreté de París.
LOLOPRETJZYL (barón de): Representante en Londres del partido monárquico de Herzoslovaquia.
LOMAX (George): Importante funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores.
MANUELLI (Giuseppe): Camarero del hotel Blitz.
MACGRATH (Jimmy): Residente en África, dedicado a la caza y muy amigo de Anthony Cade.
MELROSE: Coronel, jefe de policía de la comarca.
ÓBOLOVITCH (Miguel): Príncipe de Herzoslovaquia.
ÓSCAR: Secretaria de Lomax.
REVEL (Virginia): Prima de Lomax; mujer extraordinariamente atractiva.
TREDWELL: Mayordomo de lord Caterham.

Capítulo I

Un encuentro

—¡Caballero Joe!

—¡Que me cuelguen si no es Jimmy McGrath!

Las siete mujeres alicaídas y los tres varones aburridos, clientes de Viajes Castle, sintieron un súbito despertar de su interés. Mister Cade, su admirado mister Cade, alto, esbelto, moreno, risueño, cuyas elegantes maneras tanto habían contribuido a resolver disputas y a mantenerlos en un aceptable estado de buen humor, había encontrado a un amigo harto peculiar, a decir verdad. De estatura semejante a la de su guía, más robusto y mucho menos apuesto, parecía arrancado de las páginas de una novela de aventuras. Sería, probablemente, el dueño de una taberna; pero despertaba su atención. A fin de cuentas, se viaja con la esperanza de ver cosas que los libros mencionan. Hasta aquel instante se habían fastidiado en Bulawayo, abrasados por el calor intolerable, agobiados por las incomodidades del hotel y, carentes de propósito definido, charlaban, en espera de trasladarse en coche a Motoppos. Por suerte, mister Cade había sugerido que comprasen postales de las que había verdadera plétora.

Anthony Cade y su amigo se distanciaron unos metros.

—¿Qué diablos haces con esa turba femenina? —preguntó McGrath—. ¿Vas a fundar un harén?

—¿Con estos ejemplares? ¿Te has fijado en ellas? —replicó Anthony.

—Sí. Pensé que te habías vuelto miope.

—Mi vista sigue siendo excelente. Muchacho, soy el agente local de Viajes Castle.

—¿Cómo llegaste a aceptar ese empleo?

—Me forzó a ello una lamentable penuria económica. Reconozco que no es adecuado a mi temperamento.

Jimmy sonrió.

—Te revientan las ocupaciones estables, ¿verdad?

Anthony no respondió directamente al comentario.

—Espero que, como siempre, surja algo más emocionante.

Jimmy ocultó su risa.

—Bien lo sé. Anthony Cade se verá, tarde o temprano, en un lío. Naciste con un instinto especial para el jaleo... y con más vidas que un gato. ¿Cuándo podemos charlar?

—Tengo que conducir mi gallinero a la tumba de Rhodes —suspiró Anthony.

—¡Estupendo! —aprobó Jimmy—. Los baches los molerán y regresarán pidiendo

la cama a gritos; así nos será posible tomar unas copas y comentar las últimas noticias.

—Convenido. Hasta luego, chico.

Anthony se reunió con su rebaño. Miss Taylor, la más joven y retozona de las ovejas, le abordó al punto.

—¿Un amigo suyo, mister Cade?

—En efecto; un buen amigo de mi inocente juventud.

—Parece interesante.

—Opinión que le comunicaré con gusto.

—¡Qué ocurrencia! No sea tan pícaro, mister Cade. Pero, ¿cómo le llamó?

—¿Caballero Joe?

—Sí. ¿Es su verdadero nombre?

—Me defrauda, señorita. Creí que jamás olvidaría mi hermoso nombre de Anthony.

—¡Oh!... ¡Por favor! —exclamó la turista, e hizo un mohín delicioso.

Anthony dominaba ya a la perfección las triquiñuelas del oficio. Entraba en sus deberes, aparte de la organización de los viajes y excursiones, aplacar a ancianos de supersensible dignidad, proporcionar a matronas numerosas ocasiones de adquirir postales y galantear a toda clase de mujeres menores de cuarenta años. Le facilitaba esta última tarea la decidida propensión de las damas a traducir en tiernas indirectas sus más inocentes comentarios.

Miss Taylor volvió a la carga.

—¿Por qué le llamó Joe, en tal caso?

—Porque no es mi nombre.

—¿Y por qué caballero?

—Porque no lo soy.

—No diga eso, mister Cade —se indignó la joven—. Precisamente anoche papá alabó sus modales.

—Su papá es muy amable, señorita.

—Y todos coincidimos en que es usted un caballero.

—Me abruman...

—Hablo en serio.

—«Los buenos corazones valen más que rancios blasones» —declamó Anthony, sin que viniera a cuento, deseando huir.

—Bellísimo poema ése. ¿Sabe muchas poesías?

—Puedo recitar únicamente «El muchacho irguióse en el ígneo puente, del que todos habían escapado». También soy capaz de representarlo. «El muchacho irguióse en el ígneo puente»... ¡Uf, uf, uf! (Son las llamas)... «Del que todos habían escapado», momento en que corro alocado, como un perro despavorido.

Miss Taylor rió hasta saltársele las lágrimas.

—¡Qué gracioso! ¿Han oído a mister Cade?

—Pensemos ahora en el té de la mañana —propuso rápidamente Anthony—. Vengan por aquí. Hay un bar excelente en la próxima calle.

—¿Esa consumición queda incluida en la tarifa? —inquirió la gruesa voz de mistress Caldicott.

—El té de la mañana se considera como un gasto extra —informó Anthony en su tono más profesional.

—¡Lástima!

—La vida está sembrada de sinsabores, ¿verdad? —insinuó alegremente Anthony.

Los ojos de mistress Caldicott brillaron como quien se dispone a sacar un conejo de la manga.

—Al sospecharlo, me preparé durante el desayuno. Llené una botella de té, que puedo calentar en un fogoncillo de alcohol. Vamos, padre.

Los Caldicott se dirigieron triunfalmente al hotel. Los hombros de la dama revelaban la complacencia que le proporcionaba su previsión.

—¡Cuánta gente extraña has creado, Dios mío! —murmuró Anthony. Condujo al resto de los turistas al café. Miss Taylor, que continuaba a su lado, reanudó el interrogatorio.

—¿Hacía mucho que no veía a su amigo?

—Más de siete años.

—¿Le conoció en África?

—Sí, pero no en esta región. Encontré a Jimmy McGrath cuando ya estaba a punto para la cazuela. En el interior hay tribus caníbales, ¿sabe? Llegamos a tiempo.

—¿Y qué sucedió?

—Se armó la marimorena, causamos algunas bajas a los salvajes y los demás tomaron las de Villadiego.

—¡Ah! ¡Qué existencia tan aventurera la suya!

—Muy apacible, se lo aseguro.

Pero miss Taylor no lo creyó.

A las diez de la noche del mismo día, Anthony Cade entraba en la pequeña habitación en que Jimmy McGrath se ejercitaba en la degustación de distintas botellas.

—Procura que la mía sea fuerte —imploró—. Lo necesito, palabra.

—Lo sospecho, muchacho; yo no aceptaría ese empleo ni a cambio de una fortuna.

—Indícame otro y lo abandono en el acto.

McGrath llenó su vaso, lo apuntó con la rapidez que proporciona una larga práctica y volvió a llenarlo. Entonces dijo lentamente:

—¿De verdad?

—¿Qué?

—¿Renunciarías a tu presente colocación por otra?

—¿A qué viene eso? ¿Insinúas que existe la posibilidad de obtenerla? Si es así, ¿por qué no te la reservas? ¿No la quieres?

—La tengo sí, pero no me hace gracia. Por ello deseo traspasártela.

—¿Te han nombrado maestro de una escuela dominical?

—¿Quién se atrevería a hacerlo?

—Nadie, desde luego, si te conoce.

—Es un trabajo magnífico y sin ninguna clase de inconvenientes.

—¿En Sudamérica, por una bendita casualidad? Le he echado el ojo a esa parte del mundo. En cualquiera de esas naciones, estoy seguro de ello, habrá pronto una linda revolución.

Jimmy sonrió.

—Te atrajeron siempre las revoluciones. Tu única preocupación es verte metido en una buena pelea.

—Los sudamericanos apreciarían mi talento, porque, Jimmy, puedo ser muy útil en una guerra civil, a cualquiera de los dos bandos; y prefiero eso a ganarme honradamente el pan cotidiano.

—Hijo mío, eso no es la primera vez que lo admites; sin embargo, el trabajo no espera en ese edén tuyo, sino en Inglaterra.

—¿Sí? El héroe, tras larga ausencia, regresa a la tierra que le vio nacer. Jimmy, ¿le encarcelan a uno por deudas contraídas siete años atrás?

—Creo que no. ¿Te importa saber algo más?

—No me vendría mal. Me extraña, no obstante, que tú no lo aceptes.

—Ocurre, mi querido Anthony, que me voy muy lejos, al interior, en busca de oro.

Anthony silbó.

—No has cambiado desde que nos conocimos, Jimmy. El oro es tu debilidad, tu talón de Aquiles, la pasión de tu vida. Pocas personas habrán perseguido más quimeras que tú.

—Y verás cómo triunfo al fin.

—Cada loco con su tema. El mío son las luchas y los golpes, el tuyo el oro.

—Voy a contártelo todo. ¿Qué sabes de Herzoslovaquia?

Anthony alzó la cabeza.

—¿Qué dices? —exclamó con un curioso timbre en la voz.

—Lo que oyes. ¿Qué sabes de Herzoslovaquia?

Hubo una pausa antes de que Anthony respondiera.

—Lo corriente. Es un Estado balcánico, con ríos, cuyo nombre ignoro, y

montañas, que imagino numerosas. Su capital es Ekarest, su población se dedica sobre todo al bandidaje y al deporte de matar reyes y promover algaradas. Su último monarca, Nicolás IV, fue asesinado siete años atrás. Desde entonces existe un gobierno republicano. En suma, un lugar simpático y atractivo. ¿Por qué no me avisaste que Herzoslovaquia figuraba en el asunto?

—Su protagonismo es indirecto.

Anthony miró a su amigo con más pena que ira.

—Enmiéndate, Jimmy; sigue un curso por correspondencia o algo análogo... Si llegas a contar algo por el estilo en los jugosos días de los imperios orientales, te hubieran colgado de los pies, apaleado y despellejado.

McGrath continuó la explicación, sin que le conmovieran las censuras.

—¿Has oído hablar del conde Stylpitch?

—Por fin dices algo razonable —aprobó Anthony—. Muchos de los que ignoran la existencia de Herzoslovaquia adoptarían una expresión inteligente a la mención del conde, el Gran Jefe de los Balcanes, el Mayor de los Villanos, epítetos que dependen del periódico que se lea; pero Jimmy, no te quepa duda de que se le recordará mucho después que tú y yo seamos polvo y ceniza. Stylpitch ha movido las piezas en el tablero del Próximo Oriente en cuantos acontecimientos se produjeron en los últimos veinte años. Ha sido un dictador, un patriota, un estadista... Nadie sabe exactamente qué ha sido, aunque todos están de acuerdo en que fue el rey de la intriga... ¿Qué pasa con él?

—Fue el primer ministro de Herzoslovaquia.

—No tienes sentido de la proporción. ¿Qué es Herzoslovaquia en comparación con él? Su papel fue procurarle un lugar de nacimiento y un puesto en los asuntos públicos. Yo le creía muerto.

—Falleció en París dos meses atrás. Pero han pasado años desde el suceso que voy a contarte.

—El problema es que no me lo cuentas —dijo Anthony.

Jimmy sonrió.

—En París, y de ello hace cuatro años, me paseaba una noche por un barrio solitario. Topé de pronto con media docena de matones que maltrataban a un anciano respetable y, como me molestan las diferencias numéricas, intervine moliendo a golpes a los rufianes. Jamás les habían atizado en serio, supongo, porque se disolvieron como la nieve bajo el sol.

—¡Bravo, Jimmy! —exclamó Anthony a media voz—. Me hubiese gustado presenciarlo.

—¡Bah! No fue nada —aseveró modestamente Jimmy—. Con todo, el vejete se sintió muy agradecido y, si bien llevaba una copa de más, recordó preguntar mi nombre y mis señas. Al día siguiente me visitó para darme las gracias como un gran

señor. Descubrí entonces que había salvado al conde Stylpitch. Habitaba en el Bois...

Anthony afirmó:

—En efecto, Stylpitch vivió en París después del asesinato del rey Nicolás. Había rechazado la presidencia de la república, fiel a sus principios monárquicos, aunque se rumoreó que terciaba en todos los altibajos políticos de los Balcanes. El difunto conde era muy maquiavélico.

—Nicolás IV tenía gustos heterodoxos en materia de esposas, ¿verdad? —dijo de pronto Jimmy.

—Que le perdieron, ¡pobrecillo! —suspiró Anthony—. Se trató de una bailarina o actriz parisiense de baja estofa, poco adecuada hasta para un matrimonio morganático; pero él la idolatraba. Ella había decidido ser reina... y, por fantástico que parezca, lo consiguió. Cambió su nombre por el de condesa Popoffsky, según creo, con la pretensión de que por sus venas circulaba sangre de los Romanoff. Nicolás se casó con ella en la catedral de Ekarest, obligó a dos obispos reacios a bendecir la unión y la coronó con el nombre de reina Varaga; después convenció a sus ministros de lo oportuno de su enlace, olvidándose del pueblo en general. Ahora bien, los herzoslovacos son de índole aristocrática y reaccionaria, y demandan que sus soberanos sean de descendencia regia genuina. Por consiguiente, hubo murmuraciones, descontento, represiones despiadadas y una sublevación final en la que el pueblo asaltó el palacio, asesinó a los monarcas y proclamó la república. Desde entonces, y sin modificar el régimen de gobierno, en Herzoslovaquia no se aburren; han matado a un par de presidentes para conservarse en forma... Pero, como dicen los franceses, *révenons á nos moutons*, volvamos a nuestro asunto. Decías que el conde Stylpitch te proclamó su salvador...

—Sí. Aquello fue todo. La venida a África borró el incidente de mi memoria hasta que, hace dos semanas, recibí un paquete singular que llevaba mucho tiempo siguiendo mis pasos. Yo había leído en la prensa el fallecimiento del conde, sucedido en París. Dicho paquete contenía sus Memorias. Reminiscencias o como quieras llamarlas. Una nota adjunta me informó de que unos editores londinenses habían recibido instrucciones de entregarme un millar de libras esterlinas si yo ponía en sus manos el manuscrito antes o el mismo día 13 de octubre.

—¿Has dicho mil libras esterlinas, Jimmy?

—Sí, hijo. ¡Ojalá no sea una broma, porque ni los príncipes ni los políticos, como reza la sabiduría popular, son de fiar!... Así estamos. No me sobra tiempo, ya que el manuscrito tardó mucho en encontrarme. Es una pena. Acabo de preparar mi excursión al interior, y he puesto el corazón en ello. No se me presentará jamás una ocasión como ésta.

—Eres incurable, Jimmy. Mil libras en mano bien valen una tonelada de oro hipotético.

—Pero supón que sea un petardo... Bueno, aquí me tienes, con el pasaje pagado, camino de Ciudad de El Cabo... y tú apareces. Anthony se levantó y encendió un cigarrillo.

—Adivino lo que pretendes, Jimmy. Tú corres tras el oro y yo cobro el millar de libras esterlinas en representación tuya. ¿Cuál sería mi parte?

—¿Qué me dices de un cuarto de millar?

—¿Doscientas cincuenta libras, exentas de impuestos?

—Exacto.

—Trato hecho; y te confieso, para que tus dientes rechinen, que hubiese ido por cien. Sabes, ¡oh, James McGrath!, que la muerte no te atrapará en el lecho pensando en tu cuenta corriente.

—Entonces, trato hecho.

—Entonces convenido. Te pertenezco de pies a cabeza. ¡Brindemos por la ruina de Viajes Castle!

Los dos hombres bebieron solemnemente.

Capítulo II

Una mujer en apuros

—Perfectamente —dijo Anthony, depositando el vaso vacío en la mesa—. ¿En qué barco zarpabas?

—En el *Granarth Castle*.

—Navegaré como James McGrath, ya que el pasaje irá a tu nombre. Hace mucho tiempo que los pasaportes no nos preocupan.

—No hay riesgo. Tú y yo no nos parecemos, pero la descripción que da de nosotros vendrá a ser la misma: estatura, un metro ochenta; pelo oscuro; ojos azules; nariz corriente; barbilla corriente...

—No tan corriente. Viajes Castle me eligió entre una nube de aspirantes sobre todo por mi agradable presencia y distinguidas maneras. Jimmy sonrió.

—Las noté esta mañana.

—¡Vete al infierno!

Anthony paseó a lo largo de la habitación, frunciendo el entrecejo. Al cabo de unos minutos dijo:

—Stylpitch murió en París. En tal caso, ¿por qué enviarían el manuscrito de esta ciudad a Londres pasando por África?

Jimmy hizo un gesto de ignorancia.

—No lo sé.

—¿Por qué no emplearían la vía más lógica?

—Hubiera sido lo más sensato.

—Pero la etiqueta veda a los monarcas y altos funcionarios gubernamentales a efectuar las cosas del modo más sencillo y directo —continuó Anthony—. Así nacieron, por ejemplo, los correos reales. En la Edad Media se entregaba a un individuo un sello que le servía de «ábrete, sésamo». Bastaba su simple mención para abrirle todas las puertas, aunque comúnmente quien lo exhibía lo había robado. Me sorprende constantemente que algún sujeto despierto no se las ingeniara para copiar el anillo, labrar una docena y venderlos a cien ducados cada uno. En aquella época no tenían iniciativa.

Jimmy bostezó.

—Puesto que mis comentarios sobre la Edad Media no te divierten, volvamos al conde Stylpitch. De Francia a Inglaterra, a través de África, me parece un procedimiento exagerado, incluso dentro de los cánones diplomáticos. Si nuestro personaje pretendió asegurarse de que recibirías las mil libras, bien pudo legártelas en su testamento. A Dios gracias, ni tú ni yo somos lo suficiente orgullosos para hacer

ascos al dinero, venga como venga. Por lo tanto, Stylpitch debía de estar loco.

—Podemos sospecharlo, ¿verdad?

Anthony prosiguió sus paseos.

—¿Lo has leído? —preguntó de pronto.

—¿Qué?

—El manuscrito.

—¡Cielos, no! ¿Con qué fin? ¿Para qué voy a atascar mi cerebro con esa pacotilla?

Anthony sonrió.

—Ha sido una pregunta; eso es todo. A veces las indiscreciones de unas Memorias originan escándalos. Gentes que durante toda su vida enmudecieron como ostras hallan un malicioso placer en el escándalo que causarán sus revelaciones después de su muerte. ¿Qué clase de hombre era el conde? Tú le conociste, hablaste con él, y eres buen psicólogo. ¿Te pareció maligno y vengativo?

Jimmy meneó la cabeza.

—¿Qué puedo decirte? La noche de marras estaba borracho; al día siguiente era un anciano distinguido y elegante, que me aduló hasta que no supe a dónde mirar.

—¿Dijo algo interesante durante su embriaguez?

Jimmy arrugó la frente, proyectando su memoria al pasado.

—Farfulló que sabía dónde se hallaba el Koh-i-noor —respondió titubeando.

—Como todo el mundo: en la Torre de Londres, tras gruesos vidrios y barrotes de hierro, vigilado por un grupo de caballeros de indumentaria pintoresca.

—Eso es.

—¿Agregó algo más? ¿Sabía, por ejemplo, en qué ciudad se encuentra la Colección Wallace?

Jimmy negó.

—¡Hum! —gruño Anthony.

Encendió un tercer cigarrillo y tornó a recorrer la estancia.

—¿Lees los periódicos, pagano? —inquirió de improviso.

—De tarde en tarde. Generalmente, no me interesan las noticias que publican.

—Yo, alabado sea Dios, soy más civilizado. La prensa ha mencionado últimamente a Herzoslovaquia, insinuando la posibilidad de que sea restaurada la monarquía.

—Nicolás IV no tuvo descendencia —indicó Jimmy—. Pero la dinastía Obolovitch no se habrá extinguido. Es más, probablemente tendría manadas de primos en primero, segundo y tercer grado.

—¿No habrá por tanto dificultad en encontrar un rey?

—Ni por asomo. No me asombra que se hayan cansado de las instituciones republicanas. Un pueblo como ése, ardiente y viril, tiene que sentirse degradado al

elegir presidentes, después de liquidar monarcas. Y este comentario me trae a la memoria algo más de lo que dijo Stylpitch. Aseguró que los matones pertenecían al grupo del rey Víctor.

—¿Qué? —profirió Anthony, girando sobre sus talones.

Una sonrisa dilató el rostro de su amigo.

—Estás muy nervioso, caballero Joe.

—No seas majadero, Jimmy. Acabas de decir algo importante.

Fue a la ventana y miró al exterior.

—Veamos, ¿quién es Víctor? ¿Otro soberano balcánico? —indagó Jimmy.

—No, no es esa clase de monarca.

—¿Qué es entonces?

Hubo una pausa.

—Un malhechor, Jimmy —repuso finalmente Anthony—, el más famoso ladrón de joyas del mundo, personaje fantástico e impávido al que nada asusta. El rey Víctor... En París le aplicaron el apodo... en París, centro principal de su banda. Y en la misma ciudad le capturaron y le condenaron a siete años de cárcel por un delito menor. No consiguieron probar nada más contra él. Ya habrá cumplido su condena o estará a punto de cumplirla.

—¿Se debería al conde su captura y la banda quiso vengarse?

—No lo creo probable. El rey Víctor, según mis informes, no robó las joyas reales de Herzoslovaquia. Pero la situación inflama mi imaginación: la muerte de Stylpitch, las Memorias, los rumores, vagos pero interesantes, y se cuenta que se ha descubierto petróleo en aquella zona. Presiento, Jimmy, que el mundo va a interesarse mucho por Herzoslovaquia.

—¿Todo el mundo o una parte de él?

—Los financieros de la City.

—¿Adonde quieres llegar?

—Quiero complicar un trabajo fácil.

—¿Pretendes que habrá obstáculos en la entrega de un simple manuscrito a una editorial?

—No, no lo creo —respondió Anthony—. ¿Te gustaría saber qué haré con mis doscientas cincuenta libras si llegan a mi poder?

—¿Irte a América del Sur?

—No, a Herzoslovaquia. Tal vez apoye a los republicanos y me encumbre como presidente.

—¿Por qué no te presentas como un Obolovitch y te conviertes en soberano?

—Jimmy, los reyes son hereditarios y los presidentes ostentan el cargo cuatro años o poco más. Me divertiría gobernar Herzoslovaquia durante este plazo.

—Tengo entendido que sus monarcas vivieron ordinariamente menos tiempo —

comentó Jimmy.

—¿Me animas a que te estafe las mil libras? No las necesitarás cuando regreses cargado de pepitas de oro. Las invertiré en la compra de acciones petrolíferas herzoslovacas. Tu idea me va entusiasmando a medida que reflexiono. No habría pensado en presentarme en Herzoslovaquia, de no mencionarlo tú. Estaré un día en Londres, contando el botín, y partiré en el expreso de los Balcanes.

—Tendrás que demorarte más. No he mencionado aún un encargo que quiero que hagas.

Anthony tomó asiento, mirándole con severidad.

—¡Hum! Barrunté que me ocultabas algo. ¿Qué maquinas?

—Nada.... Nada más que ayudar a una mujer.

—Jimmy, renuncio a intervenir en tus amores.

—Como no puedo estar enamorado de una mujer a la que no he visto, será preferible que te narre la historia.

—Y ya que he de sufrir otra de tus interminables y enrevesadas historias, será preferible que tome un trago.

Después de satisfacer la demanda, el anfitrión inició el relato.

—Estando en Uganda, salvé la vida a un latino...

—Jimmy, te recomiendo que escribas un libro titulado *Las vidas que salvé*. No es la primera vez que hablas de ello esta noche.

—En realidad, mi intervención en el presente caso no fue espectacular. Me limité a sacar al sujeto del río; no sabía nadar.

—Antes de que prosigas, dime: ¿se relacionan los dos asuntos?

—En absoluto. Sin embargo, recuerdo ahora que el individuo era herzoslovaco. Le llamaban Pedro Dutch.

Anthony aprobó con indiferencia.

—El nombre es lo de menos; pero los herzoslovacos no son latinos —comentó—. Explícame tu obra de misericordia.

—Pedro Dutch, por todo agradecimiento, se me pegó como una lapa. Seis meses después, cuando le mataron las fiebres, yo estuve, ¿cómo no?, a su lado. En el instante de pasar a mejor vida, me hizo unas señas y jadeó excitado, en una extraña jerga, algo sobre un secreto... una mina de oro, me pareció que decía. Luego me puso en la mano un paquete envuelto en hule que siempre había llevado pegado a su piel. En aquel momento no le concedí atención. No lo abrí hasta una semana más tarde y, entonces, te lo juro, se enardeció mi curiosidad. ¡Mal hice! Debí comprender que Pedro Dutch era incapaz de distinguir una mina de oro de una escupidera, mas supuse que la suerte...

—Y se aceleraron los latidos de tu corazón al pensar en las pepitas —interrumpió Anthony.

—Recibí un disgusto mayúsculo. ¡Bonita mina! Lo fue sin duda para aquel cerdo... ¿Sabes qué ocultaba el hule? Cartas de una mujer, cartas de una inglesa, a la que aquella rata había explotado... ¡Y tuvo el descaro de legarme su inmundicia...!

—Comprendo tu ira, Jimmy. No obstante, piensa que el herzoslovaco quiso beneficiarte. Le habías salvado la vida y te nombró heredero universal de su única fuente de ingresos, pero ignorando tus miras idealistas.

—¿Qué debía hacer? Mi primer impulso fue quemar el fajo de correspondencia... Luego cavilé que la desdichada no sabría que había sido destruida y que, por consiguiente, viviría con el alma en un hilo, atemorizada por la posibilidad de que aquel maldito reapareciera.

—Tienes más imaginación de la que te concedía, Jimmy —observó Anthony, encendiendo un cigarrillo—. La situación es, en efecto, más complicada de lo que aparenta. ¿Por qué no se las remites por correo?

—Porque, como todas las mujeres, no había puesto ni fecha ni dirección en la mayoría de las cartas. Sólo una contenía algo que, hasta cierto punto, puede considerarse como señas, un nombre: Chimneys.

Anthony soltó de golpe la cerilla que le chamuscaba los dedos y profirió:

—¿Chimneys? Es extraordinario...

—¿Por qué? ¿Te dice algo?

—Mi querido amigo, se trata de una de las mansiones más importantes de Inglaterra, centro de esparcimiento de soberanos y mentidero de diplomáticos.

—He ahí por qué me alegro de que me sustituyas. Dominas todas esas cosas —declaró con sencillez Jimmy—. Un pelagatos como yo, nacido en los bosques canadienses, incurriría en toda suerte de errores; tú, en cambio, educado en Eton y Harrow...

—Únicamente en uno de ellos —atajó modestamente Anthony.

—Lo llevarás a buen término. Me pareció arriesgado mandárselas, porque deduje que su marido estaba celoso... ¿En qué lío la metería, si él la abría por error? ¿Y si había muerto? Las cartas tenían bastante tiempo. Por tanto, lo único factible era que alguien las llevase a Inglaterra y se las entregara en persona.

Anthony arrojó el cigarrillo y palmoteo con afecto la espalda de su amigo.

—Eres un caballero andante, Jimmy; los bosques del Canadá se enorgullecerán de ti. No conseguiré ponerme a tu altura.

—¿Aceptas las comisión?

—Claro.

McGrath sacó de la cómoda un fajo de cartas, que depositó en la mesa.

—Aquí están. Léelas.

—¿Lo crees oportuno? Preferiría abstenerme.

—Por lo que cuentas de Chimneys, ella debió estar de paso en la casa. La lectura

quizá nos proporcione una pista sobre su domicilio.

—Tienes razón.

Repasaron las cartas sin encontrar lo que esperaban. Anthony las agrupó muy pensativo.

—¡Pobrecilla! —exclamó—. Tenía un miedo cerval.

Jimmy hizo un gesto afirmativo y preguntó ansioso:

—¿Crees que te será posible encontrarla?

—No me iré de Inglaterra antes de conseguirlo. ¿Tanto te interesa esa desconocida, muchacho?

Jimmy recorrió meditabundo la firma con el índice.

—Es un nombre muy lindo —se excusó—. Virginia Revel.

Capítulo III

Inquietud en las altas esferas

—Claro, claro —dijo lord Caterham.

Había empleado las mismas palabras tres veces, y en cada una de ellas alimentó la esperanza de concluir la entrevista y poner los pies en polvorosa. Le horrorizaba detenerse en la escalinata de su selecto club londinense, sobre todo para escuchar los inagotables torrentes oratorios del honorable George Lomax.

Clement Edward Alistair Brent, noveno marqués de Caterham, era un diminuto caballero de descuidada indumentaria, y en todos los aspectos diferente del concepto popular de cómo es un aristócrata. Sus desvaídos ojos azules, su delgada nariz melancólica sentaban bien a sus modales vagos y corteses.

La principal desdicha de la existencia de Caterham había sido la de suceder a su hermano, el octavo marqués, cuatro años antes. Ese hombre notable había merecido la celebridad en todos los hogares británicos. Dirigió el Ministerio de Asuntos Exteriores, destacó en el gobierno del Imperio y su mansión campestre, Chimneys, cobró fama por su regia hospitalidad. Secundado por su esposa, hija del duque de Perth, los fines de semana de Chimneys sirvieron de telar donde se urdió la Historia, y apenas había personaje inglés o europeo que no hubiese descansado la cabeza en las almohadas de sus alcobas.

Nada tenía que objetar a ello el noveno marqués, quien respetaba y estimaba en grado sumo la memoria de su hermano. Henry había desempeñado su papel de forma magnífica. Lo que le dolía era la creencia general de que él debía marchar por la misma senda y que Chimneys pertenecía a la nación y no a un simple particular. Nada hastiaba más a Caterham que la política, como no fuesen los políticos; de ahí que le impacientara la avasalladora retórica de George Lomax, hombre robusto, de faz rubicunda, ojos protuberantes y, además, muy pagado de sí mismo.

—¿Lo entiende, Caterham? Un escándalo de esa índole sería desastroso. La situación es muy delicada.

—Como siempre —dijo el aristócrata con una chispa de ironía.

—¿Y quién lo sabe mejor que yo?

—Claro, claro —exclamó Caterham, retrocediendo por cuarta vez a aquella línea defensiva.

—Nos perderá el menor desliz en la cuestión de Herzoslovaquia. Lo esencial es que las concesiones petrolíferas se otorguen a una compañía inglesa. ¿Lo comprende?

—Naturalmente.

—El príncipe Miguel Obolovitch llegará este fin de semana. Lo más indicado

sería que el asunto se discutiera en Chimneys, so pretexto de una partida de caza.

—Yo me proponía ir al extranjero esta semana —murmuró Caterham.

—¡Bah! Nadie viaja a principios de octubre.

—Mi médico asegura que estoy enfermo —objetó Caterham y miró anhelante a un taxi que pasaba.

La libertad le estaba vedada, porque Lomax tenía el desagradable hábito, fruto de una larga experiencia, de acorralar a sus interlocutores de cualquier modo. En aquel caso asía vigorosamente por la solapa el gabán del marqués de Caterham.

—Querido amigo, lo expresaré más enérgicamente. En un instante de crisis nacional como el que se avecina...

Caterham se movió intranquilo. Estaba dispuesto a celebrar incontables fiestas, antes que escuchar uno de los famosos discursos de Lomax que, según sabía de buena tinta, duraban más de veinte minutos.

—De acuerdo, accedo —interrumpió—. Usted se encargará de todo, ¿verdad?

—No será necesario. Chimneys, aparte de su gloriosa historia, goza de una situación ideal. Yo estaré en Abbey, a menos de diez kilómetros de distancia... porque, desde luego, no sería correcto que me incorporase al grueso de los invitados.

—Claro, claro —convino Caterham sin la más mínima noción del por qué y sin deseo de averiguarlo.

—¿Le molestaría albergar a Bill Eversleigh? Será útil como mensajero.

—Me complacerá —afirmó Caterham, algo más animado—. Bill es un buen tirador y Bundle simpatiza con él.

—La cacería no tiene importancia. Sólo es un pretexto, por decirlo así.

El marqués tornó a ensombrecerse.

—El grupo lo compondrán el príncipe, sus asistentes, Bill Eversleigh, Herman Isaacstein...

—¿Quién?

—Herman Isaacstein, representante del trust de que le he hablado.

—¿Es británico cien por cien?

—Sí. ¿Por qué?

—¡Oh, por nada! Me ha sorprendido. Hay nombres ingleses muy extraños.

—Y en fin, dos o tres personas al margen del asunto, que proporcionen a la reunión una apariencia inocente. Lady Eileen podría invitar a algunos jóvenes ingenuos sin criterio político.

—Bundle lo hará de mil amores.

—¡Oh! —profirió Lomax, como herido por un rayo—. ¿Recuerda lo que acabo de decir?

—Ha hablado usted de tantas cosas...

—Me refiero a ese desdichado contratiempo... —Lomax convirtió su voz en un

misterioso susurro—, a las Memorias... las del conde Stylpitch.

—Creo que anda descaminado —repuso Caterham y dominó un bostezo—. A la gente le gustan los escándalos. Yo mismo leo los de mis semejantes y me divierto.

—No se trata de que el vulgo las lea o no. Indudablemente las devorará. Pero su publicación en esta coyuntura tal vez arruinaría nuestros proyectos. El pueblo de Herzoslovaquia desea restaurar la monarquía, y se dispone a ofrecer la corona al príncipe Miguel, que tiene el apoyo y el aliento del gobierno de Su Majestad...

—Y que ha decidido conferir unas concesiones petrolíferas a mister Ikey Hermanstein & Company en compensación del millón y pico que le prestan para sentarle en el trono...

—¡Caterham! ¡Caterham! —imploró angustiado Lomax—. Discreción, se lo suplico; discreción sobre todo.

—Y la verdad es que —prosiguió complacido el marqués, aunque bajó la voz—, una parte de esas memorias de Stylpitch tal vez den al traste con sus bien anudados propósitos. Quizá delaten la tiranía y la caprichosa conducta de los Obolovitch, ¿verdad? Habrá interpelaciones en los Comunes: ¿Por qué se sustituye la actual forma de gobierno, comprensiva y democrática, por una tiranía obsoleta? ¿Dictan la política los implacables capitalistas? ¿Tendremos que gritar abajo el gobierno...? ¿Me equivoco?

—No —confesó Lomax—. ¡Si sólo fuera eso! Imagine, no más que por un momento, que se aluda a esa infortunada desaparición... ya sabe cuál.

Lord Caterham le contempló con los ojos muy abiertos.

—No, no lo sé. ¿Cuál?

—¿Lo ignora? Pero, hombre, si sucedió mientras estaban en Chimneys. Henry se vio en tal aprieto, que casi arruinó su carrera.

—Aviva usted mi interés —dijo Caterham—. ¿Quién o qué desapareció?

Lomax se inclinó hasta que sus labios quedaron a un centímetro de la oreja del marqués. Éste retrocedió velozmente.

—¡Por Dios! No me silbe en el oído.

—¿Me ha entendido?

—Sí —admitió Caterham de mala gana—. Ahora me acuerdo de ello. Fue un asunto en extremo curioso. ¿Quién sería? ¿No lo recobraron?

—Jamás. Hubimos de proceder con suma cautela para que nada trascendiera. Pero Stylpitch era de los presentes, y barruntó algo, ya que no todo, cuando negociamos con él un par de veces a causa de una cuestión turca. Cabe que se haya tomado malicioso desquite, incluyendo el caso en sus Memorias. Ofrecidas éstas al mundo, comprenderá usted las dimensiones del escándalo y sus dolorosos resultados. Todos se preguntarán por qué se silenció...

—Sería lo lógico —dijo Caterham, con evidente fruición. Lomax, que casi habría

gritado, se contuvo.

—¡Calma, calma! No debe perder la cabeza. Pero respóndame, mi apreciado amigo: si no se proponía turbarnos, ¿por qué envió el manuscrito a Londres dando un rodeo tan grande?

—Es raro, ciertamente. ¿Está seguro de ello?

—Por completo. Tenemos un agente en París. Las Memorias fueron despachadas en secreto semanas antes de su defunción.

—Sí, sí; ha de haber algo podrido —dijo Caterham, muy complacido.

—Averiguamos que se enviaron a un individuo llamado Jimmy, o James McGrath, canadiense, que reside en África.

—Todo el Imperio está complicado, ¿verdad? —comentó alegremente el marqués.

—James McGrath arribará mañana, jueves, en el *Granarth Castle*.

—¿Qué piensa hacer?

—Abordarle al instante, revelándole las peligrosas consecuencias de su publicación, y rogarle que retrase, por lo menos un mes, la entrega del manuscrito o, en el peor de los casos, que consienta una edición... «juiciosa».

—¿Y si contesta «No, señor» o «Váyase al infierno» o algo por el estilo? —inquirió lord Caterham.

—Tal posibilidad es la que me asusta —admitió Lomax—. Por eso me parece plausible que le invite a hospedarse en Chimneys. Le halagará conocer al príncipe Miguel y será más fácil manejarle.

—Me niego —replicó el marqués—. Nunca me gustaron los canadienses, especialmente los que residen en África.

—Seguramente será un hombre espléndido, un diamante en bruto.

—No, Lomax; me niego rotundamente. No hay que exagerar. Otra persona habrá de amansarle, yo no.

—Una mujer nos sería muy provechosa. La aleccionaríamos convenientemente, ni mucho ni poco, y haría gala de tacto... Le expondría la situación sin irritarle. Desde luego, no apruebo la intervención femenina en la política; pero las mujeres obran maravillas en su propia esfera. Acuérdese de la esposa de Henry y cuánto le ayudó. Marcia fue una anfitriona soberbia, única...

—¿Desea que la invite a la cacería? —preguntó Caterham, que había palidecido ante la mención de su temible cuñada.

—No, no me interprete mal. Hablaba de la influencia del bello sexo en general. No, pensaba en una joven encantadora, bella e inteligente.

—¿En Bundle? Mi hija le decepcionaría. Si simpatiza con algún partido es con los socialistas. Se moriría de risa al oír tamaña proposición.

—Lady Eileen no entra en mis cálculos. Su hija, Caterham, es deliciosa, pero muy

joven. Necesitamos una mujer con sumo tacto, algo mundana... ¡Ya la tengo! Mi prima Virginia.

—¿Mistress Revel? —exclamó el marqués, lleno de ánimo, presintiendo que concluiría por divertirse—. Magnífica idea, Lomax. Es la mujer más atractiva de Londres.

—Y conoce al dedillo los asuntos herzoslovacos, porque su marido perteneció a la embajada británica en aquel país, como usted sabe. Y nadie discute su encanto.

—¡Una criatura como pocas! —dijo para sí lord Caterham.

—Asunto concluido, entonces.

Mister Lomax soltó su presa.

—Adiós, Lomax. Haga los arreglos que quiera.

El marqués se abalanzó a un taxi. En cuanto es posible que un digno caballero cristiano aborrezca a otro digno caballero cristiano, lord Caterham detestaba al honorable George Lomax. Desdeñaba su gruesa faz rubicunda, su ruidosa respiración y sus prominentes y serios ojos azules. Suspiró al pensar en el fin de semana. ¡Qué tormento, Dios mío! ¡Qué tormento! Cruzó por su mente la imagen de Virginia Revel.

—Una joven deliciosa —murmuró para sí—. La más hechicera que conozco.

Capítulo IV

Una dama encantadora

George regresó a Whitehall.

Percibió un roce precipitado al penetrar en la suntuosa serie de despachos en que administraba los asuntos de Estado. Mister Bill Eversleigh archivaba cartas, pero la amplia butaca, puesta al pie de la ventana, conservaba aún el calor de un cuerpo humano.

Bill era un muchacho muy agradable. Su edad aparente frisaba en los veinticinco años; era alto, de movimientos desmañados. Tenía facciones de atractiva fealdad, una magnifica dentadura y honrados ojos castaños.

—¿Ha enviado Richardson su informe?

—No, señor. ¿Insisto?

—No importa. ¿Han telefoneado?

—Miss Óscar tomó los recados. Mister Isaacstein desearía que usted comiera con él mañana en el Savoy.

—Ordene a miss Oscar que consulte mi agenda. Si estoy libre, puede aceptar la invitación.

—Bien, señor.

—Y de paso, Eversleigh, telefonee a mistress Revel, calle Pont, 48. Encontrará el número en la guía telefónica.

Bill abrió el listín, recorrió con el índice una columna de la M, cerró el volumen y cogió el teléfono. Con él en la mano, se detuvo como si recordase algo.

—Señor, ahora recuerdo que la línea de mistress Revel está estropeada. No he obtenido comunicación en varios días.

—¡Qué contrariedad! —farfulló Lomax, tabaleando indeciso en el escritorio.

—Puedo ir a su casa, si es importante. Estará en ella a esta hora de la mañana.

George Lomax caviló durante algún tiempo. Bill aguardó de puntillas, presto a correr si la decisión era afirmativa.

—Será lo mejor —declaró al fin el prohombre—. Vaya en taxi. Pregunte a mistress Revel si podrá recibirme a las cuatro de la tarde. Quiero consultarle algo importante.

—Muy bien, señor.

Bill cogió su sombrero y salió.

Diez minutos más tarde un taxi le dejaba ante el número 48 de la calle Pont. Pulsó el timbre y ejecutó un tableteo salvaje en el aldabón. Un criado abrió la puerta. Bill lo saludó como si le conociera íntimamente.

—Buenos días, Chilvers. ¿Está la señora?

—Creo que se dispone a salir.

—¿Eres tú, Bill? —preguntó una voz desde la escalera—. He reconocido tus fuertes aldabonazos. Sube.

Bill levantó los ojos hacia la risueña faz asomada, que tenía la virtud de seducirle, y no sólo a él, llevándole a un estado de completa incoherencia verbal. Salvó los peldaños de dos en dos y estrujó la mano que la joven le tendía.

—Hola, Virginia.

—Hola, Bill.

La seducción es una virtud singular. Centenares de mujeres, algunas más bellas que mistress Revel, podrían haberle saludado con la misma frase y en el mismo tono sin producirle ningún efecto. Aquellas dos palabras, en boca de Virginia, embriagaron a Bill.

Virginia Revel tenía veintisiete años. Era alta, de una esbeltez exquisita y tan bien proporcionada, que un poema dirigido a ella hubiera quedado sobradamente justificado. Su pelo broncíneo poseía el matiz verdoso del oro; su barbilla indicaba decisión, su nariz era perfecta, sus ojos oblicuos permitían atisbar, a través de los párpados entornados, un azul intenso y su indescriptible boca se curvaba en las comisuras en la forma denominada «señal de Venus». Era el suyo un rostro muy expresivo; de su persona irradiaba tal vitalidad, que llamaba la atención. Habría sido imposible ignorar a Virginia Revel.

Condujo a su visitante a una salita malva pálido, verde y amarillo, como azafranes descubiertos en un claro y verdeante prado.

—¿No te echará de menos el Ministerio? Creía que no podrían prescindir de ti.

—Me envía el besugo.

Así llamaba el irreverente Bill a su jefe.

—Otra cosa, Virginia. Recuerda que tu teléfono está estropeado.

—No es verdad.

—Ya lo sé; le mentí.

—¿Por qué? Explícame esa estratagema de Asuntos Exteriores.

Bill le reprochó con la mirada.

—¡Qué tonta soy! ¡Y qué amable eres tú!

—Chilvers me comunicó que ibas a salir.

—Sí, voy a la calle Sloane, donde venden unas fajas estupendas.

—¿Fajas?

—Sí, algo que nos aprieta en las caderas. Lo oculta la falda.

—Me avergüenzo de ti, Virginia. No debes describir esas intimidades a los amigos; no es delicado.

—Pero, Bill, todos tenemos caderas, aunque las mujeres sufrimos para

disimularlas. Esa faja es de goma, llega a la rodilla y es imposible andar con ella.

—¡Espantoso! ¿Para qué la quieres?

—Porque nos gusta sufrir por nuestra figura. Dejemos eso. Dame el recado de George.

—Le interesa saber si estarás en casa a las cuatro de esta tarde.

—No estaré. Voy a Ranelagh. ¿A qué se debe tanta formalidad? ¿Se me va a declarar?

—No me extrañaría.

—En tal caso, comunícale que prefiero los hombres que se declaran impulsivamente.

—¿Como yo?

—En ti no es impulso, es una costumbre.

—Virginia, ¿cuándo...?

—No, no, no, Bill; antes de comer, no. Intenta pensar en mí como una madre que se interesa por cuanto te concierne.

—¡Te amo tanto, Virginia!

—Lo sé, Bill; lo sé. Me gusta que me amen. ¿Verdad que es horrible? Me entusiasmaría que todos los hombres atractivos del mundo se enamorasen de mí.

—La mayoría lo estarán, supongo —dijo, sombrío, Bill.

—Espero que George no sea de ellos. En el fondo, resulta imposible, porque su carrera le absorbe totalmente. ¿Qué más dijo?

—Que era importante.

—Me intrigas. Lo que George considera importante cabe en un puño. Sacrificaré Ranelagh, donde puedo ir cualquier día. Avisa a George que le aguardaré muy modosa a las cuatro de la tarde.

Bill consultó su reloj.

—No merece la pena volver antes del almuerzo. Comamos juntos, Virginia.

—Estoy citada no sé con quién.

—¡Qué más da! Puesta a renunciar...

—Sería encantador —sonrió Virginia.

—Eres incomparable. Te gusto, ¿verdad? ¿Te gusto más que otros?

—Te adoro, Bill. Si tuviera que casarme con alguien, si, como en las novelas, un mandarín me dijera: «Cásate o te torturaremos», te elegiría sin vacilación. Diría: «Busquen a mi pequeño Bill».

—Pues...

—Pero no me obligan a casarme y me satisface la viudedad.

—Yo no te molestaría; podrías ser libre, frecuentar el trato con tus amigos... No me notarías en casa.

—No lo entiendes, Bill. Pertenezco a las que se casan por entusiasmo. Bill gimió.

—Un día me pegaré un tiro —murmuró lúgubremente.

—Te equivocas. Convidarás a cenar a una linda muchacha... como la otra noche.

Mister Eversleigh se sonrojó.

—Si te refieres a Dorotea Kirkpatrick, la actriz de *Anzuelos y Ojos*, pues..., ¡maldición!, es una buena chica, muy recta. La cena no ocultaba mal fin.

—Claro que no, querido. Me alegro que te diviertas; pero no finjas hacerlo con el corazón destrozado.

Mister Eversleigh recobró su dignidad.

—No lo entiendes, Virginia —afirmó severo—. Los hombres...

—Son polígamos, lo sé. A veces temo inclinarme yo también a la poliandria. Si de veras me amas, llévame a almorzar sin más dilaciones.

Capítulo V

Primera noche en Londres

Los proyectos mejor meditados a menudo tienen un punto flaco. George Lomax, en su sabiduría, sólo cometió un error, y así hubo un eslabón falso en sus preparativos; éste fue Bill.

Mister Eversleigh era intachable. Jugaba bien al golf y mejor al cricket; distinguíase por sus elegantes maneras y buen carácter; pero debía su cargo en el Ministerio más a sus amistades que a su cerebro. Desempeñaba honradamente sus labores, consistentes en obedecer a George, y no tenía responsabilidad ni iniciativa. Su trabajo se reducía a acudir inmediatamente cuando su superior le llamaba, recibir a las personas enojosas, efectuar encargos y hacerse útil en una porción de menesteres secundarios. Lo ejecutaba todo con puntualidad. En ausencia de George, se acomodaba en el sillón más confortable, estiraba ante sí las piernas y leía revistas deportivas; es decir, seguía una tradición consagrada por los siglos.

Acostumbrado a descansar en el joven, George le envió a las oficinas navieras a averiguar cuándo arribaría el *Granarth Castle*. Como muchos ingleses bien educados, Bill poseía una voz agradable y apenas inteligible. Un profesor de fonética le hubiese rectificado la pronunciación de la palabra «Granarth». Sonó a cualquier cosa y el empleado entendió Cranfrae. El *Cranfrae Castle* era esperado el jueves siguiente, y así lo comunicó. Bill dio las gracias y salió. George Lomax aceptó la información y de acuerdo con ella hizo sus planes. Ignorando todo lo concerniente a la línea Castle, dio por sentado que James McGrath llegaría en la fecha indicada.

Así, pues, le hubiese sorprendido saber, en el momento en que aferraba la solapa del marqués de Caterham en la escalinata del club, que el *Granarth Castle* había entrado la tarde anterior en el puerto de Southampton.

A las dos de aquella tarde, Anthony Cade, bajo el nombre de James McGrath, se apeó en la estación de Waterloo, tomó un taxi y ordenó al conductor, tras leve vacilación, que le llevase al hotel Blitz.

—No renunciaré a las comodidades —se dijo Anthony, mirando interesado por las ventanillas del vehículo.

Habían transcurrido exactamente catorce años desde que estuviera en Londres por última vez.

Después de reservar una habitación en el hotel, fue a pasear unos minutos a lo largo del Embankment. Le alegraba hallarse de nuevo en aquella ciudad. Había cambiado, naturalmente. Poco más allá del puente de Blackfriars hubo antaño un pequeño restaurante que había frecuentado con otros muchachos serios. En aquella

época fue socialista y hasta había usado corbata roja. ¡Oh, juventud, divino tesoro!

Volvió sus pasos hacia el Blitz. Un hombre tropezó con él en la calzada, tirándole casi al suelo. Recobraron ambos el equilibrio y el hombre se excusó mientras le examinaba detenidamente. Era bajo, macizo, y al parecer pertenecía a la clase trabajadora.

Anthony entró en el hotel preguntándose a qué obedecería ese examen. A nada, seguramente. Su rostro moreno, destacando entre los pálidos londinenses, habría provocado curiosidad. Una vez en su habitación, obedeció al repentino impulso de contemplarse en el espejo. ¿Le reconocería uno de sus contados amigos de los viejos días si le encontrara cara a cara? Meneó despacio la cabeza.

A su partida de Londres, a los dieciocho años, era rubio, gordezuelo, un muchacho de falaz expresión seráfica. ¿Quién le reconocería en el actual hombre delgado y curtido, de aire inquisitivo?

Sonó el teléfono en la mesita de noche.

—¿Diga?

Le respondió la voz del empleado del vestíbulo.

—¿El señor James McGrath?

—Al habla.

—Un caballero solicita verle.

Anthony se asombró.

—¿Verme? ¿A mí?

—Sí, señor; un extranjero.

—¿Cómo se llama?

Hubo un silencio.

—Le envío inmediatamente su tarjeta.

Anthony esperó. Dos minutos después llamaron a la puerta y un botones le ofreció una tarjeta en una bandejita.

Anthony la tomó. Llevaba grabado el siguiente nombre:

BARÓN LOLOPRETJZYL

Comprendió el silencio del empleado.

Consideró la cartulina unos segundos antes de llegar a una decisión.

—Indíquele que suba.

—Muy bien, señor.

El barón de Lolopretjzyl resultó ser un hombre gigantesco, calvo y de copiosa barba negra, peinada en abanico.

Juntó los talones con un chasquido y se inclinó.

—Mister MacGrath —dijo.

Anthony procuró imitar sus movimientos.

—Barón... —respondió y adelantó una silla—. Siéntese, por favor. Creo no haber tenido el placer de conocerle.

—En efecto —contestó el barón, mientras se sentaba, y agregó cortésmente—: Y lo lamento.

—Yo también —aseguró Anthony.

—Vamos al asunto. Represento en Londres al partido leal de Herzoslovaquia.

—Y lo representa admirablemente.

El barón hizo una reverencia.

—Usted amable en exceso es. Mister McGrath, nada le ocultaré. El momento ha llegado de la restauración de la monarquía, de luto desde el martirio de Su Graciosa Majestad el rey Nicolás IV, de bendita memoria.

—Amén —murmuró Anthony—. Perdón..., ¡bravo, bravo!

—En el trono se colocará a Su Alteza el príncipe Miguel, que tiene el apoyo del Gobierno británico.

—¡Espléndido! Le agradezco que me informe de ello.

—Todo arreglado estaba... cuando usted vino a turbar la situación.

El barón le acusó con los ojos.

—Mi querido barón... —protestó Anthony.

—Sí, sí, no desvarío. Usted posee las Memorias del difunto conde Stylpitch.

El barón le miró fijamente.

—¿Y en qué parte se relacionan dichas Memorias con el príncipe Miguel?

—Producirán escándalo.

—Como casi todas —aplacó Anthony.

—De muchos secretos tuvo conocimiento. Si se revelase la cuarta parte, Europa abismada en la guerra se vería.

—Por favor, tal vez sea exagerado pretender...

—Una opinión desfavorable a Obolovitch se divulgaría. Tan democrático es el espíritu de esta nación.

—Esa familia pudo ser algo rigurosa en sus procedimientos —dijo Anthony—, porque lo lleva en la sangre. Pero a nadie sorprende tal conducta en los Balcanes, aunque ignoro por qué.

—No entiendo, no entiendo —exclamó el barón y suspiró—. Mis labios sellados están.

—¿Qué le asusta concretamente?

—Hasta que las Memorias lea no lo sabré —explicó con sencillez el barón—. Pero tiene que haber algo. Los grandes diplomáticos siempre indiscretos fueron. Habrá problemas.

—Oiga —dijo amablemente Anthony—. No permita que le domine el pesimismo.

Los editores reflexionan sobre los manuscritos, los empollan como si fueran huevos. Tardarán un año por lo menos en publicar éste.

—Un joven muy astuto o muy inocente es usted. Se ha dispuesto que las Memorias en un periódico dominical aparezcan inmediatamente.

—¡Oh! —profirió Anthony, bastante consternado—. Queda siempre el recurso de desmentir las revelaciones como calumniosos infundios.

El barón sacudió tristemente la calva.

—No, no; a tontas y a locas habla. Al grano vamos. Mil libras ha de cobrar, ¿verdad? Ya ve usted, bien informado estoy.

—Felicito al Servicio Secreto de los leales.

—Y yo mil quinientas ofrezco.

Anthony negó con la cabeza, sin cerrar la boca dilatada por el asombro.

—Lo siento, pero no es posible —respondió apesadumbrado.

—Bien. Dos mil ofrezco.

—Me tienta usted, barón; pero continúa siendo imposible.

—Su precio diga entonces.

—Temo que no entiende mi situación. Creo que usted pertenece al bando de los ángeles y que las Memorias pueden perjudicar su causa. Sin embargo, debo ultimar la misión que se me encomendó, sin escuchar las voces de sirena que suenen a mi lado. No sería decente.

El barón, que le había entendido, aprobó varias veces con el gesto.

—Es un honor de caballero inglés.

—Nosotros lo expresamos de otro modo; pero, salvada la diferencia de vocabulario, viene a ser lo mismo.

El barón se levantó.

—Mucho el honor inglés respeto —anunció—. Otro sistema probaremos. Buenos días.

Dio un talonazo, se inclinó y se fue muy erguido.

—¿Qué habrá querido decir? —reflexionó Anthony—. ¿Será una amenaza? En fin, Lollipop no me asusta. El nombre le sienta bien. En adelante le llamaré barón Lollipop.

Se paseó por la habitación indeciso sobre lo que haría. La fecha estipulada para la entrega del manuscrito se hallaba a poco más de una semana de distancia. Era el 5 de octubre. Anthony no pretendía anticiparla. Y, ciertamente, sentía una avidez febril por leer las Memorias, tarea que había retrasado a causa de un ataque de fiebre que le acometió en el barco y que le restó ánimos para descifrar la letra, garrapateada a mano hasta lo ilegible.

Y al mismo tiempo había de atender a algo igualmente urgente.

Cogió la guía telefónica y buscó el apellido Revel. Había seis personas de tal

nombre: Edward Henry Revel, cirujano en la calle Harley; James Revel & Cía., talabarteros; Lenox Revel, en los pisos Abbotbury, Hampstead; miss Mary Revel, domiciliada en Ealing; la honorable mistress Virginia Revel, de la calle Pont, número 48; y miss Willis Revel, plaza de Cadogan, 42. Eliminados los talabarteros y miss Mary Revel, le quedaban cuatro nombres, asumiendo la hipótesis de que la dama residiera en Londres. Cerró la guía.

—Lo dejaré al azar. Tal vez ocurra algo.

La suerte de Anthony Cade estribaba principalmente en su fe en ella. Así, media hora después, hojeando las páginas de una revista, halló lo que buscaba. La duquesa de Perth había organizado una fiesta de la que se publicaba información gráfica. Al pie de la fotografía central, la de una mujer vestida de egipcia, se incluía en el epígrafe:

«La honorable mistress Virginia Revel representando a Cleopatra, de soltera Virginia Cawthorn, hija de lord Edgbaston».

Anthony contempló un buen rato la fotografía, modulando un silencioso silbido. Luego arrancó la página y la guardó en un bolsillo. Subió a su habitación, extrajo las cartas de la maleta e introdujo el retrato bajo el bramante que las sujetaba.

Un inesperado ruido hizo que se volviera rápidamente. En la puerta había un personaje que parecía escapado del reparto de una ópera bufa: u n hombre siniestro, de cabeza deprimida y brutal, cuyos labios se plegaban en una malvada sonrisa.

—¿Qué desea? —preguntó Anthony—. ¿Y cómo ha llegado hasta aquí?

—No existen obstáculos para mí —respondió el desconocido con voz gutural, extranjera, aunque hablaba inglés con soltura.

«Otro latino», pensó Anthony, y ordenó:

—Márchese.

El hombre tenía fijos los ojos en el paquete de cartas.

—No me retiraré sin llevarme lo que he venido a buscar.

—¿Y es...?

El individuo avanzó un paso.

—Las Memorias del conde Stylpitch.

—¿Cómo le voy a tomar en serio? —sonrió Anthony—. Es usted el perfecto villano. ¿Quién le envía? ¿El barón Lollipop?

—¿El barón...?

Y el hombre agregó una retahíla de palabras integradas por ásperas consonantes.

—¿Se pronuncia así? ¿Como si hiciera gárgaras ladrando? Soy incapaz de repetirlo; le continuaré llamando Lollipop. Conque le mandó él, ¿verdad?

No sólo obtuvo una vehemente negativa, sino que su visitante escupió incluso de

una manera muy convincente y arrojó un papel sobre la mesa.

—Mire... ¡y tiemble, maldito inglés!

Anthony cumplió interesado la primera parte de la orden. En el papel había pintada una mano roja.

—Parece un miembro humano. Mas estoy dispuesto a conceder que es una visión cubista de una puesta de sol ártica.

—Es el símbolo de los Camaradas de la Mano Roja, a los que pertenezco.

—¡No me diga! —dijo Anthony, estudiándole con exagerada atención—. ¿Sus cofrades se le parecen? ¿Qué opina de usted la Sociedad Eugenésica?

El hombre se enfureció.

—¡Perro, más que perro! ¡Esclavo de una monarquía decadente! Déme las Memorias y no se arrepentirá. Los camaradas son clementes.

—Rasgo que les honra; pero tanto ellos como usted andan desencaminados. Tengo instrucciones de entregar el manuscrito, no a su admirable hermandad, sino a ciertos editores.

—¡Bah! ¿Sueña con llegar vivo a sus oficinas? ¡Basta de charla!... Los papeles o disparo...

El individuo blandió un revólver.

El juicio de Anthony Cade estribaba en premisas falsas y estaba acostumbrado a enfrentarse con adversarios cuya prontitud de acción aventajaba casi a la facultad de pensar. Anthony no aguardó a que el arma le amenazara. Así que el revólver brilló en el aire, se lo arrancó de la mano. El puñetazo hizo girar al hombre, que presentó la espalda a su enemigo.

La ocasión era excelente. Un certero y vigoroso puntapié de Anthony envió al conspirador al pasillo, a través de la puerta, transformado en un revoltijo de brazos y piernas.

Anthony siguió su trayectoria, pero el Camarada de la Mano Roja, cansado de que le manejasen como a un títere, se incorporó y escapó corredor abajo.

—¡Fin de los Camaradas de la Mano Roja! —murmuró, renunciando a perseguirle—. Su pintoresco aspecto no resiste la acción directa. ¿Cómo se introdujo hasta aquí? Algo resulta claro: mi misión no será tan fácil como creía. Me he indispuesto con los monárquicos y con los revolucionarios. Pronto, supongo, los nacionalistas y los independientes me mandarán una delegación. ¡Es seguro! Esta misma noche empezaré la lectura del manuscrito.

Una ojeada a su reloj le indicó que se aproximaban las nueve y optó por cenar en la habitación. No esperaba más sorpresas, pero le convenía mantenerse alerta, impidiendo que registrasen su maleta mientras comía en el restaurante. Pidió el menú, eligió un par de platos y una botella de Burdeos. El camarero se fue con el encargo.

Mientras llegaba la cena, sacó el manuscrito y lo depositó en la mesa, al lado de

las cartas.

Tras previa llamada en la puerta, reapareció el camarero con una mesita portátil y los cubiertos. Anthony había retrocedido a la chimenea, cuyo espejo, al que miraba distraídamente, le reveló un hecho curioso.

El camarero contemplaba el paquete del manuscrito como si sus ojos se hubieran prendido de él. De vez en cuando miraba de soslayo a Anthony. Haciéndolo se movió alrededor de la mesa; le temblaban las manos y se humedecía los labios con la lengua. Anthony le examinó interesado. Era alto, esbelto, como la mayoría de los camareros, de rostro bien afeitado y expresivo. Sería italiano o francés, se dijo el joven.

Anthony giró en el instante crítico, sobresaltando al camarero, que simuló atarearse con las vinagreras.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó súbitamente Anthony.

—Giuseppe, monsieur.

—Italiano, ¿verdad?

—Sí, monsieur.

Anthony le dirigió la palabra en su idioma materno y el camarero respondió con harta soltura. En tanto que cenaba, atendido por Giuseppe, reflexionó:

¿Se había equivocado? ¿El interés de Giuseppe por el paquete obedecía a una inocente curiosidad? Tal vez; no obstante, el recuerdo de la intensa emoción del nombre lo desmentía. Anthony se sintió interesado.

—¡Maldición! —se dijo—. ¿Piensa todo el mundo en el dichoso manuscrito? No debo permitir que me domine la fantasía.

Acabada la cena y levantada la mesa, se dedicó a la lectura de las Memorias, que progresó lentamente a causa de la enrevesada letra del difunto conde. Los bostezos de Anthony se sucedieron con delatora generosidad. Al final del cuarto capítulo se dio por vencido.

Hasta entonces las Memorias eran un dechado de aburrimiento, sin el menor vislumbre de escándalo moral o político.

Reunió las cartas, las envolvió con el papel manuscrito y las encerró en su maleta. Después echó la llave a la puerta, en la que también por cautela apoyó una silla. En la silla colocó una jarra de la mesita de noche llena de agua.

Después de repasar, no sin cierto orgullo, tales disposiciones, se acostó y acometió de nuevo las Memorias de Stylpitch; mas le pesaban los párpados tanto, que guardó las cuartillas debajo de la almohada, apagó la luz y se durmió inmediatamente.

Cuatro horas más tarde se despertó de improviso. ¿Qué le había desvelado? Quizás un ruido, quizás el agudo instinto que se desarrolla en los hombres de existencia azarosa.

Trató, inmóvil, de concretar sus impresiones. Percibió un roce sigiloso y notó entonces una negrura más densa que la reinante entre él y la ventana, en el suelo, junto a la maleta.

Se levantó de un salto, encendiendo al mismo tiempo la luz. Una persona se incorporó del suelo desde el lugar en que estuviera arrodillada.

Era Giuseppe, el camarero. Un cuchillo, largo y delgado, brilló en su diestra. Se abalanzó sobre Anthony, cuyos sentidos se hallaban ya en total sobre aviso. Estaba inerme. Giuseppe semejaba un maestro en el empleo del arma blanca.

Esquivó la acometida. Los dos hombres se revolcaron en el suelo. La fuerza de Anthony se concentró en retorcer el brazo que tenía el cuchillo. La mano libre del camarero se cerró en su garganta, asfixiándole lentamente. Sin embargo, continuó inmovilizando el brazo.

El cuchillo resonó en el pavimento. El italiano retorció el cuerpo de pronto y se zafó de los brazos de su enemigo. Anthony se lanzó hacia la puerta con el propósito de interceptarle la retirada. Demasiado tarde descubrió que la silla y la jarra de agua estaban en su sitio.

Giuseppe había penetrado por la ventana y hacia ella se dirigía. La errónea acción de Anthony en dirección a la puerta le permitió saltar al alféizar, desde el que se arrojó al balcón contiguo y a continuación a una tercera ventana.

Un intento de persecución habría sido estéril, el ladrón había estudiado bien la escapada.

Anthony, advirtiéndolo, regresó al lecho y buscó las Memorias debajo de la almohada. Se felicitó de no haberlas guardado en la maleta. Fue hacia ésta con el objeto de sacar las cartas.

Masculló un juramento.

¡Las cartas habían desaparecido!

Capítulo VI

Chantaje

Exactamente a las cuatro menos cinco minutos, Virginia Revel, a quien la curiosidad hacía puntual, regresó a su domicilio de la calle Pont. Entró con su llave y en el vestíbulo halló al impasible Chilvers.

—Señora, un... una persona la espera.

Virginia no concedió de momento gran importancia al matiz sutil del vocabulario del mayordomo.

—¿Mister Lomax? ¿Dónde está? ¿En la sala?

—¡Oh, no, señora! No es ese caballero —dijo Chilvers, en leve tono de reproche —. Es una persona... Rehusé atenderla hasta que me aseguró que le traía un asunto de interés relacionado con el difunto capitán. Por consiguiente, pensé que usted la recibiría y le introduje en el gabinete...

Virginia reflexionó. Muchos opinaban que sus rarísimas alusiones a su marido disimulaban la viva herida de su espíritu; otros, menos misericordiosos, atribuían su silencio a lo opuesto, a que no había amado a Tim Revel y que a su carácter sincero le repugnaba simular una pena que no sentía.

—Creo oportuno que la señora sepa que ese individuo parece extranjero —agregó Chilvers.

Se avivó la atención de Virginia. Su marido, miembro del servicio diplomático, había tenido un cargo en la embajada británica en Herzoslovaquia poco antes del famoso asesinato del rey y de su consorte. Tal vez su visitante fuese un herzoslovaco que sirviera en su casa de Ekarest.

—Perfectamente, Chilvers —dijo con gesto de aprobación—. ¿Dónde dijo que le había hecho entrar? ¿En el gabinete?

Cruzó el vestíbulo, moviéndose con la gracia etérea de una diosa, hasta la pequeña habitación adyacente al comedor.

El hombre se había acomodado en una butaca próxima a la chimenea. Se levantó al verla. Virginia, dotada de una excelente memoria, no dudó de que le veía por primera vez. Era alto, moreno, delgado y extranjero, como afirmara el mayordomo; pero no oriundo de un país eslavo. Debía de ser italiano o español.

—¿Desea hablarme? —preguntó—. Soy mistress Revel.

El hombre tardó algo en responder, mientras la contemplaba con una vaga insolencia que le molestó.

—Tenga la bondad de responder —ordenó impaciente Virginia.

—¿Es usted mistress Revel, mistress Virginia Revel?

—Acabo de decirlo.

—En efecto. Me alegro de que me haya recibido, señora, porque de lo contrario, como avisé al mayordomo, me hubiese entrevistado con su marido.

Una premonición impidió que Virginia expresara verbalmente su asombro.

—No le hubiera sido fácil —replicó en cambio.

—¡Bah! Soy muy tenaz. Pero no perdamos el tiempo. ¿Reconoce esto?

Enseñó algo que Virginia estudió con interés.

—¿Qué es, señora?

—Una carta, creo —respondió Virginia, persuadida de que su interlocutor no estaba en su sano juicio.

—Note a quién va dirigida —pidió el hombre con acento significativo, entregándosela.

—Está dirigida al capitán O'Neill, rue de Quenelles, 15, París.

El individuo buscó en su rostro una expresión que no consiguió hallar.

—Lea, por favor.

Virginia extrajo el papel del sobre. Bastó una mirada para que intentara devolvérselo.

—Es una carta particular que no tengo derecho a leer. El hombre rió sardónico.

—La felicito, mistress Revel, por su arte. Es una magnífica actriz. Con todo, no se atreverá a negar la firma.

—¿Qué firma?

Virginia volvió la carta... y se quedó muda de aturdimiento. La letra, delicada, sensitiva, mostraba el nombre de Virginia Revel. Ahogando su consternación, leyó deliberadamente las líneas desde el principio. Después meditó. La índole de la carta aclaraba el objetivo de la visita de aquel sujeto.

—¿Es o no su nombre, señora?

—Sí, lo es.

«Pero no mi letra», pudo agregar Virginia. Sonrió, en cambio, de un modo deslumbrante.

—¿Por qué no nos sentamos y hablamos despacio? —le propuso.

El visitante no había esperado aquella reacción y su instinto le avisaba que esa mujer no le temía.

—Ante todo, me gustaría saber cómo me ha encontrado.

—No me costó mucho.

El individuo le ofreció la página de una revista; en ella Anthony Cade la había reconocido.

Virginia se la devolvió, pensativa.

—Ya, ya. Fue muy fácil.

—Supongo, mistress Revel, que comprenderá que hay otras cartas además de

ésta.

—¡Dios mío! ¡Cuan indiscreta fui!

Una vez más su ligero acento le desconcertó. Virginia se regocijaba en secreto.

—De todos modos —continuó sonriéndole dulcemente—, le agradezco la molestia de devolvérmelas.

El hombre carraspeó y dijo en tono por demás revelador:

—Soy pobre, mistress Revel...

—Lo cual le facilitará la entrada en el reino de los cielos.

—Y no me desprenderé así como así de las cartas.

—Será una incorrección. Pertenecen a la persona que las escribió.

—Desde el punto de vista legal, señora; pero en Inglaterra se repite que «la posesión es las nueve décimas partes del derecho». ¿Y está usted dispuesta, en cualquier caso, a reclamar la intervención de las autoridades?

—Que son muy severas con los chantajistas —le recordó Virginia.

—¡Vamos, mistress Revel! No soy tonto. He leído estas cartas... las de una mujer a su amante, las de una mujer aterrada por la idea de que su marido descubra sus culpables amores. ¿Desea que las dé a su esposo?

—No se precipite. Cabe una posibilidad. Esas cartas se escribieron hace bastantes años. Imaginemos que desde entonces... he enviudado.

El visitante meneó confiado la cabeza.

—En cuyo caso, si no temiera, no discutiría conmigo.

Virginia sonrió.

—¿Cuál es su precio? —preguntó en tono práctico.

—Pondré en su poder todas las cartas a cambio de un millar de libras. Mi petición, muy mesurada, se debe a que me afecta desagradablemente esta transacción.

—No le pagaré semejante cantidad —dijo decidida Virginia.

—Señora, me irritan los regateos. He dicho mil libras.

Virginia reflexionó.

—Concédame tiempo. Cuesta reunir una suma tan grande como ésta.

—La visitaré de nuevo si me da unas libras a cuenta... cincuenta, por ejemplo.

Virginia miró el reloj. Eran las cuatro y cinco y le pareció que habían llamado a la entrada.

—Muy bien. Venga mañana, pero algo más tarde, a las seis.

Fue a un escritorio adosado a la pared y de un cajoncillo cogió un puñado de billetes de Banco.

—Aquí hay cuarenta libras. Tendrá que contentarse con ellas.

El chantajista se las arrebató.

—Y ahora, márchese —mandó Virginia.

El hombre se fue. La puerta entreabierta permitió ver a Lomax en el vestíbulo,

camino de la escalera. Al cerrarse la entrada principal, Virginia le llamó.

—Ven, George. Chilvers, sírvanos el té aquí.

Abrió las dos ventanas. George Lomax la encontró de pie, con los ojos risueños y el cabello alborotado por el viento.

—En seguida cierro, George. La habitación necesita que la ventilen. ¿Te cruzaste en el vestíbulo con el chantajista?

—¿Con quién?

—Con el chantajista, George; con el extorsionista, con un ser que explota los pecados de su prójimo en beneficio propio.

—Mi querida Virginia, no bromees.

—Mi querido George, no bromeo.

—¿A quién vino a explotar?

—A mí.

—¿Qué has hecho, Virginia?

—Por una sola vez en mi existencia, nada. Ese caballero me ha confundido con otra persona.

—Avisaste a la policía, supongo.

—No. ¿Debí hacerlo?

George caviló.

—Pues... no, quizá no... Fuiste prudente. Evitaste mezclarte en la aborrecible publicidad que logran semejantes casos. Tal vez hubieses tenido que declarar...

—Me gustaría —interrumpió Virginia—. Me encantaría que me citasen como testigo y comprobar si los jueces, como se dice, hacen chistes malos. Sería emocionante. El otro día estuve en la calle Vine por culpa de un broche de diamantes que se me había extraviado y me atendió un inspector hechicero, el hombre más simpático que he conocido.

George, según costumbre, no atendió a sus desatinos.

—Pero, ¿qué hiciste con ese bribón?

—Se lo permití.

—¿Qué?

—Que abusara de mí monetariamente.

El horror de George fue tan expresivo, que Virginia hubo de morderse los labios.

—¿Es que...? ¿Debo entender que... no le desengañaste de su error?

Virginia sacudió la cabeza.

—¡Cielos! ¿Estás loca, Virginia?

—¿Lo parezco?

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué, en nombre de Dios?

—Varias razones lo justifican. Ante todo, la de que llevaba a cabo la tarea de explotarme tan magistralmente que, como cuando contemplo una obra de arte, me

supo mal interrumpirle. Y, encima, nunca me sometieron a tal cosa.

—Lo espero, por lo menos.

—Y me gustó saber qué se sentía.

—No lo comprendo, Virginia.

—Lo sospeché.

—¿Le diste dinero?

—Un poco —se excusó Virginia.

—¿Cuánto?

—Cuarenta libras.

—¡Virginia!

—Querido George, no pago menos por un vestido de noche. Y la experiencia fue tan excitante como comprar uno... mayor, ciertamente.

Lomax se asustó. La llegada de Chilvers con el té le ahorró tener que expresar su contrariedad. Virginia volvió a hablar del incidente mientras servía el té.

—Tuve otro motivo, George; otro mejor, más idealista. Es proverbial la enemistad que las mujeres nos tenemos, pero esta tarde hice un favor a una compañera de sexo. Ese hombre no irá probablemente buscando a otra Virginia Revel, seguro de haberla encontrado. La pobrecilla estaba espantada cuando redactó esa carta. El chantajista la hubiera explotado a su antojo. Ahora, aunque lo ignore, ha tropezado con la horma de su zapato. Aprovecharé la ventaja que me proporciona mi cándida vida para jugar con él como el gato con el ratón, según dicen las novelas. Astucia, George; toneladas de astucia.

Lomax no se tranquilizó.

—Disiento, disiento.

—Bueno, olvídalo, George. No viniste a discutir de chantajistas, sino para... ¿para qué? Contestación correcta: «Para verte», acentuando el «verte» con un significativo apretón de manos, a menos que estés comiendo pastas, en cuyo caso utilizarás los ojos.

—¡Vine a verte! —repuso gravemente George—. Y me felicito de encontrarte sola.

—«¡Oh, es tan inesperado!» —recitó ella tragando un pastelillo.

—Debo pedirte un favor. Virginia, siempre te consideré mujer de gran atractivo.

—¡Oh, George!

—Y de considerable inteligencia.

—¡Cuan bien me conoces!

—Querida Virginia, mañana llegará un joven a Inglaterra y deseo presentártelo.

—Conforme, siempre y cuando tú pagues los gastos.

—Si quisieras, podrías ejercer tu innegable encanto.

Virginia inclinó la cabeza a un lado.

—George, no es mi profesión «encantar». Me gusta la gente y yo les gusto; pero me resisto a fascinar a sangre fría a un desconocido. No sería honrado. Las sirenas profesionales podrían presentar reclamaciones.

—Las sirenas no me atraen. El joven es un canadiense llamado McGrath.

—Por consiguiente, descendiente de escoceses —intercaló Virginia.

—E ignora cómo comportarse en las altas esferas británicas. Me satisfaría que aprendiera a apreciar el encanto y la distinción de una aristócrata inglesa.

—¿Que sería yo?

—Exactamente.

—¿Por qué?

—¿Cómo?

—He dicho por qué. No eres aficionado a distraer con damas inglesas a los canadienses que ponen la planta en nuestra patria. ¿Qué te propones, George? O, más vulgarmente, ¿qué sacarás de ello?

—No es asunto tuyo, Virginia.

No me comprometeré a seducir a nadie antes de saber los pro y los contra.

—¡Qué extraordinario modo de expresarse! Cualquiera pensaría...

—¿Verdad? Vamos, George, infórmame de todo lo que sepas.

—Mi querida Virginia, la tensión entre ciertas naciones centroeuropeas tiende aumentar. Es imprescindible, por motivos que ahora no vienen al caso, que este... mister McGrath se dé cuenta de que la restauración de la monarquía de Herzoslovaquia es imprescindible para la paz de Europa.

—¡Ah, ya! Aparte de que lo de la paz no es trascendental —dijo Virginia—, soy íntegramente monárquica, sobre todo en lo que respecta a un pueblo tan pintoresco como el herzoslovaco. En otras palabras, vas a instaurar un rey en ese país. ¿Quién es?

George, muy a despecho suyo, comprendió que no podía eludir la respuesta. La entrevista no marchaba por los cauces previstos. Había pensado que su prima sería un instrumento dócil, agradecido a sus diplomáticas insinuaciones, que se abstendría de extemporánea curiosidad. Y había errado; Virginia no era la mujer indicada y además podría causar graves perjuicios. Su relato de la entrevista con el chantajista probaba que era una criatura inconsciente, sin capacidad para juzgar los asuntos serios como su importancia demandaba.

—El príncipe Miguel Obolovitch —contestó—. Pero, te ruego que no lo divulgues.

—No seas absurdo, George. Los periódicos publican constantes noticias y artículos sobre la dinastía Obolovitch, en los que se habla del infortunado Nicolás IV como si fuera un injerto de santo y héroe, en vez de un estúpido hombrecito, juguete de una actriz de tercera categoría.

Lomax pestañeó. Crecía su convencimiento de que había cometido una equivocación al pedir ayuda a Virginia. Debía desorientarla rápidamente.

—Acertaste, querida —dijo levantándose para despedirse—. Mi proposición fue incorrecta. Pero anhelamos que la prensa colabore con nosotros en la crisis de Herzoslovaquia, y McGrath creo que es influyente en los círculos periodísticos. Me pareció un buen plan que tú, ardiente monárquica y conocedora de aquella tierra, conquistases su amistad.

—Conque ésa es la explicación, ¿verdad?

—Sí; pero admito tu repugnancia.

Virginia le miró y se echó a reír.

—George, eres un triste embustero.

—¡Virginia!

—Un embustero torpe, soso. Si yo tuviera tu experiencia, habría inventado una mentira más digna de crédito. Pero descuida, desentrañaré el misterio de mister McGrath, a quien no me sorprendería encontrar en Chimneys este fin de semana.

—¿En Chimneys dices? ¿Vas a ir...?

George no ocultó su perturbación. Había esperado ponerse en contacto con lord Caterham para que la invitación no se cursase.

—Bundle me invitó esta misma mañana.

George hizo un esfuerzo supremo.

—Te aburrirás, querida. No estás acostumbrada a esas fiestas.

—¡Pobre George! ¿Por qué no me confías la verdad? Aún no es tarde. Lomax le estrechó la mano y declaró, sin ruborizarse:

—Te he dicho la verdad.

—Has mejorado, pero no lo suficiente. Ánimo, George. Me tendrás en Chimneys, presta a ejercer mi considerable atractivo. La vida se ha animado de pronto. Primero un chantajista, luego George en un laberinto diplomático. ¿Lo revelará todo a una mujer hermosa que le sondee de forma patética? No, enmudecerá hasta el último capítulo. Adiós, George. ¿Me animarás antes de ir? ¿No? Vamos, primo, no desesperes.

En cuanto George se hubo marchado, Virginia se precipitó al teléfono con cansino aire de derrota. Pidió comunicación con su amiga lady Eileen Brent.

—Hola, Bundle. Mañana llegaré a Chimneys. ¿Qué? ¿Aburrirme? No, descuida. Iré, no lo impediría ni un cataclismo. Cuenta conmigo.

Capítulo VII

Mister McGrath rechaza una invitación

¡Las cartas habían desaparecido!

Comprobado este hecho, tenía que rendirse a él. Anthony comprendió la inutilidad de perseguir a Giuseppe a lo largo de los pasillos del Blitz, pues conduciría a una publicidad indeseada y, con toda probabilidad, estéril.

Llegó asimismo a la conclusión de que Giuseppe había confundido las cartas con las Memorias. Por consiguiente, descubierto el error era muy posible que intentase de nuevo apoderarse de ellas. Y le encontraría atento.

Se le ocurrió el proyecto de poner un anuncio pidiendo discretamente la devolución de las cartas. Suponiendo que Giuseppe fuese emisario de los Camaradas de la Mano Roja o, lo que tenía más visos de verosimilitud, instrumento del partido monárquico, las misivas carecerían de interés para uno y otro bando y podría recobrarlas sin duda con un pequeño desembolso.

Anthony durmió de un tirón hasta la mañana, seguro de que el camarero no tendría la audacia de acometerle otra vez aquella noche.

Levantóse preparado a llevar a cabo su plan de campaña. Desayunó con apetito, pasó revista a los periódicos, llenos de la noticia del descubrimiento de campos petrolíferos en Herzoslovaquia, y pidió audiencia al gerente del hotel.

Era éste un francés, suave y exquisito, que le recibió en su despacho particular.

—¿Desea verme, mister... mister McGrath?

—Sí. Ayer por la tarde llegué al hotel y me sirvió la cena en mis habitaciones un camarero llamado Giuseppe.

Anthony hizo una pausa.

—Creo que tenemos a un empleado con ese nombre —dijo el gerente.

—Me chocó algo su aspecto, pero en aquellos momentos no le concedí importancia. De noche me despertó el ruido de unos pasos solapados en mi alcoba. Encendí la luz y sorprendí al tal Giuseppe registrando mi maleta.

La indiferencia del gerente se disipó.

—Lo ignoraba —exclamó—. ¿Por qué no nos informó antes para...?

—El camarero y yo luchamos unos segundos. Él iba armado con un cuchillo. Finalmente consiguió huir por la ventana.

—¿Qué hizo usted, mister McGrath?

—Examinar mi maleta.

—¿Faltaba algo?

—Nada... importante —contestó despacio Anthony.

El gerente se recostó suspirando en el respaldo del asiento.

—Me alegro. Permita que le diga, mister McGrath, que no entiendo su conducta. ¿Por qué se abstuvo de perseguir al ladrón?

—Insisto en que no había robado nada valioso. Desde luego, estamos ante un caso que, literalmente, reclama la intervención policíaca...

Calló, y el gerente murmuró sin entusiasmo:

—La policía, claro...

—Y, en el fondo, seguro de que el individuo lograría escapar, y puesto que no sufrí pérdidas de consideración, ¿para qué molestar a la autoridad?

El gerente sonrió.

—Es usted comprensivo, mister McGrath. Mi única preocupación es impedir la intromisión de la policía. Desde mi punto de vista, eso sería, y siempre lo es, desastroso. Por insignificante que sea el motivo, los periódicos explotan sin escrúpulos semejantes apuros, si se halla implicado un hotel de la importancia de éste.

—Me hago cargo —repuso Anthony—. He dicho que no he perdido nada de valor, lo cual sólo es exacto en cierto sentido. El ladrón no se beneficiará con ello, mas para mí ha sido un rudo contratiempo.

—¡Ah!

—Cartas, ¿sabe?

Una expresión de discreción superhumana, sólo posible en un francés, se dibujó en la faz del gerente.

—Lo entiendo —murmuró—. Lo entiendo perfectamente. Desde luego, a la policía no le incumbe...

—Estamos de acuerdo. Pero yo estoy decidido a recobrar las cartas. Vengo de una parte del mundo en que la gente acostumbra a hacer las cosas personalmente. Por lo tanto, no le pido sino cuanta información pueda facilitarme sobre el tal Giuseppe.

—No tengo nada que objetar —dijo el gerente tras breve reflexión—. No puedo suministrarle ahora lo que me pide, pero dentro de media hora los datos estarán a su disposición.

—Muchas gracias.

Anthony regresó media hora más tarde al despacho. El gerente había cumplido su palabra. En un papel estaban apuntados todos los datos conocidos acerca de Giuseppe Manuelli.

—Le empleamos hace tres meses. Es un camarero diestro, con experiencia. Sus servicios fueron satisfactorios. Hace cinco años que está en Inglaterra.

Leyeron juntos la lista de hoteles y restaurantes en que el italiano había trabajado. Un hecho atrajo la atención de Anthony. En dos hoteles había habido robos importantes durante el empleo de Giuseppe, aunque en ningún caso se sospechó de él.

Pero la coincidencia era significativa.

¿Sería Giuseppe un astuto ladrón hotelero? ¿Había sido el hurto de que fue víctima Anthony consecuencia de sus prácticas habituales? ¿Acaso mientras efectuaba un registro previo tenía las cartas en la mano, y se las guardó maquinalmente en el bolsillo para actuar sin embarazo en el momento en que Anthony encendió la luz? Así, pues, se trataría de un robo por distracción, casi involuntario.

Mas a ello se oponía su emoción de la noche al descubrir los papeles en la mesa; no dinero ni alhajas propias para incitar la codicia de un ladrón ordinario.

No, Anthony estaba convencido de que Giuseppe había sido el agente de otra u otras personas. La información que le proporcionaban quizá le hiciese enterarse de algo sobre la vida privada de Giuseppe y lograse encontrarle. Se guardó el papel en el bolsillo y se puso de pie.

—Muchas gracias. Supongo que Giuseppe no seguirá en el hotel.

El gerente sonrió.

—Su cama está intacta. Debió de irse después del encuentro con usted, porque dejó sus objetos personales en la habitación. No creo que volvamos a verle.

—Lo imagino. Muchas gracias, repito. Desde luego, no me cambiaré de hotel.

—Le deseo suerte en sus investigaciones, aunque dudo de que consiga su propósito.

—No hay que desesperar.

La primera diligencia de Anthony fue interrogar a los camareros que habían intimado con Giuseppe. Sacó poco en claro. Escribió un anuncio, según había proyectado, y lo envió a los cinco periódicos de mayor difusión. Se preparaba a visitar el restaurante en que el ladrón había estado empleado últimamente, cuando sonó el teléfono. Anthony respondió:

—¿Diga? ¿Quién es?

Le contestó una voz átona.

—¿Hablo con mister McGrath?

—Sí. ¿Y con quién hablo yo?

—Aquí la firma Balderson & Hodgkins. Un segundo, por favor. Le pondré con mister Balderson.

«¡Los editores! —pensó Anthony—. También empiezan a preocuparse, ¿eh? No tienen motivos. Falta aún una semana para el término del plazo.»

Una voz cordial resonó repetidamente en su tímpano.

—¿Oiga? ¿Mister McGrath?

—El mismo.

—Soy Balderson, de Balderson & Hodgkins. ¿Qué pasa con el manuscrito, mister McGrath?

—Dice bien: ¿qué pasa?

—Un montón de cosas. Como acaba usted de llegar del África del Sur, no puede aquilatar nuestra situación. No pocos contratiempos amenazan a ese manuscrito. A veces me arrepiento de haberlo aceptado.

—¿De veras?

—Se lo aseguro. Anhelo tenerlo en mi poder cuanto antes y hacer unas copias. Si se destruye después el original, nada se habrá perdido.

—¡Dios mío! —rió Anthony.

—¿Le parece absurdo, mister McGrath? No aprecia usted la situación, eso es. Se procurará evitar que llegue a mis oficinas. Con franqueza, si trata de traerlo en persona, diez a uno a que no lo consigue.

—Lo dudo, porque alcanzo siempre la meta que me fijo.

—Sus enemigos son peligrosos. Yo no lo habría creído hace un mes. Pero hemos sido tentados, amenazados y mimados por los dos partidos, hasta el punto de que no sabemos con qué pie pisamos. Le recomiendo que no intente entregarnos aquí el manuscrito. Un empleado nuestro lo irá a buscar a su hotel.

—¿Y si le despachan durante el trayecto? —preguntó Anthony.

—Nosotros seremos los responsables y usted habrá recibido de nuestro representante un descargo escrito de nuestro puño y letra. El cheque de... de las mil libras, que se nos ordenó darle, esperará hasta el próximo miércoles como impone nuestro contrato con los albaceas... del autor, ¿comprende? Pero si lo prefiere, nuestro mensajero puede entregarle un talón nuestro por esa cantidad.

Anthony meditó. Había pensado reservarse las Memorias hasta el cumplimiento del plazo concertado, porque quería saber a qué se debía el alboroto. Se hizo cargo, sin embargo, de la verdad incuestionable de los argumentos del editor.

—Perfectamente —suspiró—. Hágalo; mándeme a ese hombre... y el cheque. Preferiría cobrar en seguida ya que quizá me vaya de Inglaterra antes del miércoles.

—Muy bien, mister McGrath. Nuestro representante le verá a primeras horas de la mañana. La prudencia aconseja que no le enviemos directamente desde nuestras oficinas. Mister Holmes, de nuestra firma, vive en el sur de Londres. Será quien le visite con un recibo por el paquete. Coloque uno falso en la caja fuerte del hotel. Sus enemigos se enterarán de ello y así no le atacarán en su habitación esta noche.

—Haré lo que usted me dice.

Anthony colgó el teléfono muy pensativo.

Reanudó su interrumpido proyecto de obtener noticias del huidizo Giuseppe. No obstante, fracasó. El camarero había trabajado en el restaurante aludido, en el que nadie sabía lo más mínimo de su vida ni de sus amistades.

—Te cazaré, amigo —masculló Anthony—. Te echaré el guante. Es sólo cuestión de tiempo.

Su segunda noche en Londres fue muy apacible.

A las nueve del día siguiente le entregaron en su habitación la tarjeta del empleado de los editores. Mister Holmes era un hombre pequeño, rubio y tranquilo. Anthony cambió el manuscrito por un cheque de mil libras. Mister Holmes guardó el paquete en su cartera, se despidió del joven y se fue. La transacción se efectuó sin problemas.

—Tal vez le asesinen durante el camino —murmuró Anthony, al pie de la ventana —. Me gustaría saber... Me asombra que...

Metió el cheque y unas cuantas líneas escritas en un sobre y lo pegó con cuidado. Jimmy, que disponía de fondos en su encuentro con Anthony en Bulawayo, le había adelantado una gruesa suma, que seguía casi intacta.

—Un asunto listo, dediquémonos al otro —díjose Anthony—. Hasta ahora lo he estropeado, pero de los cobardes nada se ha escrito. Me disfrazaré para echar un vistazo al 48 de la calle Pont.

Hizo su equipaje, pagó la cuenta y mandó que le buscaran un taxi. Repartió propinas a diestro y siniestro, beneficiando incluso a quienes no habían contribuido a su bienestar. En el momento de partir el taxi, un botones se precipitó hacia el vehículo con una carta en la mano.

—Acaba de llegar, señor.

Anthony buscó suspirando otro chelín. El coche gruñó y saltó adelante, acompañado de un rechinamiento metálico. Anthony abrió el sobre.

Su contenido era curioso. Tuvo que leerlo cuatro veces para entender correctamente su significado. En lenguaje liso y llano (la carta había sido redactada en el extraordinario estilo peculiar de las misivas oficiales) daba por sentado que mister McGrath arribaba aquel día, jueves, de África del Sur; se refería de soslayo a las Memorias del conde Stylpitch y suplicaba a mister McGrath que se abstuviera de cualquier decisión hasta haberse entrevistado confidencialmente con mister George Lomax y otros personajes encumbrados. Iba adjunta una invitación, del todo inteligible, para que se trasladase al día siguiente, viernes, a Chimneys, donde sería huésped de lord Caterham.

Anthony paladeó, divertido, la misteriosa y alambicada epístola.

—¡Querida Inglaterra! —susurró cariñosamente—. Con dos días de retraso, como siempre... No puedo aparecer en Chimneys bajo mi fingida personalidad. ¿Habrá un hotel cerca? Mister Anthony Cade se alojará discretamente en él.

Dio una nueva dirección al conductor, que desdeñoso echó un ruidoso resoplido.

El taxi frenó delante de una de las más oscuras pensiones londinenses; pero el viaje fue pagado con regia largueza.

Después de alquilar un cuarto a su verdadero nombre, Anthony entró en una cochambrosa sala de lectura y escribió una carta en papel que llevaba estampado el

nombre del hotel Blitz.

En ella explicaba que había llegado el martes anterior, que había cedido el manuscrito a Balderson & Hodgkins y que declinaba, muy a su pesar, la invitación de lord Caterham, debido a que se iba inmediatamente de Inglaterra. Firmó James McGrath.

—Y ahora, manos a la obra —dijo Anthony, pegando un sello—. James McGrath se retira y entra Anthony Cade.

Capítulo VIII

Un hombre muerto

Aquella misma tarde, Virginia Revel había jugado al tenis en Ranelagh. De vuelta a la calle Pont, descansando en su largo y lujoso automóvil, sonreía ensayando al detalle su papel para la próxima entrevista. El chantajista tal vez no reapareciese, pero estaba convencida de lo contrario: ¡Había sido una presa tan fácil! En aquella ocasión le reservaba una sorpresa.

El coche se detuvo al fin y Virginia se volvió a hablar al chófer.

—Olvidé preguntarle cómo está su mujer, Walton.

—Ha mejorado, señora. El médico prometió pasar a las seis y media. ¿Me necesitará a esa hora?

Virginia lo pensó.

—Me marcho este fin de semana. Tomaré el tren de las seis cuarenta en Paddington. No, no lo necesitaré; me bastará un taxi. Prefiero que vea al doctor. Lleve a su esposa al campo, si el médico lo permite. Yo corro con los gastos.

Evitando el agradecimiento del hombre con una impaciente inclinación de cabeza, Virginia subió la escalera y buscó la llave en el bolso sin acordarse de que no la llevaba. Apretó el timbre.

No le abrieron inmediatamente. Mientras aguardaba, subió los peldaños un joven pobremente vestido, portador de un montón de folletos. Alargó uno a Virginia, que exhibía el título: «¿Para qué serví a mi patria?». En la mano izquierda tenía un cepillo de colectas.

—Me sería imposible adquirir dos de esos horribles poemas en un día —dijo Virginia—. Compré uno esta mañana, palabra de honor.

El joven echó la cabeza atrás y se rió. Virginia acompañó sus carcajadas examinándole, interesada. Era un ejemplar de «sin trabajo» más agradable que la mayoría. Le gustó su rostro moreno y su duro y esbelto cuerpo. Deseó poder emplearle.

En aquel instante se abrió la puerta. El asombro de ver que lo hacía Elise, su doncella, borró de su mente el problema de los desocupados.

—¿Dónde está Chilvers? —preguntó en el vestíbulo.

—Se fue con los demás, señora.

—¿Los demás? ¿Adonde?

—A la casa de Datchet, señora... como ordenaba su telegrama.

—¿Mi telegrama? —repitió Virginia, perpleja.

—El que envió madame. ¿No se acuerda? Lo recibimos hace una hora.

—Yo no lo puse. ¿Qué decía?

—Creo que está *lá-bas*... en la mesa.

Elise corrió al sitio indicado y mostró victoriosa un papel.

—*Voilá, madame*!

El telegrama, destinado a Chilvers, decía lo siguiente: «Trasládense todos a Datchet inmediatamente y preparen necesario fin de semana. Tomen tren 5.49».

El aviso no era en sí extraordinario ni el primero que los criados recibían, porque Virginia improvisaba a menudo fiestas en su casita del río. Chilvers no había visto nada anormal en él y había cumplido las órdenes con entera fidelidad.

—Me quedé, sabiendo que madame desearía que hiciese el equipaje.

—¡Es una broma pesada! —gritó Virginia y tiró irritada el papel—. Elise, usted sabe perfectamente, porque se lo dije esta mañana, que voy a Chimneys.

—Creí que madame había cambiado de opinión. A veces lo hace. Virginia aceptó la exactitud de la acusación. Le preocupaba el motivo de la extraordinaria estratagema. Elise le suministró una teoría.

—*Mon Dieu*! —chilló, juntando las manos—. ¿Y si fueran malhechores, ladrones?... Mandan un telegrama falso para que los *domestiques* se vayan y después le roban.

—Podría ser —murmuró, dudosa, Virginia.

—Sí, sí, madame. ¡Eso es! La prensa publica a diario noticias semejantes. Madame avisará inmediatamente, ¡inmediatamente!, a la policía antes de que nos degüellen a todos.

—No pierda la cabeza, Elise. No nos degollarán a las seis de la tarde.

—¡Se lo imploro, madame! Permítame que telefonee a la policía.

—¿Para qué? No sea tonta, Elise, y prepare mi equipaje, si no lo ha hecho. Ponga el vestido de noche de Cailleaux, el blanco de *crepé marocain* y... sí, el de terciopelo negro. El terciopelo negro es muy político, ¿verdad?

—Madame está arrebatadora con el raso *eau du Nile* —insinuó Elise, dominada por su instinto profesional.

—No, dejemos ése. Dése prisa, nos queda muy poco tiempo. Telegrafiaré a Chilvers y pediré al agente de ronda que vigile la casa. No me mire de ese modo, Elise. Si ya se asusta antes de que ocurra algo, ¿qué pasaría si un hombre saliera de un rincón y le clavara un puñal?

La doncella chilló y se lanzó a la escalera, mirando aterrada en todas las direcciones.

Virginia hizo una mueca y fue al gabinete donde estaba el teléfono. El consejo de Elise de que telefoneara a la policía era muy plausible y se proponía seguirlo sin más dilación.

Se paralizó al coger el aparato. Un hombre estaba quedamente sentado en un

sillón. La sorpresa del telegrama le había hecho olvidar al visitante esperado. Éste se había dormido.

Anduvo de puntillas hasta la butaca, sonriendo maliciosamente. Y su sonrisa se esfumó.

El hombre no dormía... ¡Estaba muerto!

Supo en seguida, por intuición, antes de descubrir la pequeña y brillante pistola en el suelo, o el agujerito chamuscado, rodeado de una mancha oscura en la americana, o la horrible distensión de la mandíbula, que el chantajista había sido víctima de un asesinato.

Permaneció inmóvil con los brazos colgando. El silencio le transmitió los pasos de Elise en la escalera.

—¡Madame, madame!

—¿Qué sucede?

Virginia avanzó rápidamente a la entrada del gabinete. Tenía que ocultar, aunque fuera de momento, el crimen a la doncella. Presentía que sufriría un ataque de nervios, y que ella necesitaba tranquilidad y tiempo para reflexionar.

—Madame, ¿no sería preferible que pusiera la cadena en la puerta? Los malhechores pueden llegar en cualquier instante.

—Como quiera.

Virginia percibió el ruido de la cadena, la carrera de Elise hacia el piso y suspiró aliviada.

Miró sucesivamente al cadáver y al teléfono. Lo lógico sería telefonear a las autoridades.

No lo llevó a cabo. Todavía la paralizaban el horror y el choque de ideas contradictorias que desconcertaban su mente. ¡El telegrama falso! ¿Qué relación tendría con el crimen? ¿Y si Elise no se hubiera quedado en la casa? Ella misma hubiese abierto la puerta, esto es, en el supuesto de que hubiera llevado, como siempre, la llave; se hubiera encontrado sola con un asesinado, con el hombre a quien había permitido extorsionarla. Desde luego había una explicación de ello, explicación, a fin de cuentas, apenas satisfactoria. Se acordó de cuan increíble le había parecido a George. ¿Compartiría el mundo su criterio? No había escrito las cartas, mas, ¿le sería posible probarlo?

Se apretó la frente entre las manos.

—Debo pensar, debo pensar...

Elise no había recibido al hombre, puesto que lo hubiese mencionado inmediatamente. Lo misterioso de la situación aumentaba al compás de sus pensamientos. Sólo le restaba una solución: telefonear a la policía.

La imagen de George detuvo su intención de coger el aparato. Necesitaba la intervención de un hombre ordinario, equilibrado, que viese los sucesos en su

proporción adecuada y le mostrase el curso que debía seguir.

Pero sacudió la cabeza. George, no; se cuidaría ante todo de su propia situación, se irritaría ante el hecho de que le complicase en un crimen... ¡Imposible!

Su cara se suavizó. ¡Bill, naturalmente! Y le llamó.

La informaron de que hacía media hora que había partido para Chimneys.

—¡Oh, caramba! —exclamó Virginia.

Era tremendo estar confinada en una habitación con un cadáver, sin nadie que le aconsejase.

Entonces sonó el timbre de la casa.

Virginia se sobresaltó. Volvió a sonar. Elise no parecía oírlo.

Fue al vestíbulo y retiró la cadena y los cerrojos que la doncella había echado; después, llenándose los pulmones de aire, abrió la puerta. En el umbral apareció el joven de los folletos.

Virginia le acogió consolada.

—Entre. Tal vez pueda proporcionarle trabajo.

Le guió al comedor, ofrecióle una silla, sentóse frente a él y le miró de hito en hito.

—Perdón, pero ¿es usted...? Vamos, ¿es...?

—Eton y Oxford —respondió el joven—. ¿Es lo que le interesaba?

—O algo equivalente a ello —confesó Virginia.

—He descendido en la escala social por mi absoluta incapacidad para aficionarme a un trabajo regular. Espero que no me ofrecerá un empleo de esa clase.

Una sonrisa tembló en los labios de Virginia.

—Al contrario, es muy irregular.

—¡Bravo! —exclamó satisfecho el joven.

Virginia miró con aprobación su rostro bronceado y su esbelto cuerpo.

—Verá... Estoy en un aprieto y casi todos mis amigos son... personas de categoría. Todos tienen bastante que perder.

—Y yo nada. Prosiga. ¿Cuál es el problema?

—En la habitación contigua hay un hombre muerto —declaró, entonces. Virginia —. Ha sido asesinado. Y me encuentro perdida.

Pronunció estas frases con la ingenua sencillez de un niño. El joven creció enormemente en su estimación por su forma de aceptarlas. Fue como si oyera el mismo anuncio diez veces al día.

—Excelente —dijo, algo entusiasmado, al parecer—. Siempre soñé en convertirme en detective. ¿Vamos a ver el cadáver o me proporciona antes una explicación de los hechos?

—Será mejor lo segundo.

Virginia se recogió en sí misma para condensar los sucesos.

—Ese hombre vino ayer a esta casa por primera vez. Me vio. Tenía ciertas cartas..., cartas de amor, que llevaban mi nombre...

—Pero que usted no había escrito —terció el joven.

Virginia le miró asombrada.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo he deducido.

—Se proponía chantajearme y yo... pues, tal vez no lo entienda... yo lo consentí.

Le miró suplicante; y él hizo un ademán tranquilizador.

—Lo entiendo. Picó su curiosidad saber qué se siente en tales casos.

—Exacto. ¡Qué listo es usted!

—Soy inteligente —afirmó el joven sin asomo de modestia—. No obstante, pocas personas comprenderían su punto de vista. El mundo está falto de imaginación.

—Estamos de acuerdo. Le ordené que volviera hoy, a las seis. Llegué de Ranelagh, y me encontré con que habían enviado a mi servidumbre un supuesto telegrama para que dejara la casa, excepto mi doncella. Después le hallé en el gabinete, muerto de un disparo.

—¿Quién le recibió?

—No lo sé. Si hubiera sido mi doncella, me lo habría comunicado.

—¿No está al corriente de lo ocurrido?

—No le he contado nada.

El joven aprobó su cautela.

—Veamos ahora el cadáver. Antes, sin embargo, le aviso que la verdad beneficia a la larga. Una mentira engendra más mentiras... y los embustes continuos son monótonos y aburridos.

—¿Me aconseja avisar a la policía?

—Quizá. Primero veamos a ese sujeto.

Virginia le precedió hasta la puerta, en la que se volvió para mirarle.

—Aún no me ha dicho cómo se llama.

—Señora, soy Anthony Cade.

Capítulo IX

Anthony escamotea un cadáver

Anthony sonrió para sí, contento del inopinado sesgo de los acontecimientos. Junto al muerto recobró gravedad.

—Aún está caliente —profirió—. Le mataron hace menos de media hora.

—¿Poco antes de que yo entrase?

—Sí.

Anthony se mantuvo erguido, frunciendo las cejas. Después formuló una pregunta, cuyo alcance ella no apreció de pronto.

—¿Ha estado la doncella en esta habitación?

—No.

—¿Sabe que usted estuvo en ella?

—Sí... Le hablé desde la puerta.

—¿Después de descubrir el cadáver?

—Sí.

—¿Y no se lo dijo?

—¿Hubiera sido preferible? Temí que se asustara, que tuviera un ataque de nervios... Es muy impresionable. Además, quise reflexionar unos momentos.

Anthony afirmó sin hablar.

—No lo aprueba, ¿verdad?

—Fue una torpeza, mistress Revel. Si usted y la doncella lo hubieran encontrado juntas, inmediatamente después de su regreso, el asunto presentaría otro cariz. Se declararía que este individuo recibió un disparo antes de su llegada.

—Y tal como están las cosas podrán decir que lo mataron después...

Anthony confirmó su primera impresión, cuando le había hablado en los escalones. No sólo era bella, sino valerosa e inteligente.

Virginia, interesada por el problema, no notó que el joven la había llamado por su nombre.

—Me extraña que Elise no oyera la detonación —musitó.

Anthony señaló la ventana por la que se había oído el estampido de un tubo de escape.

—Ahí tiene la contestación. Londres no es muy apropiada para fijarse en disparos.

Virginia, estremeciéndose, miró el cadáver.

—Parece italiano —comentó.

—Lo es. De profesión, camarero; y chantajista de afición. Su nombre era

Giuseppe.

—¡Dios mío! —exclamó Virginia—. ¿Es usted Sherlock Holmes?

—No —respondió Anthony, como si lo sintiera—. Estoy haciendo trampas; en seguida se lo aclararé. Este hombre le enseñó unas cartas y le pidió dinero. ¿Se lo dio?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Cuarenta libras.

—¡Lástima! —dijo Anthony, aunque sin sorpresa—. Observemos el telegrama.

Virginia lo recogió de la mesa y se lo entregó. Las facciones del joven se pusieron rígidas.

—¿Qué pasa?

Anthony indicó la población de origen.

—Barnes —dijo—. Y usted estuvo en Ranelagh esta tarde. ¿Qué impediría que usted lo hubiese mandado? ¿Qué le parece?

Virginia estaba fascinada como el pájaro en derredor del cual se estrechan poco a poco las redes. Anthony destacaba las cosas que ella había advertido de manera inconsciente.

El joven se envolvió la mano en el pañuelo para coger la pistola.

—Los criminales tenemos que ser cuidadosos —se excusó— a causa de las huellas dactilares.

De pronto cambiaron su porte y el tono de su voz. Sus palabras fueron duras, secas.

—Mistress Revel, ¿reconoce esta pistola?

—No.

—¿Está convencida de ello?

—Sí.

—¿Posee un arma de fuego?

—No.

—¿Tuvo alguna en su vida?

—No, nunca.

—¿Está segura?

—Del todo.

Se miraron. Virginia estaba asombrada de su tono. Anthony se apaciguó.

—¡Qué raro! ¿Cómo explica esto?

Le alargó la pistola, pequeña, elegante, casi un juguete, pero buena para disparar. Grabado en ella estaba el nombre de Virginia.

—¡Oh! ¡Es inverosímil! —chilló Virginia.

Anthony se sintió impresionado por la sinceridad de su sorpresa.

—Siéntese —rogó—. Hay más de lo que las apariencias presagiaban. Empecemos, ¿cuál es nuestra hipótesis? Se nos ofrecen únicamente dos. Primera, la de que exista en realidad la Virginia de las cartas, que le siguió, le mató, abandonó la pistola, robó las cartas y emprendió el vuelo. Todo ello es muy probable, ¿verdad?

—Así parece —concedió Virginia a despecho suyo.

—Como segunda y postrera hipótesis tenemos algo mucho más interesante, o sea, que el asesino de Giuseppe quiso incriminarla, y que éste fue acaso su principal objetivo. Pudieron matarle en cualquier lugar; no obstante, se molestaron lo indecible para llevarlo a cabo en esta casa... y los culpables la conocen, saben que posee una finca en Datchet, cuáles son de ordinario sus instrucciones y, en fin, que estuvo esta tarde en Ranelagh. La pregunta es descabellada, pero... ¿tiene enemigos, mistress Revel?

—No... al menos de ese género.

—¿Qué haremos ahora? —continuó Anthony—. Una de dos: *a)* o telefoneamos lo sucedido a la policía, confiando en su posición y en su vida, intachable hasta este instante; o *b)* me encargo de hacer desaparecer el cadáver. Mi temperamento me inclina a lo segundo. Siempre ambicioné comprobar si podría ocultar un crimen, y sólo me contuvo mi escrúpulo congénito a derramar sangre. En conjunto, la primera posición es la más sensata, aunque con algunas variantes: supresión de la pistola, del reconocimiento del chantaje, etcétera.

Anthony repasó velozmente los bolsillos del muerto.

—Le han desvalijado —anunció—. No le queda nada encima. Las cartas han desaparecido... ¿Qué es esto? Un agujero en el forro... Hay algo prendido en él, un papel roto durante el registro.

Acercó el fragmento a la luz. Virginia se puso a su lado.

—Siento que falte el resto —murmuró Anthony—. «Chimneys, 11.45, jueves.»... Parece una cita.

—¡Chimneys! ¡Es extraordinario! —exclamó en alta voz Virginia.

—¿Por qué? ¿Demasiado encopetado para ese truhán?

—Esta noche voy a Chimneys... Por lo menos, pensaba hacerlo. Anthony se encaró con ella.

—Repítalo.

—Pensaba ir a Chimneys —obedeció Virginia.

—¡Hum! Ya, ya... Es una idea... Imagine que alguien trata de impedirlo.

—Mi primo George Lomax, por ejemplo —sonrió Virginia—. Pero no es sospechoso.

Anthony se hundió en sus pensamientos.

—Llame a la policía y despídase de Chimneys por hoy y quizá por mañana. A mí me gustaría visitar esa finca, todo ello desconcertaría a nuestros desconocidos

entrometidos. Mistress Revel, ¿confía en mí?

—Sí. ¿Elige, pues, el segundo plan?

—Decididamente. ¿Podría alejar a su doncella de la casa?

—Sin dificultad.

Virginia salió al vestíbulo y gritó:

—¡Elise! ¡Elise!

—¿Madame?

Un rápido coloquio, el abrirse y cerrarse de una puerta, llegaron a los oídos de Anthony. Virginia entró en el gabinete.

—Se fue. Le mandé a comprar una esencia especial, afirmando que la tienda permanece abierta hasta las ocho. No es cierto, naturalmente. Tomará el tren siguiente al mío sin volver aquí.

—La felicito —dijo Anthony—. Ahora cuidaremos de que el cadáver desaparezca... mediante un sistema anticuado, lo confieso. ¿Hay un baúl en este edificio?

—Claro. Vamos al sótano y escoja a sus anchas.

Los baúles abundaban en el sótano. Anthony eligió uno sólido y del tamaño apropiado.

—Yo me encargo de esto —dijo—. Prepárese a irse mientras tanto.

Virginia obedeció. Mudó su equipo de tenis por un vestido de tarde, castaño claro, y se puso un lindo sombrero anaranjado. Encontró a Anthony en el vestíbulo, junto al baúl.

—Le explicaría mi biografía, si no lo estorbaran ocupaciones más urgentes —dijo el joven—. Escuche lo que debe hacer. Vaya a la estación de Paddington en taxi, con el equipaje, sin olvidar el baúl. Déjelo en la consigna. Yo estaré en el andén. Deje caer el resguardo al pasar a mi altura. Yo lo recogeré y fingiré devolvérselo. Váyase a Chimneys y olvídese.

—Le estoy agradecidísima —exclamó Virginia—. Me remuerde la conciencia. ¡Es que eso de cargar a un desconocido con un cadáver del que soy en cierta manera responsable...!

—Me divierte —aseveró Anthony—. Un amigo mío, Jimmy McGrath, podría contarle mi debilidad por esta clase de asuntos.

Los ojos de Virginia se dilataron.

—¿Cómo? ¿Jimmy McGrath?

Anthony la miró.

—Sí, ¿por qué? ¿Le conoce?

—He oído su nombre últimamente —dijo Virginia titubeando, y agregó—: Mister Cade, tengo que hablar con usted. ¿Le será posible ir a Chimneys?

—No tardará en volver a verme, mistress Revel. De momento el conspirador B

sale gloriosamente por la puerta.

El programa se realizó como habían convenido. Anthony tomó un taxi y estuvo en el andén a tiempo de recoger el resguardo de la consigna; luego fue en busca de un Morris Cowley de segunda mano, que había adquirido previsoramente aquella misma mañana; regresó a la estación, recobró el baúl y lo aseguró en el portaequipaje.

Su objetivo se hallaba fuera de Londres. Condujo a través de Nothing Hill, Sheperd's Bush, Goldhawk Road, Brentford y Hounslow, hasta que se halló en el largo trecho de carretera que media entre la última localidad y Staines. Los coches pasaban frecuentemente por él; el pavimento tenía la dureza suficiente para no revelar huellas de pies o de neumáticos. Anthony se detuvo. Ensució ante todo con barro la matrícula de su coche. Aprovechando una pausa del tránsito sacó del baúl el cadáver de Giuseppe y lo colocó en un punto en que la carretera trazaba una curva, de forma que no lo iluminasen los faros de los vehículos.

Inmediatamente se alejó. Su obra había durado minuto y medio. Volvió a Londres por el ramal de Burnham Beeches. Paró el automóvil una vez y, eligiendo un gigantesco árbol, trepó por él sin prisa. Fue una verdadera hazaña. En una rama, que ofrecía un hueco cerca del tronco, escondió un paquete de papel de embalar.

—Astuto modo de librarse del arma homicida —se dijo Anthony satisfecho—. La policía registra el suelo y draga los estanques y ríos, pero pocos ingleses serían capaces de encaramarse a este árbol.

De vuelta a la estación de Paddington, dejó el baúl en la consigna de llegada. Pensó luego en sabrosos filetes, tiernas chuletas y grandes cantidades de patatas fritas; pero una mirada al reloj le disuadió. Llenó el Morris de gasolina y se lanzó de nuevo a la carretera, hacia el norte en aquella ocasión.

A poco de las once y media frenó el coche en el camino que corría paralelo al parque de Chimneys. Saltó ágilmente el muro y avanzó hacia el edificio principal. La enorme masa gris, el venerable amasijo de Chimneys, descollaba en la oscuridad, a mayor distancia de lo que había sospechado. Emprendió un paso de carrera. Un reloj marcaba las doce menos cuarto. A la hora mencionada en el trozo de papel, Anthony estaba ya en la terraza, levantando la cabeza hacia la casa. Reinaba el silencio entre las sombras.

—Los políticos son dormilones —murmuró.

Y entonces estalló un ruido: la detonación de un arma de fuego. Anthony giró sobre sí mismo, seguro de que procedía del interior de la mansión. Aguardó sin que se alterase la calma mortal. Fue a un enorme balcón, por el que, a juicio suyo, había llegado el estampido hasta él. Lo empujó. Estaba cerrado. Aguzando el oído, probó de abrir otros balcones. El silencio persistía.

Se dijo finalmente que había soñado o que el disparo se debía a un cazador furtivo. Desanduvo intranquilo el camino.

Al mirar por última vez a la casa, encendióse una luz en el primer piso. Se apagó casi inmediatamente, sumiendo la mansión en la oscuridad de la noche.

Capítulo X

Chimneys

El inspector Badgworthy se hallaba en su despacho a las ocho y media de la mañana. Era alto, grueso, de movimientos pesados, acostumbrado a respirar hondo cuando la situación lo requería. Tenía delante al aturdido agente Johnson, recién ingresado en el Cuerpo.

Con su majestuosa lentitud peculiar, el inspector tomó el teléfono, que sonaba insistentemente.

—Aquí la comisaría de Market Basing. El inspector Badgworthy al habla... ¿Qué?

Las maneras del inspector cambiaron. De la misma manera que era superior a Johnson, también había otras personas más importantes que él en el mundo.

—Diga, milord... Perdone, no le he entendido.

Durante un largo silencio, el inspector escuchó con atención. En su faz, normalmente impasible, se pintó un abanico de expresiones contradictorias.

—En seguida, milord —prometió al fin y se libró del aparato.

Miró a Johnson altivamente.

—Ha habido un asesinato en Chimneys.

—Asesinato —repitió Johnson impresionado.

—Asesinato —dijo satisfecho el inspector.

—Que yo sepa no han asesinado a nadie en la comarca... desde que Tom Pearse pegó un tiro a su novia.

—Y no lo fue en cierto modo. La culpa fue de la bebida —replicó el inspector.

—Por lo menos no le ahorcaron —comentó, sombrío, Johnson—. ¿Va en serio ahora, señor?

—Sí, muchacho. Encontraron muerto de un tiro a un huésped del marqués, un caballero extranjero, con el balcón abierto y huellas de pasos.

—Siento que sea extranjero —se apenó Johnson.

El crimen perdía realidad, porque creía que los naturales de otros países estaban expuestos a caer bajo las balas.

—El marqués está furioso —continuó el inspector—. Avisaremos al doctor Cartwright para que nos acompañe. ¡Ojalá no borren esas huellas!

Badgworthy se sentía transportado al séptimo cielo. ¡Un asesinato en Chimneys! ¡Y él a cargo de su investigación! La policía tenía una pista. Arresto sensacional, promoción y galardones para el inspector...

—A menos que Scotland Yard se entrometa —agregó para sí mismo.

El pensamiento le serenó. Dadas las circunstancias, era muy posible que los de

Londres intervinieran.

Recogieron en coche al doctor Cartwright, hombre joven y curioso. Su actitud fue casi idéntica a la de Johnson.

—¡Cielo santo! —exclamó—. No hemos tenido aquí un asesinato desde la borrachera de Tom Pearse.

Emprendieron la marcha hacia Chimneys. El médico notó la presencia de un hombre en la puerta de la posada.

—Un forastero muy agradable, por cierto —comentó—. ¿Cuánto llevará aquí? ¿Qué hace? No le he visto hasta ahora. Debió llegar anoche.

—Pero no en tren —aseguró Johnson.

Su hermano era el jefe de la estación y, por consiguiente, estaba bien informado de las llegadas y partidas de trenes.

—¿Quién vino ayer a Chimneys? —preguntó el inspector.

—Lady Eileen, en el de las cuatro menos veinte, con dos caballeros, un estadounidense y otro militar, ambos sin criados. El marqués y un extranjero, quizás el asesinado, más un ayuda de cámara, en el de las seis menos veinte. Mister Eversleigh se apeó del mismo tren. Mistress Revel llegó en el de las siete y veinticinco, así como otro extranjero, calvo, de nariz aguileña. La doncella de dicha señora vino en el de las nueve menos cuatro minutos.

Johnson hizo una pausa.

—¿Nadie que se hospedase en la posada?

Johnson meneó la cabeza.

—Ese joven debió de venir en coche —dedujo el inspector—. Johnson, pregunte con discreción en el hostal cuando vuelva. No perdamos de vista a los forasteros. Ése está muy moreno y deduzco que llega de otra tierra.

El inspector hizo un gesto de sagaz aprobación, como indicando que a un hombre tan despierto como él no se le escapaba ni un detalle.

El automóvil atravesó la verja del parque de Chimneys, cuya descripción se hallará en cualquier guía. También puede leerse el volumen tercero de *Mansiones Históricas de Inglaterra*, tras un módico desembolso de veintiún chelines. Los turistas de Middlingham recorren los jueves las estancias abiertas al público. Sería, por tanto, superfluo explicar cómo es Chimneys, cuando se ofrecen tantas facilidades para conocerlo.

Un mayordomo, canoso y perfecto, los recibió. Parecía decir: «No estamos acostumbrados a asesinatos; pero sigamos la corriente del progreso y aceptemos el desastre con calma, simulando, aun a costa de nuestra vida, que no ha acontecido nada anormal».

—El señor marqués les espera. Síganme, por favor.

Los condujo a una estancia pequeña y cómoda, en la que se refugiaba lord

Caterham para huir de tanta magnificencia.

—La policía, milord, y el doctor Cartwright.

El marqués se paseaba muy agitado.

—¡Ah! Al fin, inspector. Le doy las gracias. ¿Cómo le va, Cartwright? ¡Menudo lío, señores! ¡Menudo!

Y pasando frenéticamente sus manos por el pelo moldeó una serie de mechones, tufitos y greñas que parecían una escoba vieja.

—¿Dónde está el cadáver? —inquirió el médico.

Caterham le miró como si le aliviase la pregunta tan directa.

—En la cámara del consejo, donde se lo encontró. Prohibí que se tocase nada. Me pareció lo... lo más correcto.

—Lo fue, milord —aprobó el inspector.

Sacó un cuaderno y un lápiz.

—¿Quién descubrió al muerto? ¿Usted?

—No, por Dios —exclamó Caterham—. ¿Cree que me levanto a esa inverosímil hora del día? Fue una criada. Chilló como si la despellejasen; yo no la oí. Me avisaron y, naturalmente, bajé... No sé más.

—¿Reconoció el cadáver como el de un huésped suyo?

—Sí, inspector.

—¿Se llamaba?

La sencilla pregunta trastornó a lord Caterham. Abrió la boca un par de veces y la cerró.

—¿Quiere saber su... su nombre? —preguntó con voz débil.

—Sí, milord.

El marqués miró en derredor como si buscase inspiración.

—Se llamaba... me parece... Estoy convencido... sí, conde Stanislaus.

Lo raro de su conducta hizo que el inspector dejase de escribir para mirarle. En aquel momento hubo una intromisión que reanimó considerablemente al azorado aristócrata.

Entró una joven en la habitación. Era alta, delgada y morena; su rostro juvenil era atractivo. Parecía muy decidida. Lady Eileen, apodada Bundle, primogénita del marqués, inclinó la cabeza en dirección a los recién llegados y dijo a su padre:

—Ya le he encontrado.

Durante un segundo el inspector estuvo a punto de correr, dando la impresión de que la joven había capturado al asesino, pero inmediatamente comprendió que se refería a algo distinto.

Lord Caterham exhaló un suspiro de descanso.

—¡Bravo! ¿Qué dijo?

—Que viene inmediatamente y que debemos «emplear la discreción más

exquisita».

Su padre chasqueó la lengua.

—Sólo George Lomax puede aconsejar semejante idiotez. Sin embargo, su intervención me permitirá lavarme las manos del asunto.

Tal perspectiva pareció reanimarle.

—¿El asesinado se llama conde Stanislaus? —dijo el médico.

Padre e hija intercambiaron una rápida mirada, y el primero declaró dignamente:

—Acabo de informarles de ello.

—Su anterior indecisión me ha obligado a preguntarle —explicó Cartwright.

Guiñó un ojo y Caterham hizo una mueca de reproche.

—Venga a la cámara del consejo —ordenó.

El inspector, que cerraba la marcha, miraba en todos los sentidos, como si esperase encontrar un indicio en el marco de un cuadro o en una puerta entreabierta.

Caterham abrió una de éstas con una llave, que guardaba en el bolsillo. Vieron una sala enorme, con el suelo de roble, cuyos tres balcones daban a la terraza. Había una larga mesa, muchos cofres y varias sillas muy bellas. En las paredes se veían retratos de los antepasados de los Caterham y de otros personajes.

Cerca del muro de la izquierda, a medio camino entre la entrada y la ventana, yacía de espaldas un hombre, con los brazos abiertos.

El doctor Cartwright se arrodilló junto a él. El inspector fue a examinar los balcones. El del centro estaba cerrado, pero no asegurado; en los balcones se veían huellas de pasos que se aproximaban a la sala y otra serie que se alejaban de ella.

—Resultan claras —dijo el inspector—. Pero no se ven en el interior; destacarían en el encerado.

—Tal vez yo pueda facilitarle la explicación —prometió Bundle—. La criada dio brillo a la mitad del suelo esta mañana antes de descubrir el cadáver. No había mucha luz cuando empezó. Se encaminó a la ventana, corrió las cortinas y se puso a trabajar. El cuerpo quedaba oculto por la mesa. No lo vio hasta que tropezó con él.

El inspector afirmó varias veces.

—Aquí le dejo, Badgworthy —dijo Caterham, ansioso de marcharse—. No le costará encontrarme si... si me necesita. Mister George Lomax llegará muy pronto desde Wyvern Abbey y les informará... Sabe de esto mucho más que yo. El asunto le concierne.

El marqués se retiró precipitadamente sin esperar contestación.

—Lomax cometió una torpeza al complicarme —se quejó en voz alta en el pasillo —. ¿Qué hay, Tredwell?

—Milord, me he tomado la libertad de adelantar la hora de su desayuno. Lo tiene dispuesto en el comedor.

—No conseguiré tragar un bocado —rezongó Caterham sombrío, cambiando su

rumbo hacia la mencionada habitación—. No, aunque me obliguen.

Bundle le cogió del brazo y penetraron juntos en el comedor. En el aparador había media docena de bandejas de plata, en las que los manjares conservaban su calor por medio de ingeniosos aparatos eléctricos.

—Tortilla —olfateó Caterham, levantando sucesivamente todas las tapas—, huevos y tocino, riñones, picadillo de carne, jamón y faisán frío. Nada de ello me apetece, Tredwell. Ordene al cocinero que me prepare un huevo pasado por agua.

—Muy bien, milord.

El mayordomo se marchó. Caterham llenó un plato con riñones y tocino, se sirvió un tazón de café y se sentó a la mesa. Bundle se dedicó a los huevos y al jamón.

—Estoy hambrienta —dijo con la boca llena—. Debe de ser la emoción.

—A ti te parecerá bien eso —gimió su padre—; a los jóvenes os entusiasman los contratiempos: yo, en cambio, como sabes, estoy muy delicado. Sir Abner Willis ha insistido, como cualquier médico, en que evite toda suerte de preocupaciones. Decirlo no cuesta nada. ¿Cómo evitar las preocupaciones si ese asno de Lomax me embarca en esta aventura? ¿Por qué no me opuse con más energía?

Sacudiendo melancólicamente la cabeza, se levantó y se sirvió jamón en otro plato.

—Desde luego, Codders se ha lucido en esta ocasión —observó Bundle alegremente—. Habló sin coherencia por teléfono. Aparecerá dentro de un par de minutos, recomendando diez veces seguidas, a todo el que se ponga a tiro, discreción y prudencia.

La perspectiva arrancó un gemido a lord Caterham.

—¿Estaba levantado? —preguntó.

—Me comentó que desde las siete dictaba cartas y oficios —contestó Bundle.

—Y se enorgullecería de ello —conjeturó su padre—. Los hombres públicos son extraordinariamente egoístas. Explotan a sus míseros secretarios desde la madrugada redactando estupideces. La nación se beneficiaría si se votase una ley, prohibiéndoles que se levantasen antes de las once. Los soportaría si no me vinieran con discursos. Lomax me martiriza constantemente por mi «posición». Como si yo tuviera alguna. ¿Quién anhela ser par hoy día?

—Nadie. Es preferible ser dueño de una taberna.

Tredwell reapareció con dos huevos pasados por agua en una bandejita de plata labrada, que depositó en la mesa, frente al marqués.

—¿Qué es esto? —se horrorizó Caterham.

—Huevos pasados por agua, milord.

—Me dan náuseas —dijo enfadado Caterham—. Son insípidos. No me atrevo ni siquiera a contemplarlos. Lléveselos, Tredwell.

—Muy bien, milord.

El mayordomo se marchó tan silenciosamente como había llegado con el plato de huevos.

—¡Alabado sea el Señor porque nadie madruga en esta casa! —exclamó Caterham—. Tendremos que darles la noticia cuando se despierten.

Suspiró.

—¿Quién le ha matado y por qué? —preguntó Bundle.

—Eso no nos importa, gracias a Dios. Es tarea de la policía. Badgworthy no averiguará nada. Espero que el culpable sea el Narigudo.

—¿También llamado...?

—Ese sujeto del petróleo.

—¿Para qué iba a matarle mister Isaacstein? ¿No vino con el propósito de conocerle?

—Altas finanzas —dijo lord Caterham vagamente—. Lo cual me hace pensar que mister Isaacstein será madrugador y que aparecerá de un instante a otro. Los financieros tienen el vicio de levantarse temprano. Por ricos que sean, toman siempre el tren de las nueve y cuarto. El caso es madrugar.

El ruido de un coche conducido a gran velocidad penetró a través del balcón abierto.

—¡Codders! —vaticinó Bundle.

Padre e hija se asomaron y saludaron al ocupante del coche, que se había detenido en la entrada.

—Por aquí, buen amigo —gritó Caterham, engullendo apresuradamente un pedazo de jamón.

George no intentó entrar por el balcón. Desapareció de su vista y reapareció en pos de Tredwell, que se fue al punto.

—Desayune —invitó Caterham, estrechando su mano—. ¿Quiere riñones?

George los rechazó impaciente.

—¡Es una terrible calamidad!

—Lo es. ¿Arenques?

—No, no. Hay que silenciarlo, hay que silenciarlo a toda costa.

Como Bundle había profetizado, rompió a hablar sin coherencia.

—Comprendo sus sentimientos —aplacó Caterham—. Pruebe los huevos con jamón o el faisán.

—Una situación imprevista... calamidad nacional... concesiones perdidas...

—Calma, calma —pidió el marqués—. Coma. La comida le tranquilizará. ¿Huevos pasados por agua? Los había aquí hace un momento.

—No quiero comer —gritó George—. He desayunado y, aunque no lo hubiera hecho, no probaría nada. Pensemos en nuestra futura conducta. ¿A quién se lo ha comunicado usted?

—Lo sabemos Bundle, yo, la policía y Cartwright. Y, naturalmente, la servidumbre.

George gimió.

—Calma, querido amigo —rogó el bondadoso Caterham—. ¿Por qué no toma un bocadillo? Piense en la imposibilidad de ocultar un cadáver. En el peor de los casos, hay que enterrarlo; ésa es la desdichada verdad.

George se serenó de pronto.

—Tiene razón, Caterham. ¿Dice que ha avisado a la policía local? No basta. Necesitamos a Battle.

—¿Quién es ese caballero?

—Un superintendente de Scotland Yard, hombre de gran discreción. Colaboró con nosotros en el deplorable caso de los fondos del partido.

—¿Qué ocurrió? —inquirió Caterham interesado.

George había descubierto a Bundle y recordó oportunamente la discreción. Se levantó.

—No perdamos más tiempo. Enviemos unos telegramas.

—Escríbalos y Bundle se encargará de mandarlos por teléfono.

George empuñó su pluma estilográfica y escribió con rapidez increíble. Entregó el resultado a Bundle, que lo leyó con curiosidad.

—¡Cielos! ¿Qué nombre? ¿Barón...?

—Barón Lolopretjzyl.

Bundle pestañeó.

—Lo entiendo. No será fácil deletrearlo a telégrafos.

George siguió escribiendo. Entregó, por fin, la nota a Bundle y se dirigió al dueño de la casa.

—Lo mejor que puede hacer, Caterham...

—Sí... —dijo el marqués con aprensión.

—Déjelo en mis manos.

—Lo mismo había pensado —afirmó Caterham con vivacidad—. Encontrará a la policía y al doctor Cartwright en la cámara del consejo con el... el cadáver, claro está. Mi querido Lomax, tiene Chimneys a su plena disposición, haga lo que le plazca...

—Gracias —dijo George—. Si hubiera de consultarle...

Pero lord Caterham ya se había ido. Bundle había observado su retirada sonriendo disimuladamente.

—Despacharé los telegramas. ¿Sabe el camino de la cámara del consejo?

—Sí, gracias, lady Eileen.

George se precipitó fuera del comedor.

Capítulo XI

Llega el superintendente Battle

Lord Caterham, temiendo las consultas de George, dedicó toda la mañana al recorrido de su enorme finca. Sólo la llamada del hambre le condujo a la mansión, reflexionando que a aquellas alturas lo peor ya habría pasado.

Una puerta lateral le permitió entrar de puntillas en el edificio y deslizarse a su estudio. Se alegró de que nadie hubiera advertido su llegada, pero se equivocaba. Nada ocurría sin que Tredwell lo viera.

—Excúseme, milord...

—¿Qué pasa?

—Mister Lomax desearía verle en la biblioteca en cuanto usted regresara.

Tredwell insinuaba mediante esta juiciosa frase que lord Caterham no había regresado si así lo prefería.

El marqués se levantó, resignado.

—Tarde o temprano lo habré de soportar. ¿En la biblioteca, dice?

—Sí, milord.

Caterham recorrió los amplios espacios de su mansión ancestral hasta la biblioteca. Estaba cerrada con llave. Sacudió la puerta. El rostro suspicaz de George Lomax se mostró en una rendija. Su semblante cambió al reconocer a su anfitrión.

—Entre, Caterham. Nos preocupaba su larga ausencia.

El marqués esquivó una respuesta directa, mascullando cuatro palabras sobre sus deberes de propietario. Había otros dos hombres en la habitación. Uno era el coronel Melrose, jefe de policía de la comarca; otro, un vigoroso individuo de mediana edad, cuyo rasgo más notable era su inexpresividad.

—El superintendente Battle llegó hace media hora —dijo George—. Se ha entrevistado con el inspector Badgworthy y el doctor Cartwright. Ahora desea interrogarnos.

Se sentaron una vez Caterham saludó al coronel y al superintendente.

—Battle, será inútil aclarar que nos enfrentamos con un caso que reclama extrema discreción —dijo George.

El superintendente asintió con tanta indiferencia, que complació al marqués.

—No tema, mister Lomax. Pero no oculte ningún hecho. El caballero asesinado se llamaba conde Stanislaus o con tal nombre le conocía la servidumbre, ¿verdad? ¿Era su verdadero nombre?

—No —contestó receloso Lomax.

—¿Quién era?

—El príncipe Miguel de Herzoslovaquia.

La sola reacción, instintiva, de Battle fue abrir un poco más los ojos.

—¿Y cuál fue el objeto de su visita? ¿Distraerse?

—Había otro, Battle. ¿Cuento con su discreción?

—Sí, sí, mister Lomax.

—¿Y con la suya, coronel Melrose?

—Naturalmente.

—El príncipe Miguel vino con el estricto propósito de conocer a mister Herman Isaacstein. Había de discutir un préstamo bajo determinadas condiciones.

—¿Cuáles?

—No lo sé exactamente, puesto que faltaba ultimarlas. En términos generales, y dando por sentada su ascensión al trono, el príncipe se comprometería a otorgar concesiones petrolíferas a las compañías en que mister Isaacstein tiene intereses. El gobierno británico apoyaría las pretensiones del príncipe Miguel en vista de su franca simpatía por los ingleses.

—Eso basta —dijo el superintendente—. El príncipe Miguel quería dinero, mister Isaacstein el petróleo y nuestro gobierno servía de padrino. Otra pregunta. ¿Quién más codiciaba las concesiones?

—Un grupo de financieros norteamericanos había efectuado ciertos avances.

—Y fueron defraudados, ¿verdad?

George no picó el anzuelo.

—El príncipe Miguel simpatizaba con los ingleses —repitió.

Battle no insistió.

—Lord Caterham, corríjame si estoy equivocado. Ayer conoció al príncipe en Londres y vinieron juntos aquí. Le acompañaba un ayuda de cámara herzoslovaco llamado Boris Anchoukoff. El capitán Andrassy, su caballerizo, se quedó en la ciudad. El príncipe se retiró inmediatamente a sus habitaciones, pretextando cansancio, y le sirvieron la cena en ellas. De modo que no conoció en ningún momento a sus otros huéspedes.

—Exacto.

—Esta mañana, a eso de las ocho menos cuarto, una criada descubrió el cadáver. El doctor Cartwright practicó un reconocimiento a la víctima, dictaminando que había muerto a consecuencia de un disparo de arma corta. El reloj del difunto, roto durante la caída, indica que el crimen se perpetró a las doce menos cuarto. ¿A qué hora se acostaron anoche?

—Temprano. La reunión distaba de ser un éxito. Alrededor de las diez y media.

—Gracias. Milord, descríbame a sus invitados.

—Pero, ¿el asesino no vino de fuera?

Battle sonrió.

—¡Tal vez...! Sin embargo, la rutina me impone la obligación de informarme sobre los ocupantes de la casa.

—Aparte del príncipe, su criado y mister Isaacstein, de quienes ya hemos hablado, está mister Eversleigh...

—Que trabaja en mi departamento —terció George condescendiente.

—¿Y enterado, pues, de los motivos de la presencia del príncipe?

—Creo que no —repuso George pomposamente—. Habrá sospechado que algo se trama. No suelo revelarle mis móviles.

—Ya, ya. Continúe, milord.

—¡Ejem...! También estaba mister Hiram Fish.

—¿Quién es?

—Un estadounidense. Vino con una carta de presentación de mister Lucius Gott. ¿Sabe quién es...?

El superintendente sonrió. ¿Quién no conocía a Lucius C. Gott, el archimillonario?

—Le interesan mis ediciones príncipe; si no pueden compararse con la colección de mister Gott, hay algunos importantes. Mister Fish es un entusiasta de los libros. Puesto que mister Lomax me pidió que invitara a otras personas, a fin de que la reunión tuviera naturalidad, rogué a mister Fish que aceptara mi hospitalidad. Con esto he mencionado a todos los varones. La única dama ajena a la casa es mistress Revel, que supongo que vendría con su doncella. Además de mi hija mayor, están las pequeñas, sus niñeras, la institutriz y los sirvientes.

Caterham tomó aliento.

—Gracias —dijo Battle—. La situación justifica mi curiosidad.

—¿Se duda de que el asesino penetró por el balcón? —inquirió George.

Battle no respondió en seguida.

—Tenemos las huellas de entrada y salida —contestó al fin—. A las once cuarenta minutos, un coche se detuvo en la carretera, junto al muro del parque. A las doce, también en coche, un joven llegó al hostal del pueblo y pidió un cuarto. Dejó los zapatos en el pasillo para que les sacasen brillo. Estaban húmedos y llenos de barro, como si hubiese estado andando un buen rato a través de los prados de la casa.

George se inclinó hacia el superintendente.

—¿Podría confrontar ese calzado con las huellas?

—Ya lo hemos hecho.

—¿Y qué?

—Corresponden.

—¡Asunto concluido! —exclamó George—. Hemos encontrado al asesino. ¿Cómo se llama ese joven?

—Anthony Cade.

—Hay que arrestarle en seguida; debemos perseguirle.

—No será necesario —aseveró Battle.

—¿Por qué?

—Porque está cerca de aquí.

—¿Cómo?

—Es curioso, ¿verdad?

El coronel miró interesado al superintendente.

—¿Qué nos oculta, Battle?

—He dicho que era curioso. Ese joven, en vez de huir, lo que sería lógico a todas luces, no sólo se queda, sino que colaborará para que identifiquemos al autor de las huellas.

—¿Qué piensa usted?

—No sé qué pensar, y eso es muy desagradable.

—¿Cree que...? —empezó el coronel.

Le interrumpió un golpecito en la puerta.

George fue a abrir. Tredwell, disfrazando la humillación de tener que llamar, anunció desde el umbral:

—Perdón, milord. Un caballero pide que se le reciba por algo urgente, relacionado con la tragedia de esta mañana.

—¿Cómo se llama? —intervino Battle.

—Su nombre es Anthony Cade, señor. Aseguró que no diría más.

Los cuatro hombres se inmovilizaron. Súbitamente lord Caterham se echó a reír.

—Por fin me divierto. Hágale entrar, Tredwell. ¡Pronto!

Capítulo XII

Anthony habla

—Mister Anthony Cade —anunció el mayordomo.

—Se presenta el sospechoso de la posada —dijo el joven.

Al entrar se dirigió hacia lord Caterham, comprendiendo instintivamente que era el dueño de la casa. Al unísono clasificó a los tres presentes así: «1, Scotland Yard; 2, magistrado local, seguramente el jefe de policía; 3, caballero al borde de la apoplejía. Un funcionario gubernamental».

—Me excuso de mi intempestiva llegada —agregó Anthony, observando aún al marqués—. Se murmuraba en El Perro Alegre, o como se llame la taberna del pueblo, que ha habido un asesinato en esta casa, sobre el que quizá pueda dar algunos datos. Eso es lo que me trae aquí.

Pasaron unos segundos sin que nadie respondiera. El experto superintendente Battle sabía la ventaja que representa que los demás hablen antes que uno; el coronel Melrose callaba por ser taciturno; George estaba desorientado, y lord Caterham ignoraba qué debía decir. El silencio de los otros tres, y el hecho de que el joven se refiriese a él, le obligaron a hacer uso de la palabra.

—Pues... claro, claro... —tartamudeó—. ¿Por qué... no... se sienta?

—Gracias —contestó Anthony.

George carraspeó majestuosamente.

—¿Hemos de interpretar que...?

—Anoche me introduje en la propiedad de lord Caterham, por lo que pido perdón —confesó Anthony—. Ocurrió a las doce menos cuarto, hora en que sonó un disparo. Así, pues, puedo establecer el momento del crimen.

Miró en torno suyo. Finalmente sus ojos se detuvieron en el superintendente, cuya impasibilidad semejaba apreciar lo que valía.

—Me parece que no comunico una novedad —añadió suavemente.

—¿Por qué, mister Cade? —preguntó Battle.

—Soy partidario de calzarme cuando me levanto. Esta mañana pedí en vano mis zapatos. Un policía se los había llevado. Corrí hacia acá para aclarar mi posición.

—Le felicito por su cordura —dijo Battle.

Los ojos de Anthony chispearon.

—Y usted reciba mi enhorabuena por su reticencia, inspector. ¿O no es inspector?

El marqués intervino. Empezaba a sentir debilidad por el joven.

—Es el superintendente Battle, de Scotland Yard. Este caballero es el coronel Melrose, nuestro jefe de policía. Y le presento, en fin, a mister Lomax.

Anthony miró interesado al último.

—¿El señor George Lomax?

—Sí.

—Mister Lomax, ayer tuve el honor de recibir carta suya.

George se desconcertó.

—Se equivoca.

Hubiera dado un tesoro por tener al lado a miss Oscar, quien mecanografiaba sus cartas y recordaba tanto a su destinatario como su contenido. Una persona de su categoría no podía reparar en estos detalles tan insignificantes.

—Mister Cade, si mal no recuerdo, nos iba usted a proporcionar una... explicación de lo que hacía en esta finca a las doce menos cuarto de la noche.

Su tono equivalía a expresar: «Y no le creeremos, aunque sea el Evangelio».

—Sí, mister Cade, ¿qué se propuso? —medió Caterham con no pequeño interés.

—Pues es una historia muy larga —le repuso Anthony y sacó la pitillera—. ¿Me autoriza?

Con el permiso del marqués, el joven encendió un pitillo preparándose para la prueba.

Advirtió lo espinoso de su situación. En el espacio de veinticuatro horas se había visto envuelto en dos crímenes distintos. Su intervención en el primero no afectaría lo más mínimo al segundo. Después de hacer desaparecer un cadáver, desorientando con ello a la justicia, había aparecido en el escenario del otro asesinato en el instante preciso en que se cometía. Como joven aficionado a las aventuras no podría quejarse.

«Sudamérica está cada vez más lejana», pensó.

Respondería la verdad, modificada por una leve alteración y una grave supresión.

—Los hechos principiaron hará de ello tres semanas, en Bulawayo —dijo Anthony—. Mister Lomax conocerá, como es natural, aquella avanzada del Imperio, pues se dice, y no en balde: «¿Qué sabemos de Inglaterra que Inglaterra no sepa?». Durante una conversación con un buen amigo mío, mister James McGrath...

Pronunció el nombre lentamente, fijos los ojos en George, que brincó en su asiento, reprimiendo una extemporánea exclamación.

—Fue a resultas de ello que yo regresé al solar patrio con el objeto de llevar a cabo un encargo que mister McGrath no podía efectuar en persona. Por ello, y puesto que el pasaje había sido reservado a su nombre, viajé como James McGrath. El superintendente me dirá qué delito cometí y cuántos meses de cárcel me esperan.

—Prosiga usted, señor —ordenó Battle sin energía.

—Y como James McGrath, me alojé en el hotel Blitz de Londres. Mi misión era entregar un manuscrito a unos editores; casi inmediatamente recibí delegaciones de dos partidos políticos de un reino extranjero. Los métodos de una fueron puntualmente constitucionales; los de la otra, no. Las traté como su respectiva

conducta me aconsejó. Mis peripecias no habían concluido. Aquella misma noche un camarero intentó desvalijarme.

—¿Lo comunicó a la policía? —indagó Battle.

—No, como usted sospecha... No perdí nada. El gerente del hotel, a quien le conté todo, confirmará mis palabras e informará que el camarero desapareció del hotel durante la noche. Al día siguiente, los editores me telefonearon y convinimos que me visitaría un representante suyo, a quien yo daría el manuscrito. Al otro día se realizó la entrega. Desde entonces no he tenido noticias suyas y creo que el manuscrito obra en su poder. Ayer, encarnando todavía a mister McGrath, recibí una carta de mister Lomax...

Anthony se interrumpió, distraído por el gesto intranquilo de George.

—La recuerdo en este momento... Mi abundante correspondencia... ¿Cómo iba a saber si el nombre era distinto? Y añado —exclamó George, firme en su honestidad — que considero esta... esta sustitución indigna. Ha incurrido usted en un tremendo desliz legal.

—En la carta —siguió Anthony sin amilanarse—, mister Lomax señaló varias cosas sobre el manuscrito y me animó, en representación de los Caterham, a que me uniera a la fiesta.

—Me alegro de tenerle aquí, querido muchacho —dijo el aristócrata—. Más vale tarde que nunca, ¿verdad?

George le miró con cara de pocos amigos. Battle continuaba observando a Anthony.

—¿Y cómo se explica su presencia de ayer noche en el parque? —preguntó.

—No con mis palabras anteriores —exclamó Anthony—. Si me invitan a una finca campestre, no escalo sus muros de noche, ni recorro solapadamente sus jardines, ni empujo los balcones. Voy a la puerta, llamo al timbre y me limpio las suelas de los zapatos en la alfombrilla... Contesté a mister Lomax que ya no tenía el manuscrito y rechacé apesadumbrado la amable invitación de lord Caterham. Pero después me acordé de algo —hizo una pausa, porque andaba sobre hielo quebradizo —. En mi lucha con Giuseppe, el camarero, le arrebaté un trocito de papel en el que había unas palabras. Entonces no significaban nada para mí; la mención de Chimneys me las recordó. Volví a leerlas, por si me había equivocado. Como verán ustedes, caballeros, las palabras son «Chimneys, 11.45, jueves».

Battle examinó atentamente el papel.

—Desde luego, Chimneys podía o no tener relación con esta casa. Lo cierto es que el mencionado Giuseppe era un ladrón. Vine, por tanto, en mi coche, me cercioré de que no había novedad, fui a la posada y, una vez allí, pensé poner en guardia a lord Caterham para que evitase cualquier contratiempo durante el fin de semana.

—Muy agradecido —dijo el marqués.

—Llegué tarde. Por consiguiente, osé saltar la tapia y correr hasta la terraza. La casa estaba silenciosa y a oscuras. En el instante de marcharme oí la detonación. Me pareció que sonaba en el interior y volví a probar los balcones. Como el silencio y la calma no se alteraron colegí que un cazador furtivo había disparado su arma, conclusión natural en vista de las circunstancias.

—Muy natural —exclamó Battle, impasible.

—Fui a la posada y esta mañana, como he dicho, me enteré de la noticia. Forzosamente tenía que resultar sospechoso y vine a contar lo sucedido con la esperanza de no salir esposado de aquí.

Hubo una pausa. El coronel Melrose consultó con los ojos al superintendente.

—Eso lo aclara todo —comentó.

—Sí —apreció Battle—. Esta mañana no voy a emplear las esposas.

—¿Alguna pregunta, Battle?

—Quisiera saber algo. ¿Qué era ese manuscrito?

George, a quien se refería, repuso a regañadientes:

—Las memorias del difunto conde Stylpitch...

—No diga más —interrumpió Battle—. Comprendo.

Se encaró con Anthony.

—¿Sabe quién fue la víctima, mister Cade?

—En la taberna se hablaba de cierto conde Stanislaus.

—Cuénteselo —mandó Battle a George.

George tuvo que obedecer aunque su disgusto fue evidente.

—El caballero, que se amparaba bajo el nombre de conde Stanislaus, no era sino Su Alteza, el príncipe Miguel de Herzoslovaquia.

Anthony silbó.

—¡Vaya un compromiso!

Battle, que le había estado observando, pareció tranquilizarse.

—Desearía preguntar un par de cosas a mister Cade. Si me lo permiten, le llevaré a la cámara del consejo.

—Considérese en su casa —-dijo el marqués.

Anthony y el detective salieron.

El cadáver no ocupaba ya el lugar de la tragedia. Sólo una mancha oscura en el sitio en que había yacido indicaba la comisión de una muerte por violencia. El sol, a través de los tres grandes balcones, inundaba de luz la estancia y arrancaba un leve lustre áureo en su derredor.

Anthony miró con un gesto de aprobación a su alrededor.

—Precioso —murmuró—. Nada hay como la patria, ¿no es verdad?

—¿Creyó que habían disparado en esta habitación? —preguntó Battle, sin responder a su alabanza.

—Veamos.

Anthony salió a la terraza y estudió la fachada.

—Sí, lo es. Ocupa toda la esquina. Si hubiesen hecho fuego en otra parte, hubiera sonado a la izquierda, y lo oí detrás de mí o a la derecha. Eso me sugirió un cazador furtivo. Se halla al extremo del ala.

Al entrar preguntó de pronto, como si tuviera una idea:

—¿Por qué? Le mataron aquí, ¿verdad?

—¡Ah! Nunca se sabe bastante. Sí, le mataron aquí. ¿Dijo que empujó los balcones?

—Sí. Estaban cerrados.

—¿Cuántos probó?

—Los tres.

—¿Está seguro?

—Nunca hablo sin más ni más. ¿Por qué?

—Es singular —dijo Battle.

—¿Qué?

—Descubierto el crimen, el central estaba cerrado, pero no con la falleba.

—¡Uf! —suspiró Anthony, sentándose y buscando su pitillera—. ¡Qué golpe! Eso modifica el caso y presenta sólo dos alternativas. O le mató alguien de la casa, alguien que abrió la falleba después de mi marcha, para que pareciera que lo había realizado un extraño, haciendo que las culpas recaigan en mí... O, en una palabra, yo miento. Usted se inclina a pensar lo segundo, mas, ¡por mi honor!, se engaña.

—Nadie se irá de esta casa hasta que yo haya descubierto la verdad —prometió Battle.

Anthony le miró agudamente.

—¿Desde cuándo sospecha usted de los ocupantes de Chimneys?

Battle sonrió.

—Desde el principio. Las huellas de usted son... en exceso llamativas. Dudé tan pronto como comprobamos que las habían hecho sus zapatos.

—Me descubro ante Scotland Yard.

Pero en aquel preciso instante en que el superintendente reconocía la falta de complicidad de Anthony en el crimen, éste adivinó que no debía cantar victoria. Battle era un policía muy sagaz, no le pasaría inadvertido ni un detalle.

—¿Ocurrió aquí? —inquirió Anthony, señalando la mancha oscura del suelo.

—Sí.

—¿Con qué le mataron? ¿Con un revólver?

—Sí, no sabremos la marca hasta después de la autopsia.

—¿Lo han hallado?

—No.

—¿Tienen indicios?

—Esto.

El superintendente Battle, como un prestidigitador, exhibió una cuartilla, mirando a Anthony con disimulo.

El joven identificó el dibujo sin asombrarse.

—¡Aja! De nuevo los Camaradas de la Mano Roja. Tendrían que litografiar su tarjeta de visita, ya que la esparcen con tanta profusión. Debe de ser muy aburrido dibujarlas a docenas. ¿Dónde la encontraron?

—Debajo del cadáver. ¿La había visto antes, señor?

Anthony resumió en un par de frases su contacto con la emprendedora cofradía.

—Las apariencias apuntan a los Camaradas.

—¿Lo cree, señor?

—Estaría de acuerdo con su gran propaganda, mas... perro ladrador, poco mordedor. Mi opinión particular es que carecen de valor para ello; además son muy pintorescos, no los concibo disfrazándose de huéspedes elegantes de una mansión histórica. Pero, ¿quién sabe?

Anthony rió.

—Veo el juego claro. Un balcón abierto, las huellas y un forastero misterioso en la posada del pueblo... Le aseguro, mi querido superintendente, que puedo ser muchas cosas, salvo el agente local de la Mano Roja.

Battle esbozó una débil sonrisa e hizo un último esfuerzo.

—¿Le repugnaría ver el cadáver?

—En lo más mínimo —contestó Anthony.

Battle precedió a Anthony por el pasillo hasta una puerta que abrió con una llave que sacó del bolsillo. Era una salita. El cadáver reposaba en una mesa, bajo una sábana.

El superintendente retiró la tela. Sus ojos se iluminaron al oír la sorprendida exclamación del joven.

—Le ha reconocido, ¿verdad, mister Cade? —preguntó con voz en que vibraba una inconsciente nota de triunfo.

—Sí, le he visto antes —confesó Anthony—. Pero no como el príncipe Miguel Obolovitch. Fingióse empleado de Balderson & Hodgkins editores, y dijo llamarse Holmes.

Capítulo XIII

El visitante estadounidense

El superintendente Battle arregló la sábana con el aire apabullado de quien no acierta el blanco con su último cartucho. Anthony reflexionaba, con las manos hundidas en los bolsillos.

—Tales fueron los «otros medios» que prometió Lollipop —murmuró.

—¿Cómo, mister Cade?

—Nada, superintendente. Perdone mi abstracción. Yo, mejor, mi amigo Jimmy McGrath, ha perdido mil libras esterlinas.

—Es una bonita suma.

—En efecto. No es tanta la cantidad como la idea de que me han tomado el pelo lo que me enfurece. Entregué el manuscrito como un cordero bobalicón. Me duele, me duele mucho...

Battle calló.

—En fin, será inútil llorar. Quizá no las haya perdido del todo —se consoló Anthony—. Con recobrar las Memorias de Stylpitch de aquí al miércoles, disfrutaré otra vez de mi característico optimismo.

—Regresemos a la cámara del consejo, mister Cade. Quiero enseñarle algo.

En la enorme sala, Battle se aproximó inmediatamente al balcón central.

—He observado, caballero, que este balcón se mueve con dificultad. Usted pudo creer que estaba cerrado con falleba. Estoy convencido de que se equivocó.

Anthony examinó el semblante de Battle.

—¿Y si yo le contradijera?

—Pero, ¿cómo sería posible? —replicó el superintendente, traspasándole con la mirada.

—Se lo concedo.

Battle sonrió contento.

—No es usted tonto, señor. Pero si no le molesta, agregaré que es algo descuidado en el momento preciso.

—Lo soy a veces, porque...

Battle le apretó un brazo, inclinándose a escuchar. Pidió silencio con un leve gesto y, andando de puntillas, abrió la puerta de un tirón.

Quedó enmarcada en ella un hombre alto, de pelo negro, con raya en medio, ojos muy azules e inocentes y cara plácida.

—Perdonen, caballeros —dijo con voz lenta, de pronunciado acento estadounidense—. ¿Puedo inspeccionar el lugar del crimen? ¿Pertenecen ambos a

Scotland Yard? A mí me lo parecen.

—Yo no tengo ese honor —respondió Anthony—. Este caballero es el superintendente Battle de esa institución.

—¿De veras? —exclamó el norteamericano muy interesado—. Celebro saberlo. Soy Hiram P. Fish, de Nueva York.

—¿Qué quería, mister Fish? —inquirió Battle.

Fish avanzó en la habitación, fijándose en la mancha del suelo.

—El crimen es una de mis pasiones, mister Battle. Publiqué en un semanario una monografía sobre el tema «Degeneración y criminales».

Mientras hablaba, sus ojos vagaron por la sala tomando nota de todo. Se detuvieron especialmente en el balcón.

—Se ha retirado el cadáver —explicó innecesariamente Battle.

—Claro —dijo Fish y examinó las paredes—. En esta cámara hay algunos cuadros notables: un Holbein, dos Van Dyck y, si no yerro, un Velázquez. Me interesa la pintura y también las ediciones príncipe. Lord Caterham me invitó a ver las suyas —suspiró—. Ahora será imposible, porque lo correcto será que los huéspedes nos marchemos.

—Tendrá que esperar, señor —dijo Battle—. Nadie se irá de esta casa sin nuestra autorización. Estamos pendientes de la indagatoria judicial.

—¿Cuándo se celebrará?

—Mañana o quizás el lunes. Depende de la autopsia y de otros trámites.

—Está bien. Dadas las circunstancias, será un triste fin de semana. Battle fue hacia la puerta.

—Salgamos de aquí. Nos incautaremos de esta sala por ahora. Cerró con llave y la guardó en un bolsillo.

—¿Buscan huellas dactilares? —dijo mister Fish.

—Tal vez —respondió Battle, lacónico.

—Con un tiempo como el de anoche, el intruso debió dejar sus huellas sobre el parqué.

—En la sala no hay ninguna; en el exterior abundan.

—Las mías —explicó Anthony, alegremente.

Los inocentes ojos de mister Fish se trasladaron a él.

—¡Me sorprende usted, hijo! —exclamó.

Doblaron una esquina, llegaron al enorme vestíbulo, revestido con paneles de roble como la cámara del consejo. Una amplia galería recorría su parte alta. En el fondo había dos personas.

—¡Ah! Nuestro afable anfitrión —profirió mister Fish.

La grotesca descripción del marqués obligó a Anthony a volver la cara para ocultar una sonrisa.

—Y le acompaña la señora cuyo nombre no entendí anoche —continuó el estadounidense—. Es muy atractiva.

Era Virginia Revel. Anthony había esperado el encuentro. Ciertamente, no sabiendo cómo portarse, prefirió que Virginia tomara la iniciativa. Su presencia de espíritu despertaba su confianza, pero, ¿qué haría? Su intriga fue de breve duración.

—¡Mister Cade! —exclamó Virginia, ofreciéndole ambas manos—. ¿Ha conseguido venir por fin?

—Mi querida mistress Revel, ignoraba que mister Cade fuese amigo suyo —se asombró Caterham.

—Hace siglos que nos conocemos —dijo Virginia, sonriendo a Anthony, no sin malicia—. Nos encontramos ayer, inesperadamente, en Londres y le comuniqué que vendría aquí.

Anthony terció inmediatamente.

—Expliqué a mistress Revel que me había visto forzado a rehusar su grata invitación, puesto que iba a nombre de otra persona. No iba a imponerle un perfecto desconocido con falsos pretextos.

—Muchacho, eso está muerto y enterrado —se apresuró a decir lord Caterham—. Mandaré que traigan su equipaje de la posada.

—Agradezco su amabilidad, milord, pero...

—¡Bah! Se alojará en Chimneys. La posada es horrible.

—Debe aceptar, mister Cade —apoyó Virginia.

Anthony notó un cambio en el ambiente gracias a la intervención de la joven. Ya no era un extraño, en situación ambigua. La posición social de Virginia, firme e insospechable, le amparaba. Se acordó de la pistola escondida en el árbol de Burnham Beeches y sonrió para sí.

—Traerán su maleta —prometió el marqués—. Este lamentable hecho nos impedirá cazar y lo siento. Pero así estamos. ¿Qué diablos haré con Isaacstein? ¡Vaya un apuro!

El noble suspiró apesadumbrado. Virginia insistió con entusiasmo.

—En tal caso, mister Cade, le explotaré inmediatamente pidiéndole que me lleve al lago. Es un sitio muy tranquilo, alejado de los crímenes y de los misterios. Compadezco al pobre lord Caterham, víctima indirecta del asesinato. Le aseguro que George no tiene la culpa, aunque organizara la reunión.

—¿Por qué le hice caso? —se quejó el marqués con el aire de un Hércules traicionado por su única debilidad.

—¿Y quién puede resistir a George? —dijo Virginia—. Le agarra a uno de forma que no puede escapar. Me propongo inventar una solapa separable.

—¡Ojalá lo logre! —dijo Caterham—. Me alegro de su presencia, Cade. Necesito que me socorran.

—Le estoy muy reconocido, lord Caterham —respondió Anthony y agregó—: Sobre todo porque resulto tan sospechoso. Mi estancia aquí beneficiará al superintendente.

—¿Por qué, señor? —inquirió Battle.

—No le costará tanto vigilarme —explicó Anthony.

El parpadeo fugaz del policía le reveló que el tiro había sido certero.

Capítulo XIV

Política y finanzas

Sólo aquel pestañeo delató al impasible superintendente Battle. Era difícil saber si le había sorprendido la amistad entre Virginia y Anthony. Él, Caterham y mister Fish observaron a la pareja que se dirigía al jardín.

—Un joven muy simpático —comentó el marqués.

—Ha sido una suerte que mistress Revel encontrara a un viejo amigo —murmuró el estadounidense—. ¿Hace mucho que se conocen?

—Sí, al parecer —respondió Caterham—. Nunca me habló de ese muchacho. Oiga, Battle, mister Lomax ha estado preguntando por usted. Le encontrará en la sala Azul.

—Gracias, milord. En seguida me reúno con él.

Battle, que dominaba ya la geografía del edificio, llegó a la sala sin tropiezos.

—¡Gracias a Dios que le veo! —dijo Lomax.

Se paseaba impaciente de un lado a otro de la alfombra. Había alguien más en la estancia, un hombretón sentado en una butaca arrimada al hogar. Vestía un impecable traje de caza, que, no obstante, no le caía bien. En su grueso rostro amarillento lucían unos negros ojos impenetrables como los de una cobra. Su nariz abultada descubría una curva generosa y su fuerte mandíbula revelaba energía, voluntad y dureza.

—Cierre la puerta, Battle —ordenó Lomax, irritado—. Este caballero es mister Herman Isaacstein.

El superintendente inclinó respetuoso la cabeza.

Conocía al dedillo la biografía de Isaacstein y, si el gran financiero callaba, en tanto que Lomax parloteaba frente a ellos, sabía cuál de los dos mandaba.

—Ahora podremos hablar con libertad —exclamó George—. No quise decir mucho en presencia de Melrose y de lord Caterham. Comprenderá por qué. Debemos evitar que se divulguen ciertas cosas.

—Siempre se saben —afirmó Battle.

Una sonrisa apuntó durante una fracción de segundo en el rostro amarillento del financiero.

—¿Qué opina de ese muchacho, de ese Anthony Cade? —indagó George—. ¿Le considera inocente?

Battle encogió los hombros.

—Comprobaremos la verdad de lo que cuenta. Por lo menos, su explicación justifica su presencia aquí, anoche. Telegrafiaré a África del Sur y pediré informes de sus antecedentes.

—¿Le exime entonces de toda responsabilidad?

—Despacio, señor —pidió Battle, alzando una de sus grandes manos cuadradas —. No he dicho eso.

—¿Cuál es su concepto del crimen, superintendente Battle? —inquirió Isaacstein, hablando por primera vez.

Tenía una voz profunda y sonora, que conmovía a las masas. Había sido un buen instrumento a su servicio en su juventud, en los días de las peliagudas discusiones de los consejos de administración.

—Es pronto para tenerlo, señor. Aún estoy preguntándome lo más fundamental.

—¿Qué es?

—¡Oh, lo de siempre! ¿Cuál fue el motivo? ¿Quién se beneficia de la muerte del príncipe Miguel? No progresaremos hasta que encontremos la respuesta.

—El partido revolucionario de Herzoslovaquia... —empezó George.

El superintendente le interrumpió con menos respeto del acostumbrado.

—No fueron los Camaradas de la Mano Roja, si es que piensa en ellos.

—¿Y el papel con la mano pintada?

—Lo pusieron a fin de desorientarme o, mejor, para que culpásemos a esa organización.

George se sintió picado en su amor propio.

—Battle, no entiendo su seguridad.

—¡Por favor, mister Lomax! Estamos al corriente y no hemos perdido de vista a esos camaradas desde que el príncipe Miguel desembarcó en Inglaterra. Es una tarea rutinaria en nuestra profesión. Les impedimos que llegasen a menos de un kilómetro de distancia de Su Alteza.

—Coincido con el superintendente —declaró Isaacstein—. Hay que investigar en otro sentido.

Battle se reanimó con su apoyo.

—No sabemos quiénes son los que salen ganando con su muerte; en cambio, y eso es algo, sabemos quién pierde con ella.

—¿Indica a...? —dijo Isaacstein.

Sus negrísimos ojos se hincaron en Battle, quien tornó a pensar en una cobra...

—Usted y mister Lomax, sin recordar al grupo leal de Herzoslovaquia. Perdone la expresión, señor, pero está usted frito.

—¡Battle! —se horrorizó George.

—Siga, superintendente —ordenó Isaacstein—. Esa expresión describe muy bien la situación. Es usted inteligente.

—Necesita usted un rey, que sustituya al que ha perdido... así —continuó Battle, chascando los dedos—. El tiempo apremia y la cuestión no es fácil. No me interesan sus proyectos, un esbozo de ellos me basta, pero supongo que el negocio es grande...

Isaacstein afirmó lentamente:

—Enorme.

—De ello nace mi segunda pregunta. ¿Quién es el heredero del trono herzoslovaco?

Isaacstein miró a Lomax, que contestó a duras penas y tras mucha vacilación:

—Será... me parece que... seguramente el príncipe Nicolás.

—¡Ah! —exclamó Battle—. ¿Y qué es el príncipe?

—Primo de Miguel.

—¿Y qué sabe de él? Esencialmente, ¿dónde está ahora?

—Sabemos muy poca cosa. De muchacho tuvo ideas peculiares, frecuentó a los republicanos y a los socialistas y se portó de un modo indigno de su prosapia. Le expulsaron de Oxford por una diablura. Se rumoreó, sólo se rumoreó, que murió dos años más tarde en el Congo. Reapareció, hará de ello pocos meses, al iniciarse la reacción de los monárquicos.

—¿Sí? ¿Dónde?

—En Estados Unidos.

—¿En Estados Unidos? —Battle se volvió al financiero, pronunciando una sola palabra—: ¿Petróleo?

Isaacstein afirmó.

Manifestó que, si los herzoslovacos elegían un monarca, le preferían al príncipe Miguel, puesto que simpatizaba con las ideas políticas modernas; y subrayó sus aventuras democráticas del pasado y sus preferencias republicanas. Estaba dispuesto a compensar el auxilio financiero mediante concesiones territoriales hechas a un grupo de capitalistas estadounidenses.

Battle se olvidó de su impasibilidad hasta emitir incluso un silbido prolongado.

—¿Conque así estamos? —exclamó—. Al mismo tiempo los leales apadrinaron al príncipe Miguel y usted se prometió la victoria. ¿Y qué sucede?

—No creerá que... —empezó George.

—Mister Isaacstein ha ponderado la magnitud del asunto —atajó Battle—. Y lo creo, puesto que él lo afirma.

—Nunca faltan medios oscuros para obtener la victoria —dijo suavemente Isaacstein—. Wall Street triunfa por ahora; pero no estoy vencido. Descubra al asesino del príncipe Miguel, superintendente Battle, y hará un servicio a su patria.

—Me parece altamente sospechosa la ausencia del capitán Andrassy —intercaló George—. ¿Por qué no vino ayer con el príncipe?

—La razón, de lo que me he informado, es sencillísima —respondió Battle—. Permaneció en Londres, por orden del príncipe Miguel, para concretar una cita con una dama. El barón pensó que era imprudente dedicarse en este momento a materias tan frívolas. Su Alteza siguió adelante a escondidas. Fue, según mis noticias, un...

joven disipado, un tanto loco.

—Es verdad —afirmó George—. Sí, lo es.

—No olvidemos otro punto —insinuó, titubeando, Battle—. Se dice que el rey Víctor está en Inglaterra.

Lomax arrugó la frente en su esfuerzo de recordar al supuesto monarca.

—¿El rey Víctor?

—Es un famoso malhechor francés, señor. La policía parisiense nos ha avisado.

—Ahora lo recuerdo —dijo George—. El ladrón de joyas, ¿verdad? El mismo que...

Calló en seco. Isaacstein, que había contemplado abstraído la chimenea, levantó los ojos un poco tarde para sorprender la mirada de advertencia del superintendente. Pero, siendo un hombre perceptivo, notó algo en el ambiente.

—¿Me necesita aún, Lomax? —preguntó.

—No, gracias, amigo mío.

—¿Trastornaría sus planes mi regreso a Londres, superintendente?

—Sí, señor —repuso Battle en tono franco—. Si se va usted, los demás invitados pretenderán imitarle. Sería una catástrofe.

—Naturalmente.

El gran financiero salió de la habitación, cerrando la puerta a su espalda.

—Espléndido sujeto, ese Isaacstein —murmuró George lúgubremente.

—Tiene una personalidad muy poderosa —dijo Battle.

George reanudó sus paseos.

—¡El rey Víctor! Me perturba la noticia. Le creía en la cárcel.

—Le dejaron libre meses atrás. Los franceses se proponían pegarse a él, pero les dio esquinazo, como era de temer. Es un delincuente de colosal audacia. Ignoro los motivos que le han traído a Inglaterra.

—¿Para qué habrá venido?

—¿Acaso no lo sabe, señor? —preguntó Battle con acento significativo.

—Es que... ¿Piensa...? Veo que está enterado del suceso. Yo no pertenecía entonces al Ministerio. El difunto lord Caterham me lo narró. Fue un desastre sin igual... sin precedentes.

—El Koh-i-noor —masculló el superintendente.

—¡Silencio, Battle! —demandó George mirando en torno suyo—. No mencione nombres, por favor; es preferible no hacerlo. Llámelo K, si ha de nombrarlo.

El superintendente recobró su aplomo.

—¿Asocia al rey Víctor con este asesinato, Battle?

—No hay que despreciar la posibilidad. Busque en su memoria, señor, y verá que sólo había cuatro sitios donde un... cierto visitante real pudo esconder la joya. Chimneys era uno de ellos. El rey Víctor fue arrestado en París tres días después de la

desaparición del K. Siempre esperé que nos conduciría al escondrijo.

—Chimneys fue registrado, y casi desmantelado por lo menos una docena de veces.

—Sí, pero, ¿de qué sirve buscar cuando se desconoce el lugar preciso? —replicó Battle con tono enterado—. Y si el rey Víctor vino a recogerlo, ¿fue sorprendido por el príncipe Miguel y le mató de un balazo?

—Es una solución probable del misterio.

—Yo no afirmaría tanto. Sólo es posible.

—¿Por qué?

—Porque el rey Víctor jamás cometió un homicidio.

—Pero un individuo como él..., un criminal peligroso...

Battle meneó vigorosamente la cabeza.

—Los delincuentes no cambian, mister Lomax. ¿Le sorprende? Sin embargo...

—Dígalo.

—Deseo interrogar al ayuda de cámara del príncipe. Le he reservado a propósito hasta ahora. Le convocaré aquí, con su permiso.

George se lo dio. Tredwell apareció a la llamada del superintendente y se marchó provisto de las oportunas instrucciones.

No tardó en volver con un hombre alto, rubio, de pómulos acusados y azules ojos hundidos. Su impasibilidad rivalizaba con la de Battle.

—¿Es usted Boris Anchoukoff?

—Sí.

—¿Ayuda de cámara del príncipe Miguel?

—Sí.

El ayuda de cámara hablaba un inglés fluido, pero con áspero acento extranjero.

—¿Sabe que asesinaron anoche a su señor?

La única respuesta fue una especie de ladrido, que pareció brotar de la garganta de una fiera. George retrocedió alarmado hasta la ventana.

—¿Cuándo vio al príncipe por última vez?

—Su Alteza se acostó a las diez y media. Dormí, como siempre, en la antecámara. Debió de bajar por la puerta que da al pasillo, porque no le oí. Tal vez me narcotizaron. He sido desleal; dormí cuando mi amo estaba despierto. Estoy maldito.

George le observaba fascinado.

—Quería a su señor, ¿verdad? —apuntó Battle, vigilándole.

Los rasgos de Boris sufrieron una contracción dolorosa. Tragó saliva. Su voz sonó grave de emoción.

—Policía inglés, hubiera muerto por él; porque ha muerto, y yo vivo, ni dormiré ni mi alma conocerá la paz hasta que le haya vengado. Seguiré el rastro de su asesino

como un perro y cuando le descubra..., ¡ah! —sus ojos relampaguearon y blandió un puñal tremendo que sacó de debajo de la chaqueta—. No acabaré inmediatamente con él, no; le cortaré la nariz, le rebanaré las orejas, le arrancaré los párpados y luego clavaré en su negro corazón esta hoja.

Envainó el puñal, dio media vuelta y se fue de la habitación. Los saltones ojos de George Lomax casi se desprendieron de las órbitas al mirar a la puerta.

—Un herzoslovaco puro —murmuró—. Un pueblo bárbaro, una raza de bandidos... eso son.

Battle abandonó su asiento.

—Si no es sincero, su habilidad de actor merece aplausos —dijo— ¡Dios perdone al asesino del príncipe Miguel si ese sabueso humano se nos anticipa!

Capítulo XV

El francés

Virginia y Anthony anduvieron un rato en silencio hacia el lago. Fue ella quien lo rompió lanzando una carcajada.

—¡Es gracioso! Tengo que referirle un montón de cosas y no sé cómo empezar. Ante todo —dijo bajando la voz—, ¿qué hizo con el cadáver? ¿No se le eriza el pelo? Jamás soñé que me metería en un crimen.

—Será una sensación nueva para usted —repuso Anthony.

—¿Para usted no?

—Nunca hice desaparecer un cadáver, claro está.

—Explíquemelo.

Anthony expuso sucintamente sus actividades nocturnas. Virginia le escuchó interesada.

—Es usted muy listo —aprobó cuando él hubo terminado—. Recogeré el baúl en Paddington al volver. El único obstáculo es que quizá le interroguen sobre qué hizo en la tarde de ayer.

—No corro ese peligro. No habrán encontrado el cadáver hasta la madrugada o bien andada la mañana. Los periódicos no lo publican. Y contradiciendo a las novelas de detectives, los médicos no pueden precisar a qué hora falleció una persona. El momento exacto de la muerte será bastante vago. Más me gustaría tener una coartada para la noche pasada.

—Lo sé. Lord Caterham me lo ha contado. El superintendente se ha convencido ya de su inocencia, ¿verdad?

Anthony demoró algo la respuesta.

—No parece muy listo —añadió Virginia.

—¿Qué decirle? El cráneo de Battle encierra algo más que aire y serrín. Dudo de que esté persuadido de mi inocencia. Le desconcierta mi aparente falta de motivo.

—¿Aparente? —exclamó Virginia—. ¿Qué razones tendría usted para matar a un desconocido conde extranjero?

Anthony la contempló un momento.

—¿Vivió cierto tiempo en Herzoslovaquia?

—Sí, dos años, con mi marido. Perteneció a la embajada inglesa.

—Poco antes del regicidio en tal caso. ¿Conoció al príncipe Miguel Obolovitch?

—Claro. Era una especie de duende minúsculo. Me sugirió que me casara con él.

—¿Y qué se proponía hacer con su esposo?

—Una repetición del episodio bíblico de David y Urías.

—¿Qué respondió a la tentadora oferta?

—Desgraciadamente tuve que ser diplomática, de lo contrario el príncipe se hubiera ofendido. No obstante, su desengaño fue rudo. ¿A qué se debe su interés por Miguel?

—Mi torpe curiosidad no carece de fundamento. ¿Vio al difunto?

—No, porque, como en las novelas, se retiró a sus aposentos a poco de llegar.

—¿Y el cadáver?

Virginia meneó la cabeza sin dejar de mirarle.

—¿Podría lograr que se lo enseñaran?

—Tal vez mediante la influencia de personas importantes, como lord Caterham. ¿Por qué? ¿Es una orden?

—No, no —se asustó Anthony—. ¿Tan dictatorial soy? He aquí lo que sucede: el conde Stanislaus no era sino el príncipe Miguel de Herzoslovaquia.

Los ojos de Virginia se dilataron.

—¡Oh! —Su faz se distendió en una cautivadora sonrisa oblicua—. ¿Miguel se refugió en sus habitaciones para evitar un encuentro conmigo?

—Eso o algo análogo —admitió Anthony—. Que usted haya estado en Herzoslovaquia, quizá sea la causa de que procuraran estorbar su venida a Chimneys. Es el único de los presentes que conocía a Miguel.

—¿La víctima era un impostor? —preguntó Virginia con sequedad.

—No sería descabellada esa posibilidad. Aclararemos la cuestión si logra que lord Caterham le enseñe el cadáver.

—Le mataron a las once y cuarenta y cinco —caviló Virginia—. La hora que mencionaba el trozo de papel. El asunto es misterioso por los cuatro costados.

—¡Ah! He recordado algo. ¿Cuál es su ventana? ¿La segunda del extremo, sobre la cámara del consejo?

—No, mi dormitorio se halla en el ala isabelina, en el lado opuesto. ¿Por qué?

—Anoche al retirarme, después del disparo, se encendió una luz en esa habitación.

—¡Qué extraño! Bundle nos dirá quién la ocupa. Tal vez oyeron la detonación.

—Pero no investigaron. Battle ha asegurado que nadie oyó el disparo. Es mi único indicio, deleznable a decir verdad, pero lo explotaré.

—Sí, sí; es singular.

Habían llegado a la casilla de los botes y estuvieron charlando recostados en su pared.

—Le relataré la historia completa —prometió Anthony— bogando en el lago, a salvo de la intromisión de Scotland Yard, eruditos estadounidenses y doncellas curiosas.

—Lord Caterham me ha suministrado informes, aunque no los suficientes —dijo

Virginia—. Empecemos: ¿quién es usted? ¿Anthony Cade o Jimmy McGrath?

Por segunda vez en aquella mañana, Anthony narró la historia de las seis últimas semanas de su vida, con la diferencia de que la versión ofrecida a Virginia no sufrió recortes. Concluyó con el sorprendente reconocimiento de «mister Holmes».

—Mistress Revel, no le he dado las gracias por arriesgar la salvación de su alma inmortal afirmando que soy un viejo amigo suyo.

—Lo es usted —chilló Virginia—. ¿Imagina que le cargara con un muerto y a nuestro encuentro siguiente pretendiera que no nos conocemos ni de vista? ¡No!

Calló un instante.

—¿Sabe qué presiento? —agregó—. Que estas Memorias ocultan un nuevo misterio.

—Estamos de acuerdo. Me gustaría que me dijera algo.

—¿Qué?

—¿Por qué se asombró cuando pronuncié el nombre de Jimmy en la calle Pont? ¿Lo había oído antes?

—Sí, apreciado Sherlock Holmes. Mi primo George Lomax me visitó el otro día, sugiriéndome un montón de necedades. Quería que yo, en mi estancia en esta casa, embrujase a McGrath y le arrebatase, no sé cómo, las Memorias. Desde luego, no fueron tales sus frases. Habló de la lealtad de la mujer inglesa y todo eso; pero vino a ser lo mismo. El ingenio del pobre George no da más de sí. Trató de embotar mi curiosidad a fuerza de mentiras que no hubieran engañado a un niño.

—El proyecto ha tenido éxito —dijo Anthony—. Aquí tiene a su James McGrath y aquí está usted embrujándome totalmente.

—Pero, ¡ay!, sin Memorias. Me toca el turno de preguntar. ¿Cómo supo que yo no era la autora de las cartas? No discutió cuando lo negué.

—Porque poseo una buena dosis de psicología práctica —sonrió Anthony.

—De otro modo, su fe en mi honestidad moral es tal... que...

—No, no —interrumpió Anthony, negando con la cabeza—. No sé nada de su moral. Pudo escribir a un amante; mas nunca consentiría que la extorsionasen. La Virginia Revel de las cartas se moría de miedo; usted habría luchado.

—Me pregunto dónde estará esa infeliz. Me produce la sensación de tener una hermana gemela.

Anthony encendió un cigarrillo.

—¿Sabe que una de las cartas fue escrita en Chimneys? —indagó.

—¿Qué? —se sobresaltó Virginia—. ¿Cuándo?

—No lleva fecha. Es raro, ¿verdad?

—Soy la única Virginia Revel que ha estado en Chimneys. Bundle o lord Caterham hubieran comentado la coincidencia.

—En efecto. Mistress Revel, empiezo a dudar de la existencia de su tocaya.

—Es muy esquiva —dijo Virginia.

—Demasiado. Y ello me impele a creer que el autor de las cartas se sirvió deliberadamente de su nombre.

—Ahí está. Nos queda mucho por descubrir.

—¿Quién mató a Miguel? ¿Los Camaradas de la Mano Roja?

—Tal vez, un crimen sin pies ni cabeza sería propio de ellos.

—Resumamos, porque se acercan Bundle y su padre —acució Virginia—. Ante todo averigüemos si el muerto es el verdadero Miguel.

Anthony remó hacia la orilla. Segundos después saltaban a tierra frente al marqués y su hija.

—La comida se retrasa —anunció deprimido lord Caterham—. Battle habrá ultrajado ya al cocinero.

—Bundle, he aquí un amigo mío —presentó Virginia—. Sé buena con él.

Lady Eileen examinó un rato a Anthony y luego se volvió hacia Virginia como si el joven no estuviera presente.

—¿Cómo descubres hombres tan guapos? Te envidio.

—Te lo regalo —respondió Virginia generosamente—. Sólo me interesa lord Caterham.

Cogió sonriendo el brazo del halagado marqués y se marchó con él.

—¿Habla usted? —preguntó Bundle—. ¿O es un varón fuerte y silencioso?

—¿Hablar? —exclamó Anthony—. Soy un loro, murmuro, bramo como un torrente, y a veces hago una serie de preguntas.

—¿Por ejemplo?

—¿Quién ocupa la segunda habitación de la izquierda a partir del extremo?

Anthony señaló el lugar mencionado.

—Su extraordinaria pregunta me interesa. Veamos... Es el cuarto de mademoiselle Brun, la institutriz francesa, domadora de mis dos hermanas, Dulcie y Daisy. Mi madre murió cansada de tener sólo hijas.

—Mademoiselle Brun —repitió Anthony pensativo—. ¿Cuánto hace que está en la casa?

—Dos meses. Se incorporó a nosotros en Escocia.

—¡Ah! Huelo a gato encerrado.

—¡Quisiera el cielo que yo oliese la comida! —suspiró Bundle— ¿Pido al superintendente que almuerce con nosotros, mister Cade? Usted, un hombre de mundo, conocerá la etiqueta en tales casos. Es la primera vez que ha habido un asesinato en casa. Emocionante, ¿verdad? Siento que se probara su inocencia esta mañana. Deseo ver un asesino para cerciorarme de si son alegres y seductores como pretenden los periódicos dominicales. ¡Dios mío! ¿Qué es eso que veo?

«Eso» era un taxi. De sus dos ocupantes, uno exhibía una calva perfecta y una

copiosa barba; el otro, más bajo y más joven, tenía un magnífico bigote negro. Anthony, reconociendo al primero, sospechó que a él se debía, más que al vehículo, la exclamación de asombro de Bundle.

—O mucho me equivoco, o es mi viejo amigo el barón Lollipop.

—¿Barón... qué?

—Lo llamo Lollipop por comodidad. La pronunciación de su apellido endurece las arterias.

—Yo casi destrocé el teléfono esta mañana —dijo Bundle—. ¿Conque el barón? Preveo que me lo largarán esta tarde... y he soportado a Isaacstein hasta ahora. ¡Que le aguante George! ¡Al infierno con la política! Perdóneme, mister Cade; tengo que socorrer a mi viejo y desventurado progenitor.

La joven se precipitó hacia la casa.

Anthony la contempló meditabundo, con un cigarrillo encendido entre los dedos, hasta que percibió un roce cerca de él. Estaba a dos pasos de la caseta de los botes, de cuya esquina semejaba proceder el ruido. Se le ocurrió que alguien intentaba sofocar un estornudo.

—¿Quién andará por ahí? —se dijo—. Lo mejor será verlo.

Uniendo la acción al pensamiento, se libró del cigarrillo y corrió, ágil y silenciosamente, alrededor del referido edificio.

Sorprendió a un hombre que se levantaba del suelo, en el que había estado arrodillado. Era alto, llevaba un gabán claro, gafas y una corta barba puntiaguda. El conjunto resultaba afectado. Tendría de treinta a cuarenta años; su apariencia era respetable.

—¿Qué hace usted aquí? —inquirió Anthony.

El hombre no era huésped de lord Caterham.

—Le pido perdón —dijo el extraño, con un inconfundible acento extranjero y una sonrisa que pretendía ser agradable—. Me he extraviado al regresar a la posada. ¿Tendría monsieur la bondad de orientarme?

—Con mucho gusto. Pero no es necesario que vaya a nado.

—¿Cómo? —exclamó el extranjero desconcertado.

—Dije que no es necesario nadar —repitió Anthony, mirando al lago— A alguna distancia de aquí hay un camino para los transeúntes; esta parte del parque está reservada para el dueño de la finca.

—Lo siento de veras. Me perdí. Le agradecería que me indicara la dirección exacta.

Anthony se abstuvo de decir que agazaparse detrás de una caseta era una forma harto extravagante de pedir orientación. Tomó suavemente el brazo del extranjero.

—Vaya por ahí alrededor del lago, y encontrará un sendero recto; vuelva después a la izquierda y llegará al pueblo. Se hospeda en él, ¿verdad?

—Sí, monsieur, desde esta mañana. Muchas gracias por sus indicaciones.

—De nada. Espero que no se haya resfriado.

—¿Cómo? —se extrañó el desconocido.

—Arrodillándose en el suelo húmedo —explicó Anthony—. Me pareció oír que estornudaba.

—Es muy posible —confesó el extranjero.

—Claro. No contenga sus estornudos. Un médico eminente aseguró que es terriblemente peligroso, no recuerdo por qué... Quizá porque ocasiona inhibiciones, quizá porque aumenta la presión arterial. Buenos días.

—Buenos días, y gracias de nuevo.

—Segundo sospechoso en la posada —murmuró Anthony para sí, observando al desconocido—. Me desconcierta. Parece un viajante de comercio francés y no un miembro de la Mano Roja. ¿Representará un tercer partido del tumultuoso reino de Herzoslovaquia? La institutriz francesa tiene la segunda ventana desde el exterior y un francés repta en esos terrenos, espiando las conversaciones particulares. Apuesto mi sombrero a que dará que hablar.

Volvió a la mansión. Encontró en la terraza a lord Caterham, muy apabullado, y a los dos recién llegados. El marqués revivió al ver a Anthony.

—¡Ah! Permítame que le presente al barón... ¡ejem, ejem!, y al capitán Andrassy. Mister Anthony Cade.

El barón se ofuscó.

—¿Mister Cade? Creo que no...

—Tengamos unas palabras a solas, barón —suplicó Anthony—. Y todo se aclarará.

El barón se inclinó y le siguió a un rincón de la terraza.

—Caballero —comenzó Anthony—, me entrego a su discreción. He abusado del honor británico hasta el extremo de venir a este país bajo un nombre ficticio. Me conoció usted como James McGrath, y usted mismo reconocerá que el engaño fue inocente. ¿Lee usted a Shakespeare? Entonces sabrá sus comentarios sobre la escasa importancia de la nomenclatura de las rosas. Tal es mi caso. A usted le interesaba el hombre en posesión de las Memorias. Yo lo fui. Ahora sabe que ya no las tengo. Le felicito por la estratagema, barón. ¿Quién la imaginó? ¿Usted o su señor?

—De su alteza idea fue. Y nadie sino él quiso que la llevara a cabo.

—Lo efectuó con gran habilidad —aprobó Anthony—. Le tomé por un inglés.

—La educación de un caballero inglés el príncipe recibió —aclaró el barón—. Costumbre de Herzoslovaquia es.

—Dejó en mantillas a los actores profesionales —dijo Anthony—. ¿Sería indiscreto preguntar qué ha sido de las Memorias?

—¿Entre caballeros?

—Me confunde usted, barón. Jamás me llamaron caballero tan a menudo como en las últimas cuarenta y ocho horas.

—Esto le diré... Creo que las quemaron.

—Lo cree, ¿eh? ¿No está seguro?

—Su alteza en su poder las retuvo. Su propósito era leerlas y luego con el fuego destruirlas.

—¡Oh! Sin embargo, su estilo no permitía despacharlas en media hora.

—Entre el equipaje de mi buen señor descubiertas no han sido. Por consiguiente quemadas fueron.

—¡Hum!

Anthony recapacitó un instante.

—Mis preguntas obedecen, barón, a que, como ya sabrá, me he visto complicado en el asesinato. Debo borrar de mí toda sospecha.

—Indudablemente. Su honor lo exige.

—Le envidio su riqueza de expresión. Pues bien; el único medio de demostrar mi inocencia es descubrir al asesino y, para ello, necesito recopilar la mayor cantidad de datos posible. La cuestión de las Memorias importa mucho. Tal vez el móvil del crimen sea la urgencia de apoderarse de ellas. ¿Le extrañaría?

El barón titubeó.

—¿Usted las Memorias ha leído? —preguntó cautamente.

—Me basta esa respuesta —sonrió Anthony—. Barón, le aviso que me dispongo a entregar el manuscrito a los editores el próximo miércoles, día 1 de octubre.

—¡Pero si no lo tiene! —se asombró el barón.

—He dicho el miércoles. Estamos a viernes. Eso me concede cinco días para realizar mi propósito.

—¿Y si quemadas fueron?

—No lo creo. Tengo buenas razones para ello.

Doblaron en aquel momento la esquina de la terraza. Una figura enorme avanzaba hacia ellos. Anthony, que no había visto aún al gran Herman Isaacstein, le miró con crecido interés.

—Barón, ha sido una tristísima pérdida... —murmuró Isaacstein, blandiendo un largo y rollizo cigarro.

—Mister Isaacstein, mi noble amigo... —exclamó el barón—, nuestro magnífico edificio se ha venido abajo.

Anthony abandonó a los prohombres a sus lamentaciones y recorrió la terraza. De pronto le detuvo la visión de una espiral de humo que surgía del centro mismo de un seto de tejos.

—Será el apetito —reflexionó—. Me han dicho que a veces afecta a la vista.

Miró a derecha e izquierda. Lord Caterham seguía charlando con el capitán

Andrassy, de espaldas a él. Anthony saltó al jardín y reptó a través de los grandes arbustos.

Comprobó la exactitud de su conjetura. El seto comprendía dos hileras de tejos, separados por un estrecho sendero. Se llegaba a él gracias a una abertura, orientada hacia la casa. Por lo tanto, no existía ningún misterio.

Anthony miró a lo largo del caminillo. Un hombre descansaba en una butaca de mimbre. Un cigarro a medio consumir humeaba en el brazo del asiento. El fumador parecía dormir.

—¡Hum! —gruñó Anthony—. Mister Hiram Fish es partidario de la sombra.

Capítulo XVI

Una visita

Anthony subió nuevamente a la terraza con la convicción absoluta de que el centro del lago sería el único lugar idóneo para una conversación privada. El resonante tañido del batintín partió del edificio. Tredwell salió majestuosamente por una puerta lateral.

—La comida está servida, milord.

—¡Ah, el almuerzo! —exclamó el marqués, y pareció resucitar.

Aparecieron dos chiquillas. Eran unas mujercitas emprendedoras de doce y diez años, y aunque sus nombres, según declaración de Bundle, era Dulcie y Daisy, pronto se advirtió que se las conocía vulgarmente con los de Guggle y Winkle. Ejecutaron una danza bélica, que amenizaron con sus alaridos, hasta que Bundle intervino.

—¿Dónde está mademoiselle? —preguntó.

—¡Tiene la *migraine, migraine, migraine*! —cantó Winkle.

—¡Hurra! —aulló Guggle.

Lord Caterham había conseguido introducir a casi todos sus huéspedes en la casa. Tocó el brazo de Anthony.

—Venga ahora a mi gabinete —susurró—. Le ofreceré algo especial. Anduvo por el vestíbulo más como un ratero que como el anfitrión y llegó a su guarida. De un armario sacó varias botellas.

—Hablar con los extranjeros me da sed —explicó en son de justificación—. Ignoro por qué será.

Sonó un golpecito en la puerta. Virginia se asomó a la habitación.

—¿Hay un combinado para mí? —se informó.

—¡Claro, entre! —contestó, hospitalario, el marqués.

Los cinco minutos siguientes se invirtieron en el paladeo de sabrosas materias líquidas.

—Lo necesitaba —suspiró Caterham, devolviendo la copa a la mesa—. Repito que los extranjeros me secan la garganta. ¡Cómo me fatigan! Lo achaco a su perfecta cortesía. Vamos a comer algo.

Abrió la marcha hacia el comedor. Virginia rezagóse con Anthony.

—He cumplido con mi obligación —cuchicheó—. Lord Caterham me ha enseñado el cadáver.

—¿Y qué? —exclamó Anthony ávidamente.

Una de sus teorías iba a ser confirmada o destruida. Virginia meneó la cabeza.

—No acertó. Es el príncipe Miguel.

—¡Oh! —masculló desilusionado Anthony, y agregó en voz alta—: Y la institutriz tiene *migraine*.

—No veo qué relación...

—Quisiera conocerla, porque ocupa el segundo cuarto del extremo, el mismo en que se encendió la luz anoche.

—Es interesante.

—Pero inofensivo probablemente. De todos modos, veré a mademoiselle antes de que acabe el día.

La comida fue una dura prueba. Ni siquiera la alegre imparcialidad de Bundle pudo reconciliar a tan heterogéneos elementos. El barón y Andrassy, correctos, formales y regios, parecían asistir a un banquete dado en un mausoleo. Lord Caterham aletargado y deprimido. Bill Eversleigh devoraba con los ojos a Virginia. George, consciente de la precaria situación en que el azar le había puesto, conversaba inteligentemente con el barón e Isaacstein. Guggle y Winkle, indisciplinadas por la novedad de tener un asesinato a domicilio, necesitaban de continuo que se les llamara la atención; mister Hiram Fish masticaba lentamente y pronunciaba secas frases en su peculiar jerga... El superintendente Battle se había esfumado, sin que nadie supiera qué había sido de él.

—¡Loado sea Dios! Ya se acabó —murmuró Bundle a Anthony al levantarse de la mesa—. George conducirá esta tarde el contingente internacional a su residencia para discutir secretos de Estado.

—Eso despejará la atmósfera —convino Anthony.

—El estadounidense no me preocupa —continuó Bundle—. Puede hablar con mi padre de ediciones príncipe en cualquier rincón. Mister Fish —agregó, cuando éste se acercó a ellos—, le he preparado una tarde llena de paz.

El estadounidense se inclinó.

—Mister Fish ya disfrutó de la calma esta mañana —dijo Anthony.

El estadounidense le lanzó una aguda mirada.

—¡Ah! ¿Descubrió mi retiro? Hay momentos en que un hombre modesto piensa tan sólo en apartarse del bullicio y de la pompa mundanos.

Bundle dejó a los dos nombres. Fish bajó la voz.

—Este asesinato se rodea de misterio, ¿verdad?

—En cantidad considerable —respondió Anthony.

—¿Ese calvo es quizás un familiar de la víctima?

—En cierta manera.

—Los centroeuropeos son fantásticos —declaró mister Fish—. Me ha llegado el rumor de que el difunto era un príncipe. ¿Qué sabe usted?

—Aquí se le conocía como el conde Stanislaus —replicó evasivo Anthony.

Mister Fish pronunció entonces una exclamación bastante críptica.

—¡Oh, muchacho!

Después se hundió en un momentáneo silencio.

—Ese capitán de la policía, Battle o como se llame —observó por fin—¿es un as en su profesión?

—Así lo creen en Scotland Yard.

—Tiene el cerebro almidonado —aseguró Fish, contemplando a Anthony de soslayo—. Le falta vida. ¿Por qué nos prohíbe irnos?

—Mañana debemos asistir todos a la indagatoria judicial.

—¡Ah! ¿Sólo por eso? ¿Sospechan de los huéspedes de lord Caterham?

—¡Mi querido mister Fish!

—Me han sacado de quicio; como soy extranjero... Pero claro, el asesino llegó de fuera. Abrió un balcón, ¿verdad?

—Sí —contestó Anthony, mirando al frente.

Mister Fish suspiró.

—Joven, ¿sabe cómo se vacía una mina inundada?

—¿Cómo?

—Por medio de bombas. ¡Y es un trabajo fatigoso! Nuestro fascinante anfitrión se marcha de aquel grupo. Voy en su busca.

Mister Fish se fue y Bundle volvió al lado de Anthony.

—Ese estadounidense es raro, ¿verdad?

—Sí.

—No piense en Virginia.

—No lo he hecho.

—Lo hacía. No sé cómo se las compone. No es ni su modo de hablar, ni su belleza; pero siempre los flecha. Tiene ahora otras ocupaciones. Me rogó que fuese buena con usted y lo seré... a la fuerza si es necesario.

—No lo será —aseguró Anthony—. Preferiría que hiciese gala de su bondad en un bote y en medio del lago.

—No es mala idea.

Se encaminaron al lago.

—Le preguntaré algo antes de engolfarnos en tópicos más interesantes —anunció Anthony, apartándose a remo de la orilla—. La obligación antes que la devoción.

—¿Qué dormitorio le interesa ahora? —indagó Bundle pacientemente.

—Ninguno de momento. ¿Quién les proporcionó la institutriz francesa?

—¿Le ha embrujado? Nos la facilitó una agencia, le pago doscientas libras al año y su nombre de pila es Geneviéve. ¿Qué más?

—Eliminaremos a la agencia. ¿Presentó referencias?

—Magníficas. Sirvió diez años a la condesa Fulana de Tal.

—¿Que se llama en realidad...?

—De Breteuil, Château de Breteuil, Dinard.

—¿Habló con la condesa? ¿O se trataron por correspondencia?

—Lo último

—¡Hum!

—Despierta en mí una viva curiosidad —exclamó Bundle—. ¿Es amor o crimen?

—Tal vez idiotez mía. Olvidémoslo.

—«Olvidémoslo», dijo el galán, tras de enterarse de cuanto ansiaba. Mister Cade, ¿de quién sospecha? Yo elegiría a Virginia, puesto que es la persona más inocente, o a Bill.

—¿Y usted?

—Miembro de la aristocracia se confabula en secreto con los Camaradas de la Mano Roja. Sería escandaloso.

Anthony se rió. Se encontraba bien con Bundle, aunque temía sus penetrantes ojos grises.

—Debe de enorgullecerse de esto —dijo súbitamente, abarcando con un gesto todo cuanto les rodeaba.

Bundle entornó los párpados, inclinando levemente la cabeza a un lado.

—Sí; pero me he acostumbrado a ello. No permanecemos mucho aquí, porque es mortalmente aburrido. Este verano estuvimos en Cowes, Deauville y Escocia. Chimneys ha pasado cinco meses bajo las fundas. Las retiran una vez a la semana para que los turistas boqueen de asombro y escuchen las explicaciones de Tredwell. «A su derecha el retrato de la cuarta marquesa de Caterham, obra de sir Joshua Reynolds», etc., y Ed o Bert, el humorista del grupo, propina un codazo a su novia y dice: «Gladys, se gastaron sus cuatro cuartos en pintura, ¿verdad?». Y siguen viendo pinturas, arrastran los pies, bostezan y desean que llegue el instante de volver a sus casas.

—En esta mansión se han escrito algunas páginas de la historia.

—George le ha aleccionado —exclamó Bundle—. Nos destroza los oídos con frases parecidas.

Anthony se incorporó sobre el codo para estudiar la ribera.

—¿Es un nuevo desconocido sospechoso el que distingo junto a la caseta o un huésped suyo?

Bundle levantó la cabeza del almohadón encarnado.

—Es Bill —reconoció.

—Busca algo.

—Probablemente a mí —dijo Bundle sin entusiasmo.

—¿Remamos rápidamente en la dirección opuesta?

—Sería preferible... Pero no parece usted muy interesado.

—Mi vigor se duplicará a causa de ese reproche.

—Domínese —ordenó Bundle—. No me falta amor propio. Bogue hacia ese borrico. Hay que vigilarle. Virginia le habrá dado el esquinazo. Cualquier día, aunque se le antoje inconcebible, quizá me case con George, de modo que debo ejercitarme en «ser» una de nuestras famosas damas políticas, de las de ahora.

Anthony enfiló el bote hacia la orilla.

—¿Y qué será de mí? —gimió—. No quiero convertirme en tercero en discordia. ¿Son ésas sus hermanas?

—Sí. Cuidado o le echarán el lazo.

—Me gustan los niños. Tal vez les enseñe un juego tranquilo e intelectual.

—No se queje después de que no le avisé.

Dejando a Bundle en compañía del desconocido Bill, Anthony se encaminó al punto en que unos gritos agudos turbaban la paz de la tarde. Le acogió una exclamación.

—¿Sabe jugar a los pieles rojas? —preguntó Guggle severamente.

—Bastante bien. Escuchad cómo chillo cuando me arrancan la cabellera.

Anthony soltó un alarido.

—¡No está mal! —condescendió Winkle—. Ahora aúlle como un indio bravo.

Anthony lanzó un grito estremecedor. Un minuto después la partida de pieles rojas pisaba el sendero de la guerra.

Al cabo de una hora, Anthony, enjugándose la frente, se aventuró a preguntar si había mejorado la *migraine* de la institutriz. Se alegró de saber que la señorita estaba algo aliviada. Su simpatía le valió que le invitaran a tomar el té en la sala de las niñas.

—Y nos contarás lo del hombre que viste ahorcar —sugirió Guggle.

—¿Tienes un trozo de soga? —inquirió Winkle.

—En la maleta —respondió Anthony—. Os regalaré un recorte.

Winkle lanzó el aullido dakota de satisfacción.

—Habremos de asearnos —dijo Guggle lúgubremente—. Te esperaremos, no lo olvides.

Anthony juró que nada le impediría acudir a la cita. Las dos niñas corrieron hacia la mansión. Anthony las contempló y, mientras lo hacía, se percató de que un hombre se alejaba por el lado opuesto de un bosquecillo y atravesaba precipitadamente el parque. Era el desconocido de la barbita negra. Se preguntó si le seguiría. Mister Hiram P. Fish salió de un macizo de arbustos y se sobresaltó al verle.

—¿Le molesta el mundanal bullicio? —preguntó Anthony.

—No, gracias a Dios.

La placidez del estadounidense no era tan evidente como afirmaba. Estaba sonrojado y respiraba como si hubiera galopado a lo largo y ancho de la arboleda. Sacó su reloj.

—Es la hora de la institución británica del té —comentó, y giró hacia la casa.

Anthony fue distraído de sus reflexiones por el superintendente Battle, quien, sin el menor ruido, como si brotara de la tierra, se puso a su lado.

—¿De dónde sale? —dijo irritado.

Battle señaló el grupo de árboles que había detrás de ellos.

—Ese sitio se ha puesto ahora muy de moda —dijo Anthony.

—¿Meditaba, mister Cade?

—Sí. Intentaba sumar dos, uno, cinco y tres de suerte que el total fuese cuatro. Y no lo logré, Battle; es imposible.

—Tiene que serlo.

—Deseaba verle. Superintendente, quiero irme. ¿Me lo permite? Battle, como siempre, no traicionó ningún sentimiento. Su contestación fue pronta e indiferente.

—Depende de su destino.

—Pondré las cartas sobre la mesa, Battle. Deseo ir a Dinard, al castillo de la señora condesa de Breteuil. ¿Es factible?

—¿Cuándo, mister Cade?

—Mañana, por ejemplo, después de la indagatoria judicial. Regresaría el domingo por la tarde.

—Ya —dijo Battle lacónicamente.

—¿Consiente?

—No objeto en principio, a condición de que vaya a ese lugar y regrese sin entretenerse.

—Battle, no tiene usted rival. O me aprecia de modo extraordinario o es verdaderamente artero. ¿Cuál de las dos cosas es?

Battle se limitó a reír.

—Muy bien. Comprendo que tomará precauciones tales como que me sigan sus hábiles satélites. Pero deseo saber la verdad.

—Estoy desconcertado, mister Cade.

—Las Memorias... ¿por qué causan tanto alboroto? ¿Eran las únicas? ¿Qué me esconde usted?

Battle tornó a sonreír.

—Véalo así: le hago un favor porque me ha impresionado agradablemente, mister Cade. Quisiera que trabajase en mi bando. El aficionado y el profesional se entenderían bien, puesto que uno goza de intimidad y el otro de experiencia.

—Ansié siempre probar mi suerte como detective.

—¿Qué ideas le inspira este asesinato, mister Cade?

—Muchas, preguntas en su mayoría.

—Póngame un ejemplo.

—¿Quién reemplazará a Miguel en el trono? La cuestión es importante.

—¿También se le ha ocurrido eso, señor? —exclamó Battle, en tono seco—. El

príncipe Nicolás Obolovitch, primo del difunto.

—¿Dónde está en este instante? —continuó Anthony y desvió la cara para encender un cigarrillo—. Lo sabe usted, Battle; no lo niegue, porque no le creeré.

—Nuestras noticias le sitúan en Estados Unidos. Por lo menos estaba en Norteamérica hasta hace poco, buscando dinero a cambio de esperanzas.

Anthony profirió una interjección de sorpresa.

—Inglaterra apoyaba a Miguel; y Estados Unidos a Nicolás. En ambos países un grupo de negociantes ambiciona concesiones petrolíferas. El partido monárquico adoptó a Miguel; y ahora debe encontrar otro paladín. Mister Isaacstein y compañía, así como George Lomax, chirrían los dientes, y Wall Street se regocija. ¿Me equivoco?

—Ronda la verdad.

—¡Hum! Casi estoy seguro de lo que había en esa arboleda.

Battle sonrió.

—La política internacional me encanta, pero tengo que irme —dijo Anthony—. Me han citado unas damiselas.

Una vez en la casa, Tredwell le dio instrucciones que le guiaron al cuarto de las niñas. Llamó, entró y le acogió una tempestad de jubilosos chillidos.

Guggle y Winkle le transportaron en triunfo hasta la institutriz.

Las convicciones de Anthony se tambalearon. Mademoiselle Brun era pequeña, cincuentona, entrecana, cetrina... ¡y un bigote medraba en su labio superior!

¿Dónde estaba la embrujada y notoria aventurera?

«Me porto como un idiota —pensó Anthony—. Es igual. A mal tiempo, buena cara.»

Inició una amena charla con la institutriz, a quien envaneció la presencia de un joven tan apuesto. El té fue un éxito.

Aquella noche, en su elegante dormitorio, Anthony no se cansó de menear la cabeza. «He vuelto a meter la pata. Este asunto ha embotado mi olfato», se dijo.

Se inmovilizó de pronto.

—¿Qué hay?

La puerta se abrió poco a poco. Un hombre se paró de frente, a un metro de ella, un gigante rubio, de hercúlea constitución. Sobre sus prominentes pómulos lucían unos ojos ensoñadores y fanáticos.

—¿Quién es usted? —le disparó Anthony.

—Boris Anchoukoff.

—¿El ayuda de cámara del príncipe Miguel?

—Sí. Serví a mi amo. Ha muerto. Ahora le serviré a usted.

—Muchas gracias, pero no necesito criado.

—Es usted mi amo. Le obedeceré fielmente.

—Sí... Oiga... Ni deseo un criado, ni tengo dinero para pagarle.

Boris Anchoukoff le miró dolido.

—No pido dinero. Serví a mi amo. A usted le serviré hasta la muerte.

Se arrodilló de pronto y, apoderándose de una mano de Anthony, la aplicó a su frente. Se levantó de un salto y se fue tan inesperadamente como había llegado.

Anthony se había quedado de piedra.

—¡Qué extraño! Fiel como un perro. Son curiosos los instintos de los balcánicos —murmuró, y reanudó su paseo—. De todos modos... es un contratiempo... a estas alturas.

Capítulo XVII

Aventura a medianoche

La indagatoria judicial se celebró a la mañana siguiente. Fue muy distinta de las que cuentan las novelas. La supresión de los detalles más interesantes contentó aun al mismo Lomax. El superintendente Battle y el fiscal, ayudados del jefe de policía, habían reducido los procedimientos a un mínimo de hastío.

Anthony se marchó sin ostentación inmediatamente después del juicio.

Su partida fue el único punto luminoso del día para Bill Eversleigh. George Lomax, en su miedo obsesionante de que se divulgara algo oneroso para su Ministerio, hubiera apurado la paciencia de un santo. Había tenido a miss Oscar y a Bill en estado de alarma. La primera había efectuado lo útil y lo interesante; el segundo había trotado de acá para allá como portador de recados, descifrando telegramas y escuchando las aburridas y estereotipadas frases de su antipático jefe.

Así, pues, el joven, completamente derrengado, se acostó temprano el sábado por la noche. El tiránico comportamiento de George había obstaculizado que cambiase un par de palabras con Virginia, y por ello sentíase injuriado y resentido. Su único consuelo era la desaparición del sujeto de las colonias, que hasta entonces monopolizara el trato de Virginia. Y, desde luego, si George Lomax se empeñaba en hacer el asno... Bill se durmió disgustado. El sueño le alivió. Virginia figuraba en él.

Fue un sueño heroico, en que surgían llamas y en que él tenía el papel de salvador. Bajaba, en brazos, a Virginia, que se había desmayado, del último piso y la ponía en la hierba. Luego iba en busca de unos bocadillos. Los bocadillos eran esenciales. George los poseía, pero, en vez de entregárselos a Bill, empezaba a dictar telegramas. Estaban ya en la sacristía de una iglesia y Virginia llegaría de un momento a otro a casarse con él. ¡Horror! Bill vestía pijama. Debía ir a su casa a cambiarse. Se abalanzó al coche. El vehículo no andaba. ¡El depósito de gasolina estaba vacío! Y Virginia apareció en un enorme autocar y se apeó del brazo del barón calvo, fresca, pimpante, elegante en su traje gris. Fue hasta él y le sacudió juguetona de los hombros. «Bill», decía. «¡Oh, Bill!» Y le sacudió con más fuerza. «Bill... ¡Despierta! ¡Despierta, por favor!»

Bill se despertó. Se hallaba en su alcoba de Chimneys. Mas el sueño se adhería a él, porque Virginia se inclinaba sobre la cama y repetía las mismas frases.

—Despierta, Bill. ¡Oh, despierta!

—¡Hola! —exclamó Bill, sentándose—. ¿Qué sucede?

—¡Gracias a Dios! —dijo Virginia—. Duermes como un tronco; me cansé de sacudirte. ¿Estás despierto?

—Creo que sí —respondió dudoso Bill.

—¡Duermes como un tronco! Todavía tiemblo a causa del esfuerzo.

—No eres justa —dijo Bill indignado—. Virginia, es impropio de ti... Una joven viuda no debe invadir las habitaciones de los solteros.

—No seas idiota. Ocurren cosas.

—¿De qué clase?

—Cosas muy raras... en la cámara del consejo. Oí un portazo y bajé a investigar, y vi entonces una luz en ella. Avancé sin ruido hasta la puerta y fisgué por una rendija. Si mi visión fue reducida, no por eso fue menos extraordinaria, tanto que sentí apremio de ver más... pero necesitaba antes la compañía de un hombre guapo, fuerte y grande. Y por eso vine a llamarte. He tardado siglos en despertarte.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Bill—. ¿Acometer a los ladrones?

Virginia arrugó la frente.

—Temo que no sean ladrones, Bill. La situación es rarísima... No perdamos más tiempo. Levántate.

Bill renunció al tibio lecho.

—Espera. Me pondré las botas claveteadas. Mi estatura y mi fuerza no me ciegan hasta el punto de combatir descalzo con criminales endurecidos.

—Me gusta tu pijama —comentó Virginia—. Es policromo sin vulgaridad.

—Puesto que de ello hablamos —repuso Bill poniéndose la segunda bota—, admiro profundamente el bonito verde de lo que llevas puesto. ¿Qué es? ¿Un camisón?

—Es un salto de cama. Me alegro de tu inocencia.

—¡Hum! —gruñó Bill.

—No protestes. Me gustas mucho. Mañana por la mañana, hacia las diez, calmadas ya nuestras emociones, quizá te dé un beso.

—Los besos saben mejor si son espontáneos —insinuó Bill.

—Seamos prácticos. ¿Te pones una careta antigás y una cota de malla, o ya estás dispuesto para la lucha?

—Lo estoy.

Se embutió en un atractivo batín y empuñó un atizador.

—El arma ortodoxa —dijo.

—Vamos. No hagas ruido —suplicó Virginia.

Al pie de la amplia escalinata doble, Virginia arrugó el ceño.

—Tus botas son la antinomia del silencio, Bill.

—Los clavos serán siempre clavos. Hago lo que puedo.

—Tendrás que quitártelas.

Bill gimió.

—Llévalas en la mano. Has de descubrir lo que sucede en la cámara del consejo.

Es muy misterioso, Bill, ¿desmontaría un ladrón una armadura?

—Supongo que si no puede llevársela entera...

Virginia no pareció satisfecha.

—¿Para qué robará una pila de metal herrumbroso? Chimneys está lleno de tesoros de más fácil acarreo.

—¿Cuántos hay? —preguntó Bill, asiendo firmemente el atizador.

—Ya sabes cómo son los ojos de las cerraduras... no lo aprecié bien. Sólo brillaba una linterna.

—Ya se habrá ido —dijo Bill esperanzado.

Sentóse en un escalón a quitarse las botas. Con ellas en la mano, se deslizó por el pasillo de la cámara del consejo, seguido de cerca por Virginia. Se detuvieron frente a la maciza puerta de roble. En la sala imperaba el silencio. De pronto Virginia le apretó un brazo. Una luz había centelleado fugazmente en el agujero de la cerradura.

Bill se arrodilló para mirar por el orificio. Lo que vio fue en extremo confuso. El drama representado en la estancia quedaba a la izquierda, fuera de su radio visual. Un apagado sonido metálico revelaba de cuando en cuando que el intruso o intrusos se atareaban aún con la armadura. Había dos, recordó Bill, al pie del retrato de Holbein. La linterna debía de iluminarlos. El resto de la habitación estaba a oscuras. Un bulto cruzó inesperadamente la línea de visión de Bill, irreconocible en las tinieblas. Tanto podía ser varón como mujer. Volvió a pasar frente a la cerradura y los choques de metal continuaron. Oyeron unos nudillos que percutían la madera.

Bill se sentó sobre sus talones.

—¿Qué hay? —susurró Virginia.

—Nada. No desperdiciemos más tiempo. Ni les vemos, ni imaginamos qué se proponen. Les voy a acometer. Virginia, escucha —dijo Bill, después de calzarse—, abriremos la puerta despacito. ¿Sabes dónde está el interruptor?

—Sí, junto a la entrada.

—Espero que no habrá más de dos. Quizá sea uno solo. Entraré en la habitación en cuanto pueda y, cuando yo diga «ahora», enciendes las luces, ¿entendido?

—Perfectamente.

—No grites ni te desmayes. No consentiré que te hagan daño.

—¡Héroe mío! —murmuró Virginia.

Bill, sospechando que se burlaba de él, intentó contemplarla en la oscuridad. Hubo un leve sonido que tanto pudo ser un sollozo como una carcajada. Apretó el atizador. Creía hallarse a la altura de las circunstancias.

Hizo girar lentamente el pomo. La puerta cedió hacia el interior. Virginia estaba a un palmo de él. Juntos, y en silencio, entraron en la sala.

La linterna relucía en el cuadro de Holbein, en el muro más alejado, recortando la silueta de un hombre que, subido a una silla, golpeaba suavemente los paneles. Les

daba la espalda y su sombra era monstruosa.

Los clavos de las botas de Bill chirriaron en el pavimento, interrumpiendo su observación. El hombre se volvió, enfocando sobre ellos la luz de la linterna, que casi los cegó. Bill no titubeó.

—Ahora —bramó a Virginia y se abalanzó contra el individuo, mientras ella daba vueltas al interruptor.

Sólo se oyó el chasquido de éste. La gran araña no se inundó de luz. La sala se mantuvo en las tinieblas.

Virginia oyó a Bill desgranando una sarta de juramentos. En seguida sonaron jadeos y golpes. La linterna se apagó al estrellarse en el suelo. Virginia no supo quién vencía, ni cuántos combatientes intervenían. ¿Habría en la estancia alguien más que la persona que golpeaba la pared? Bien podía ser. Su visión del interior había sido muy breve.

La consternación la había paralizado. No osaba mediar en el zafarrancho, puesto que tal vez estorbase más que ayudase a Bill. Se apoyó en la idea de quedarse en el umbral para cortar el paso a quien pretendiera huir por la puerta. Sin embargo, y desoyendo las instrucciones del joven, chilló repetidas veces en petición de auxilio.

Hubo portazos en el piso, y el vestíbulo y la escalinata se llenaron de luz. ¡Ojalá contuviera Bill a su enemigo hasta que llegaran los refuerzos!

En aquel instante se produjo una terrible convulsión. Los luchadores debieron tropezar con una armadura, que se abatió con un estruendo ensordecedor. Una figura corrió al balcón, perseguida por los juramentos de Bill, que se desembarazaba de las partes de la armadura.

Virginia abandonó su puesto y saltó tras el fugitivo. El balcón estaba abierto y el intruso, lanzándose por él, salió a la terraza y corrió hacia la esquina. La joven, fuerte y deportiva, dobló el ángulo casi junto al desconocido.

Cayó en los brazos de una persona que salía de una puertecilla lateral: mister Hiram P. Fish.

—¡Oh, una señora! —gritó el estadounidense—. Le pido perdón, mistress Revel. La tomé por un enemigo de la justicia.

—Ha pasado por aquí —jadeó Virginia—. ¿Podremos capturarle?

Al hablar se dio cuenta de que era demasiado tarde. El hombre estaría ya en el parque, y la noche, muy oscura, carecía de luna. Regresó, pues, a la cámara del consejo, acompañada de mister Fish, que describía expertamente, y en tono aplacador, las costumbres de los ladrones en general. Parecía muy enterado del tema.

Lord Caterham, Bundle y varios criados aterrados se agolpaban en la entrada de la sala.

—¿Qué pasa? —preguntó Bundle—. ¿Tenemos ladrones? ¿Qué haces con mister Fish, Virginia? ¿Os paseáis de noche?

Virginia le explicó lo sucedido.

—¡Qué emocionante! —chilló Bundle—. ¡Un fin de semana con entremés de asesinos y ladrones! ¿Por qué no se enciende la lámpara? Las del resto de la casa funcionan perfectamente.

Pronto se aclaró el misterio. Habían quitado las bombillas y las habían colocado en fila al pie del muro. Tredwell, aún en batín, restauró la iluminación por medio de una escalera de mano.

—Si la vista no me engaña —dijo lord Caterham, con triste acento, mirando en torno suyo—, esta habitación ha sido centro de actividades violentas.

La observación fue justa. Todo lo derribable había sido derribado. El suelo estaba sembrado de sillas rotas, jarrones destrozados y fragmentos de armaduras.

—¿Cuántos eran? —indagó Bundle—. La lucha parece haber sido tremenda.

—Uno solo, creo —dijo Virginia.

Entonces lo dudó. Ciertamente, una sola persona, un hombre, se había escapado por el balcón, pero tenía la impresión de que, al perseguirle, hubo un rumor cerca de ella. En cuyo caso, un segundo intruso (si no se equivocaba) habría huido por la puerta. El rumor pudo ser imaginario...

Bill surgió del balcón. Respiraba dificultosamente.

—¡Maldito sea el bribón! —rugía iracundo—. ¡Se fugó!

—¡Ánimo, Bill! —exclamó Virginia—. Otra vez tendrás más suerte.

—¿Qué será lo mejor? —preguntó el marqués—. ¿Irnos a la cama? No localizaremos fácilmente a Badgworthy. Tredwell, encárguese de lo más oportuno.

—Muy bien, milord.

Caterham se preparó a irse.

—Ese Isaacstein duerme como un leño —comentó, envidioso—. El escándalo hubiese despertado a un muerto. —Miró a mister Fish—. Tuvo tiempo de vestirse, ¿verdad?

—Me eché encima unos cuantos trapos —respondió el estadounidense.

—Alabo su sensatez —aprobó lord Caterham—. Los pijamas no abrigan.

Bostezó. Y todos los alarmados se fueron melancólicos a reanudar su interrumpido sueño.

Capítulo XVIII

Segunda aventura

La primera persona que Anthony vio al apearse del tren, a la tarde siguiente, fue el superintendente Battle.

—He regresado como pactamos —dijo sonriendo—. ¿Vino a asegurarse de ello?

Battle agitó la cabeza.

—No me preocupó eso, mister Cade. Es que voy a Londres.

—Es usted muy confiado.

—¿Lo cree así?

—No me parece muy astuto, lo del agua mansa y todo lo demás. ¿Conque va a Londres?

—Sí, mister Cade.

—Me pregunto por qué.

El superintendente no contestó.

—¡Qué charlatán! —rió Anthony—. Es lo que más me atrae en usted. Los ojos de Battle chispearon fugazmente.

—¿Qué resultó de su misión, mister Cade?

—Me he equivocado por segunda vez. Irritante, ¿verdad?

—¿Cuál fue su propósito?

—Sospechaba de la institutriz francesa: *a)* porque, como en las novelas, era la de aspecto más inocente; *b)* porque se encendió la luz de su habitación la noche de la tragedia.

—Pocos fueron sus motivos.

—Tiene usted razón. Descubrí también que hacía poco tiempo que servía en la casa. Además, encontré a un francés extraño husmeando en el parque. Está enterado de su existencia, ¿verdad?

—¿Se refiere al individuo que se aloja en la posada, el llamado Chelles, viajante de una sedería?

—Al mismo. ¿Qué piensa Scotland Yard de él?

—Sus actos han sido sospechosos —concedió Battle, impasible.

—Yo diría que muy sospechosos. Sumé, por tanto, el elemento de la institutriz francesa y el elemento del extraño francés, y se me ocurrió que tal vez estuviesen confabulados, y fui a visitar a la dama a quien mademoiselle Brun había servido los diez últimos años. Fue infundada mi esperanza de que jamás hubiese oído hablar de mademoiselle Brun. Mademoiselle es genuina.

Battle afirmó.

—Al conocerla tuve la desagradable impresión de equivocarme —añadió Anthony—. Me convenció de que era institutriz desde la cuna. Battle volvió a afirmar.

—No obstante, mister Cade, no hay que fiarse de ello. Las mujeres, en especial, hacen milagros con el maquillaje. Conocí a una bonita muchacha que se tiñó el pelo, bronceó su rostro, enrojeció sus labios y, lo que es más eficaz, cambió su indumentaria. No la reconocieron nueve de diez personas que la habían tratado anteriormente. Los hombres no tienen tantas facilidades. La forma de las cejas y una dentadura postiza alteran su semblante... pero las orejas, mister Cade, las orejas tienen mucho carácter.

—No mire tan fijamente a las mías, que me pone nervioso —suplicó Anthony.

—Las barbas postizas y los tintes y cremas son sólo buenos para los libros —continuó el superintendente—. Pocos hombres pueden escapar a una identificación cuidadosa. Sólo hay uno con verdadero genio para los disfraces. El rey Víctor... ¿Qué sabe de él, mister Cade?

Su tono, que había cambiado repentinamente, detuvo las palabras que Anthony se disponía a pronunciar.

—¿El rey Víctor? —repitió pensativo—. El nombre me parece conocido.

—Es el ladrón de joyas más famoso del mundo. Su padre fue irlandés, su madre francesa. Domina, al menos, cinco lenguas. Hasta hace unos pocos meses cumplió condena.

—¿Sí? ¿Dónde se le supone en la actualidad?

—Me gustaría saberlo, mister Cade.

—La trama se complica —dijo Anthony con leve ironía—. ¿Y si viniera aquí? No le atraerían las Memorias políticas, sino las joyas.

—¿Quién sabe? Quizá se mueva entre nosotros.

—¿Disfrazado de segundo lacayo? ¡Espléndido! Usted identificará sus orejas y se cubrirá de gloria.

—Le gusta bromear, ¿verdad, mister Cade? ¿Qué opina de lo de Staines?

—¿Qué ha sucedido en Staines?

—Imaginé que lo había leído en los periódicos del sábado o en los de hoy. Descubrieron en la carretera a un nombre muerto de un tiro.

—Algo leí. No parece un suicidio.

—No, falta el arma. Y nadie ha reconocido el cadáver.

—¿A qué se debe su interés? —sonrió Anthony—. ¿Se relaciona esa muerte con el asesinato del príncipe Miguel?

Sus ojos y sus manos eran firmes. ¿El superintendente Battle le estudiaba de modo peculiar? ¿O lo imaginaba?

—Hay una epidemia de asesinatos —dijo el policía—. No me arriesgaría a

afirmar que estuviesen relacionados.

Se dirigió al borde del andén, en el que se detenía el tren de Londres. Anthony respiró libremente.

Cruzó el parque absorto en sus pensamientos. Eligió a propósito la misma dirección que le había llevado a la casa la funesta noche del jueves y estrujó su cerebro, alzando el rostro, para asegurarse de cuál era la ventana en que había visto la luz. ¿Sería exactamente la segunda del extremo?

Entonces hizo un descubrimiento. La esquina de la casa tenía un ángulo en el que se abría un ventanal. Desde aquel punto se la podía contar como la primera, y la primera que se habría construido sobre la cámara del consejo como la segunda; mas, dando unos pasos a la derecha, la porción sobre dicha sala parecía ser el final del edificio. La primera ventana no se veía, y las otras dos, de la cámara del consejo, se enumerarían como las dos primeras desde el extremo. ¿En qué sitio estuvo parado al encenderse la luz? Ése es un punto interesante.

La cuestión era ardua. Un metro más para acá o para allá implicaba una gran diferencia. Una cuestión resultaba clara. Quizá se hubiese engañado al aseverar que la luz brilló en la segunda habitación desde el fondo. Bien pudo ser la tercera.

¿Quién la ocupaba? Anthony se propuso informarse cuanto antes. La suerte le favoreció. Tredwell arreglaba la bandeja del té en el vestíbulo. Era la única persona visible en él.

—Buenas tardes, Tredwell —saludó Anthony—. Quería preguntarle algo. ¿Quién ocupa la tercera alcoba, a partir del fondo del ala occidental, encima de la cámara del consejo?

El mayordomo reflexionó un segundo.

—El caballero estadounidense.

—¿Sí? Gracias.

—De nada, señor.

Tredwell se preparó a partir; pero el deseo de ser el primero en dar noticias humaniza incluso a los mayordomos más austeros.

—Señor, ¿le han informado de lo que ocurrió anoche?

—No. ¿Qué fue?

—Un intento de robo.

—¿De veras? ¿Se llevaron algo?

—No, señor. Los ladrones desmontaron las armaduras de la cámara del consejo, cuando fueron sorprendidos y obligados a huir. Se escaparon desgraciadamente.

—¿De nuevo esa estancia? —se sorprendió Anthony—. ¿Cómo penetraron en ella?

—Se supone, señor, que forzando el balcón.

Tredwell, halagado de la impresión que había producido siguió andando. Cerca de

la puerta se detuvo solemnemente.

—Perdone, señor. No le oí entrar.

Isaacstein, víctima del pisotón, agitó amistosamente una mano.

—No importa, buen hombre.

El mayordomo se retiró altanero. Isaacstein se acomodó en una butaca.

—¿Ya de vuelta, Cade? ¿Le han explicado las aventuras de anoche?

—Sí. Es un fin de semana muy movido.

—Lo de ayer fue, sin duda, una hazaña de malhechores locales. Cometieron torpezas de aficionados.

—¿Coleccionarán armaduras? ¡Extraño botín!

—En efecto —dijo Isaacstein, y agregó—: La situación es muy molesta.

Su tono era amenazador.

—No le entiendo —exclamó Anthony.

—¿Por qué nos retienen? La indagatoria se celebró ayer. El cadáver del príncipe será conducido a Londres, donde se informará que murió de un ataque cardíaco. Pero nos prohíben irnos. Mister Lomax no sabe más que yo y me remite siempre al superintendente.

—Battle maquina algo —repuso Anthony—. Debe ser imprescindible para ello que no nos vayamos.

—Pero usted, y perdone el comentario, mister Cade, pudo irse.

—Con una pierna atada, porque me vigilaron constantemente. No me cabe duda de ello. No hubiera podido hacer desaparecer el revólver.

—¡Ah, el revólver! ¿No lo han encontrado aún?

—No.

—Lo arrojarían al lago.

—Es muy posible.

—¿Dónde está el superintendente? No le he visto esta tarde.

—Se ha ido a Londres. Le encontré en la estación.

—¿Cuándo volverá?

—Creo que mañana temprano.

Virginia apareció con lord Caterham y mister Fish. Obsequió con una sonrisa a Anthony.

—Hele aquí, mister Cade. ¿Le han informado de nuestras aventuras nocturnas?

—Sufrimos intensas emociones, mister Cade —terció Fish—. Confundí a mistress Revel con un bandido.

—Huyó sin estorbo —murmuró Virginia tristemente.

—Sirva el té, por favor —pidió Caterham a la joven—. ¿Dónde se habrá metido Bundle?

Virginia hizo los honores y se sentó luego al lado de Anthony.

—Vaya a la caseta de los botes, después del té —dijo en un aparte—. Bill y yo tenemos mucho que contarle.

E intervino en la conversación general.

La reunión en la caseta tuvo lugar una hora después.

Virginia y Bill se consumían por narrar los hechos. El único sitio prudente para una charla confidencial era el centro del lago, así que fueron a él. Relataron a Anthony las experiencias de la noche anterior. Bill estaba huraño. Deseaba que Virginia no se obstinara en que el «colonial» interviniese.

—¿Qué deducen? —preguntó Anthony, cuando hubo acabado el relato.

—Que buscaba algo —respondió Virginia como un relámpago—. La idea de que se trataba de ladrones me parece absurda.

—Y creyeron que ese algo estaba oculto en las armaduras. ¿Por qué golpearon el entrepaño? Quizá deseaban encontrar una escalera secreta o algo semejante.

—En Chimneys hay una cámara oculta y también una escalera secreta —dijo Virginia—. Lord Caterham nos informará. Más importante es saber qué les movió al registro.

—¿Las Memorias? No, son un bulto muy grande. Tiene que ser un bulto más pequeño.

—George lo sabrá. El problema está en que lo revele. He presentido desde el principio que la policía no es más que una pantalla.

—Según usted, era un hombre solo, aunque admite la posibilidad de que hubiese otro —dijo Anthony—, porque alguien la rozó en su camino hacia el balcón.

—El rumor fue tan leve, que pudo ser imaginación mía —objetó Virginia.

—Desde luego. Si no lo fuese, la segunda persona tendría que ser un habitante de la casa. ¿No será...?

—Termine de una vez —se impacientó Virginia.

—Me choca mister Hiram Fish. Se viste completamente, a pesar de que alguien pide auxilio.

—Eso es notable. También resulta sospechoso el profundo sueño de Isaacstein. ¿Cómo pudo dormir?

—Sin olvidar a Boris —habló por fin Bill—, el criado de Miguel. Para mí que es un rufián.

—Chimneys rebosa de personas sospechosas —dijo Virginia—. Y los demás sospechan de nosotros. ¡Ojalá el superintendente no se hubiera ido a Londres! Ha sido una estupidez. Mister Cade, he vuelto a ver en dos ocasiones en el parque a ese francés estrambótico.

—¡Qué lío! —se desesperó Anthony—. He perseguido una quimera, haciendo el ridículo. En mi opinión, la cuestión entera se resume en lo siguiente: ¿Encontraron los ladrones lo que buscaban?

—Estoy convencida de que no.

—En tal caso, volverán. Saben, o pronto sabrán, que Battle se halla en Londres, y se aventurarán nuevamente.

—¿Lo espera?

—Casi. Los tres constituiremos un frente. Eversleigh y yo nos esconderemos, con las debidas precauciones, en la cámara del consejo.

—¿Y yo? —interrumpió Virginia—. No consentiré que se me elimine.

—Oye, Virginia —dijo Bill—. Esto no es para mujeres...

—No seas imbécil, Bill. No te librarás de mí. Nuestro equipo vigilará esta noche.

Pasaron a discutir los pormenores del proyecto. Una vez los huéspedes se acostaran, el trío descendería por separado a la planta baja. Así lo hicieron, pertrechados de linternas.

Anthony llevaba además un revólver en el bolsillo de la chaqueta.

Como había dicho, barruntaba que habría otro intento de registro, pero no suponía que procediese del exterior de la casa. Virginia, a su juicio, no había imaginado que alguien la rozó en la oscuridad la víspera, y mientras montaba guardia detrás de un armario antiguo, miraba no al balcón, sino a la puerta. Anthony se agazapaba en la pared opuesta, al amparo de una armadura, y Bill junto al balcón.

Los minutos transcurrieron con perezosa lentitud. El reloj marcó la una, la una y media, las dos, las dos y media. Anthony, aterido y entumecido, se avergonzaba de sí mismo. Su deducción había sido errónea. No aparecían los desconocidos...

Se irguió alerta. En la terraza se percibían pasos. Silencio de nuevo, silencio interrumpido por unos arañazos en el balcón. Cesaron y las hojas se abrieron. Un hombre entró en la sala.

Se paró como si escuchara. Satisfecho del resultado de su precaución, encendió una linterna y enfocó los cuatro muros. No vio nada anormal. Los tres jóvenes retuvieron el aliento.

Se encaminó al mismo lienzo de pared que había examinado la víspera.

Bill se asustó. ¡Iba a estornudar! La carrera nocturna a lo largo del parque le había constipado. Había estornudado todo el día. Nada ni nadie impediría que entonces lo hiciera.

Empleó todos los remedios que se le ocurrieron: se pellizcó el labio superior, tragó saliva, echó la cabeza hacia atrás hasta que su nariz amenazó el techo... Como postrer recurso se atenazó las aletas de su apéndice olfativo. Fue inútil, porque estornudó.

El ruido, contenido, sofocado, ridículo, sonó como una detonación.

El desconocido se volvió. Anthony encendió la linterna y le acometió. Un segundo más tarde ambos rodaban en el suelo.

—¡Luz! —gritó Anthony.

Virginia tocó el interruptor. La araña se portó bien aquella noche. Las bombillas permitieron ver a Anthony sentado sobre el intruso y a Bill intentando ayudarle.

—Y ahora enséñanos la cara, querido muchacho —pidió Anthony. Levantó a su presa. Era el francés de la barbita.

—¡Les felicito! —aprobó alguien.

Se irguieron sorprendidos. El voluminoso cuerpo de Battle henchía el vano de la puerta.

—Le hacía en Londres, superintendente.

—Creí preciso darles esta sorpresa —sonrió Battle.

—Nos ha dejado yertos.

Anthony estudió la faz del caído. Éste se reía silenciosamente.

—¿Permiten que me levante, caballeros? Son tres contra uno.

Anthony tiró de él hasta ponerle en pie. El francés se arregló la americana, se alisó la camisa y contempló a Battle.

—¿Es usted de Scotland Yard?

—Sí.

—Le presentaré mis credenciales —anunció el desconocido con tristeza—. Debí hacerlo antes.

Tendió varios documentos al superintendente. A continuación mostró una insignia prendida en la solapa de la chaqueta.

Battle emitió una exclamación. Releyó los papeles, antes de devolverlos.

—Comprenderá que tiene usted la culpa del trato que ha recibido —dijo.

El asombro de los rostros que lo rodeaban le arrancó una sonrisa.

—He esperado bastante tiempo a este colega mío. Les presento a monsieur Lemoine, de la Sûreté de París.

Capítulo XIX

Historia íntima

Todos observaron al detective francés.

—Sí, es verdad —dijo Lemoine.

Hubo una pausa durante el necesario reajuste general de ideas.

—¿Sabe qué pienso, superintendente Battle?

—¿Qué piensa, mistress Revel?

—Que ha llegado el momento de que nos ilustre.

—No la entiendo, señora.

—Al contrario, superintendente, entiende a las mil maravillas. Mister Lomax le ha martirizado con sus peticiones de discreción pero será mejor que sea franco con nosotros, porque así no andaremos a ciegas, no descubriremos torpemente sus secretos y no haremos ningún daño. ¿Está de acuerdo conmigo, monsieur Lemoine?

—Del todo, madame.

—Ya avisé a mister Lomax de la inutilidad de la diplomacia —dijo Battle—. Estas cosas acaban por saberse. Mister Eversleigh es secretario de mister Lomax, y no hay objeción a que lo conozca. Mister Cade tiene igual derecho a ella, ya que se ha visto complicado contra su voluntad. Pero...

—Pero las mujeres somos indiscretas —estalló Virginia—. George no se cansa de repetirlo.

Lemoine había estudiado a la joven. Se encaró con el superintendente.

—¿Madame se llama Revel?

—Es mi apellido —dijo Virginia.

—¿Su esposo fue diplomático? ¿Estuvo con él en Herzoslovaquia poco antes del regicidio?

—Sí.

Lemoine se volvió hacia el superintendente.

—Madame puede oír la historia. Le importa indirectamente. Además —agregó con travesura—, su discreción es famosa en los círculos diplomáticos.

—Gracias por su elogio —rió Virginia—. Me alegro de que no se me expulse de esta habitación.

—¿Bebemos algo? —propuso Anthony—. ¿Dónde tendremos la conferencia? ¿Aquí?

—Si les parece... —contestó Battle— preferiría no abandonar esta sala hasta mañana. Dentro de poco sabrán el porqué.

—En tal caso iré en busca de refrescos —dijo Anthony.

Bill le acompañó. Regresaron con una bandeja llena de vasos, sifones y otros elementos.

Los reunidos se instalaron cómodamente alrededor de la larga mesa.

—Por supuesto, cuanto se hable aquí es estrictamente confidencial —empezó Battle—, aunque he esperado que se supiera, a pesar de las protestas de mister Lomax... Este asunto se inició hace siete años, en el momento en que se efectuaba, sobre todo en el Oriente Próximo, lo que los políticos llaman una «reconstrucción». Inglaterra estaba interesada en ello y también el conde Stylpitch, quien movía las piezas. Los estados balcánicos mandaban a nuestra patria personas de la realeza. No entraré en detalles. Algo desapareció entonces de modo tan increíble, que sólo nos cupo admitir dos cosas: que el ladrón era un personaje de la realeza o que la hazaña fue obra de un profesional muy destacado. Monsieur Lemoine les contará cómo sucedió.

El francés, inclinándose, continuó el relato.

—En Inglaterra no es muy célebre nuestro notorio y fantástico rey Víctor. No se sabe su verdadero nombre; es hombre de singular valor y audacia, que habla cinco idiomas y no tiene par en el arte del disfraz. Aunque su padre fue inglés o irlandés, ha actuado preferentemente en París. En esta ciudad, ocho años atrás, cometió una audaz serie de robos bajo el nombre de capitán O'Neill.

Virginia articuló una exclamación. Lemoine la miró un instante.

—La agitación de madame será comprensible dentro de unos minutos. Los de la Sûreté sospechábamos que el capitán O'Neill no era otro que el rey Víctor, mas no teníamos pruebas de ello. Por la misma época y en la misma ciudad, una joven e inteligente actriz, Angele Mory, trabajaba en el Follies Bergéres. Imaginábamos que intervenía en las operaciones del rey Víctor, también sin pruebas.

»París se disponía entonces a recibir al joven monarca Nicolás IV de Herzoslovaquia. Nos dieron instrucciones sobre cómo debíamos proteger a Su Majestad. En especial nos recomendaron vigilar las actividades de una organización revolucionaria llamada los Camaradas de la Mano Roja. Es cosa comprobada que dichos Camaradas ofrecieron a la Mory una gruesa suma para que los ayudase en sus proyectos. Debía enamorar al soberano y conducirle al lugar que ellos designaran. Angele aceptó el dinero y prometió cumplir su parte.

»Pero era más astuta y más ambiciosa de lo que creían sus patronos. Logró cautivar al rey, que, locamente enamorado de ella, la cubrió de joyas. Entonces concibió la idea de transformarse, no en amante del monarca, sino en reina. Todo el mundo sabe que sus sueños se realizaron. Apareció en Herzoslovaquia como la condesa Varaga Popoleffsky, pariente colateral de los Romanoff, y a su tiempo se convirtió en la reina Varaga. No estaba mal para una oscura actriz parisiense. Desempeñó su papel con dignidad; pero su triunfo no duró mucho tiempo. Los

Camaradas de la Mano Roja, irritados de su traición, atentaron dos veces contra su vida. Por fin manipularon tan bien la opinión pública, que se declaró una revolución en la que perecieron el rey y su consorte. Se recobraron sus cuerpos, horriblemente mutilados, apenas reconocibles, testimonio de la cólera del pueblo contra su soberana, extranjera y de moral execrable. »Antes, sin embargo, y ello parece seguro, la reina Varaga no había roto sus relaciones con el rey Víctor, y es muy posible que el atrevido plan se debiera a éste. Se sabe que se comunicaba con él, mediante un código secreto, desde la corte herzoslovaca; para mayor seguridad las cartas se redactaron en inglés y se firmaron con el nombre de una dama de la embajada británica. Si se hubiera llevado a cabo una investigación y la dama en cuestión hubiera negado su firma, nadie la habría creído, porque el contenido de las epístolas era el de una mujer enamorada. Se empleó su nombre, mistress Revel.

—Ya lo sé —afirmó Virginia, mudando de color—. Me había extrañado el origen de esas cartas.

—¡Qué vergüenza! —rugió Bill.

—Las remitía a las señas del capitán O'Neill en París y su fin primordial se explicó más tarde por un curioso hecho. Asesinados los reyes, muchas joyas de la corona, de las que la chusma se había apoderado, aparecieron en París, y se descubrió que en nueve de cada diez casos las piedras no eran sino imitaciones... y había gemas famosísimas entre las joyas de Herzoslovaquia. Así, pues, aun siendo reina, la Mory no había renunciado a sus muchas y pretéritas actividades.

»Ya hemos llegado al punto neurálgico. Nicolás IV y la reina Varaga vinieron a Inglaterra y disfrutaron de las hospitalidad del difunto marqués de Caterham, ministro de Asuntos Exteriores. No había que prescindir de Herzoslovaquia, a pesar de su exiguo territorio, y Varaga fue bien recibida. Por consiguiente, llegó como soberana y como experta ladrona. Indudablemente, el... sustituto, tan magistral que engañó a todos, sólo pudo ser obra del rey Víctor y la audacia y el ingenio del proyecto le señalan también como autor.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Virginia.

—No se habló de ello en público hasta hoy —intervino Battle—. Nos desvivimos por silenciarlo... cosa no tan fácil como parece. Pero algunos de nuestros métodos les asombrarían. Les aseguro que la reina de Herzoslovaquia no se llevó la joya de Inglaterra. Su Majestad la escondió en un lugar que no hemos descubierto todavía. No me extrañaría que estuviera en esta habitación.

—¿Al cabo de tantos años? ¡Imposible! —gritó, incrédulo, Anthony.

—Ignora usted las circunstancias, monsieur —repuso el francés—. Quince días después se declaraba la revolución y los monarcas eran asesinados. El capitán O'Neill fue arrestado en París y sentenciado a una breve condena. Esperábamos encontrar el paquete de las cartas en esta mansión, pero fueron robadas por un intermediario

herzoslovaco. El hombre apareció en Herzoslovaquia poco antes de la algarada y desapareció después.

—Sin duda fue a otras tierras, probablemente a África —reflexionó Anthony—. Y no se separó del paquete, que era una mina de oro para él. Son curiosos los caprichos del destino. Debieron de llamarle Pedro Dutch o algo por el estilo.

Sonrió al notar la inexpresiva mirada del superintendente.

—No soy clarividente, Battle. Ya se lo contaré.

—Lo que no ha explicado es cómo se relacionan con las Memorias —dijo Virginia—. Algo tiene que existir entre unas y otras.

—Madame es muy aguda —exclamó Lemoine—. En efecto, existe un eslabón entre ellas. El conde Stylpitch estuvo en Chimneys aquellos días.

—¿Y pudo saberlo?

—*Parfaitement*.

—Sería una catástrofe que lo mencionase en sus Memorias —indicó Battle.

—Quizás el manuscrito contenga un indicio del lugar en que fue escondida la piedra —insinuó Anthony, encendiendo un cigarrillo.

—No es posible —replicó Battle—. Nunca aceptó a la reina, la combatió con todas sus fuerzas. Ella, por tanto, no se lo confiaría.

—El conde era astuto —indicó Anthony—. Tal vez descubrió finalmente el escondrijo. ¿Qué hubiera hecho en tal caso?

—Callar —respondió Battle, tras meditar unos segundos.

—Sí, callar —dijo el francés—. La situación era delicada. Hubiera sido muy dificultoso restituir la piedra anónimamente. Y el conocimiento del escondite le hubiese proporcionado un gran poder, la única debilidad de aquel extraño anciano. No sólo habría tenido a la reina a su disposición, sino también hubiera negociado a su gusto. No hubiese sido el único secreto que dominaba, porque los coleccionaba como raras piezas de porcelana. En más de dos ocasiones se jactó públicamente de lo que podría revelar si le diese la gana. En una de ellas aseguró que se proponía hacer revelaciones sensacionales en sus Memorias. Ello justifica la ansiedad general de impedir su edición. Nuestra policía secreta trató de apoderarse de ellas, mas el conde se libró del manuscrito antes de su fallecimiento.

—No debemos presumir que supiera este secreto —opuso Battle.

—Perdonen —exclamó Anthony—. Olvidamos sus palabras.

—¿Qué?

Los detectives le contemplaron atónitos.

—Mister McGrath, al entregarme el manuscrito, me relató el episodio de su encuentro con el conde en París. Mister McGrath arriesgó su vida por salvar al anciano de una banda de matones. Estaba..., ¿cómo decirlo?, un poco «animado» y por ello dijo dos cosas harto interesantes. Una implicaba su conocimiento del

paradero del Koh-i-noor, declaración que mi amigo no tomó en cuenta. También afirmó que la pandilla se componía de elementos del rey Víctor. Comentarios, que sumados, tienen su importancia.

—¡Dios mío! —gimió Battle—. Estoy de acuerdo con usted. Incluso el asesinato del príncipe Miguel toma otro cariz.

—El rey Víctor nunca mató —le recordó el francés.

—¿Y si le sorprendieron buscando la joya?

—¿Está, por tanto, en Inglaterra? —dedujo Anthony—. ¿No le siguieron cuando fue excarcelado?

Lemoine pareció apabullado.

—Lo intentamos, monsieur. Pero ese hombre es el diablo. Nos dio esquinazo inmediatamente... ¡inmediatamente! Creímos, naturalmente, que vendría a Inglaterra. Y no, se fue a..., ¿adonde diría?

—¿Adonde? —preguntó Anthony.

Jugaba con una caja de cerillas sin apartar los ojos del rostro del francés.

—A América, a los Estados Unidos.

—¿Cómo? —chilló Anthony.

—¿Y qué nombre adoptó? ¿Qué papel representó? El del príncipe Nicolás de Herzoslovaquia.

La caja de fósforos se escapó de los dedos de Anthony, cuyo pasmo igualaba el de Battle.

—¡Imposible!

—No, amigo mío. Mañana tendrá noticias de ello. Ha sido un engaño colosal. Se comentó, hace años, que el príncipe Nicolás había muerto en el Congo. El rey Víctor no desperdició la dificultad de probar su fallecimiento, y le encarnó para lograr una tremenda cantidad de dólares... a cambio de concesiones petrolíferas. La casualidad le desenmascaró y hubo de marcharse precipitadamente del país. Esta vez vino a Inglaterra. Por eso estoy aquí. Tarde o temprano vendrá a Chimneys, en el supuesto de que no lo haya hecho ya...

—¿Lo cree usted?

—Creo que estuvo en la casa la noche de la muerte del príncipe y ayer...

—Otro intento, ¿eh? —masculló Battle.

—Otro.

—Me extrañaba la ausencia de monsieur Lemoine —continuó Battle—. Avisaron de París que venía a colaborar conmigo...

—Tengo que excusarme —dijo el francés—. Mi llegada coincidió con la noticia del crimen. Se me ocurrió que saldría ganando si estudiaba la situación oficiosamente. Me sedujo tal posibilidad. No se me ocultó que recaerían en mí las sospechas, pero me sería útil, puesto que no alarmaría a las personas que deseaba

observar. He tenido dos días muy interesantes.

—Pero, ¿qué ocurrió anoche? —preguntó Bill.

—¿Le cansó el ejercicio? —sonrió Lemoine.

—¿Conque fue usted?

—Sí. Resumiré los sucesos. Convencido de que el secreto tenía su clave en esta sala, ya que en ella habían asesinado al príncipe, me aposté en la terraza. Noté al fin que alguien andaba en la habitación, traicionado por el resplandor de la linterna. El balcón cedió bajo mi mano. El hombre podía haber entrado antes o durante mi vigilancia, puesto que la cortina estaba corrida y me impidió verlo. Me introduje en la estancia. Paso a paso llegué a un punto en que podía asistir, sin ser observado, a sus manejos. No le distinguí claramente. Me daba la espalda y la luz recortaba su silueta. Su conducta me llenó de sorpresa. Desmontó una tras otra esas dos armaduras y examinó sus piezas. Convencido de que no escondían lo que buscaba, golpeó suavemente la pared, debajo del cuadro. Entonces se produjo la interrupción. Usted irrumpió.

—Nuestra buena voluntad fue lamentable —confesó Virginia.

—En cierto sentido, madame. El hombre apagó la linterna y yo, que no deseaba revelar mi identidad, corrí al balcón. En la oscuridad choqué con los otros dos y caí de bruces. Me rehice y escapé a la terraza. Mister Eversleigh me siguió, tomándome por un adversario.

—Fui yo quien le persiguió —explicó Virginia—. Bill iba en segundo lugar en la carrera.

—El intruso tuvo la habilidad de detenerse y huir por otra puerta. ¿Cómo no tropezó con los demás? —preguntó Bill.

—No fue difícil —respondió Lemoine—. Fingió ser un miembro anticipado del grupo de socorro.

—¿Cree que ese Arsenio Lupin habita en la casa? —inquirió Bill, cuyos ojos relampagueaban de placer—. ¿Lo cree de veras?

—¿Por qué no? Podría pasar muy bien por un criado. Por ejemplo, Boris Anchoukoff, el fiel ayuda de cámara del difunto príncipe.

—Vamos, vamos, señor Lemoine —sonrió Anthony.

—Es un tipo muy raro —convino Bill.

El francés le devolvió la sonrisa.

—Le ha tomado como criado suyo, ¿verdad, mister Cade? —dijo el superintendente.

—Battle, me descubro ante usted. Nada se le escapa. En realidad, él me ha adoptado por señor.

—¿Por qué, mister Cade?

—¡Quién sabe! El gusto puede ser dudoso, pero tal vez le atraiga mi cara. O quizá

crea que maté a su amo y pretende desquitarse.

Anthony fue a correr las cortinas de los balcones.

—Amanece —anunció, bostezando—. Se acabaron las emociones.

—Me voy —dijo Lemoine, poniéndose en pie—. Nos veremos más tarde.

Después de haber hecho una graciosa inclinación ante Virginia, se fue por el balcón.

—A la cama —suspiró Virginia—. La velada no ha carecido de interés. Bill, ve a acostarte como un niño bueno.

Anthony contemplaba aún la figura de Lemoine.

—Se le considera el mejor detective de Francia —dijo Battle a sus espaldas.

—No me extraña.

—Tiene razón mistress Revel. Se acabaron las emociones por esta noche —añadió Battle—. Oiga, ¿recuerda que comenté el hallazgo de un hombre, muerto de un disparo, cerca de Staines?

—Sí. ¿Por qué me lo pregunta?

—Le han identificado, nada más. Se llamaba Giuseppe Manuelli y fue camarero en el Blitz de Londres. Es curioso, ¿verdad?

Capítulo XX

Una conferencia

Anthony no respondió. Continuó mirando por el balcón. El superintendente Battle contempló un rato sus hombros inmóviles.

—Buenas noches —se despidió al fin y anduvo hacia la puerta. Anthony dio media vuelta.

—Battle, un segundo...

El superintendente se detuvo. Anthony tomó un cigarrillo de la pitillera y lo encendió. Entre dos bocanadas de humo, dijo:

—Le interesa el caso de Staines, ¿verdad?

—Sería exagerado pretenderlo. Es poco corriente, eso es todo.

—¿Piensa que mataron al hombre en aquel lugar o que le trasladaron allí después de muerto?

—Yo me decantaría por lo segundo.

—Y yo también —dijo Anthony.

Su énfasis hizo que el policía levantase la cara hacia él.

—¿Tiene usted alguna idea? ¿Sabe quién le llevó allí?

—Sí. Fui yo.

Le irritó la calma inalterable de su interlocutor.

—Las sorpresas no le inmutan, Battle.

—«Jamás reveles tus emociones.» Me dieron esta regla y me ha sido siempre muy útil.

—Desde luego. No le he visto alterado hasta ahora. ¿Desea enterarse de todo?

—Tenga la bondad, mister Cade.

Anthony juntó dos sillas, se sentaron y narró los sucesos del jueves. Battle escuchó impasible. Únicamente pestañeó un poco al concluir la exposición.

—Señor, algún día se meterá en un apuro grave.

—¿Me perdona por segunda vez? ¿No me detiene?

—Solemos dar soga a las personas para que... —contestó el superintendente.

—Gracias por su delicadeza... y por no concluir el dicho.

—Me desorienta, no obstante, que lo confiese.

—En verdad, no es fácil de explicar —dijo Anthony—. Tengo un alto concepto de su habilidad, Battle. Está presente en el instante oportuno, como, por ejemplo, esta noche. Pensé que, ocultándole este secreto, le perjudicaba. Merece usted estar en posesión de todos los datos. Mis esfuerzos fueron hasta ahora un fracaso. Debí callar para proteger a mistress Revel. Habiéndose demostrado que esas cartas no son obra

de ella, cualquier idea de su complicidad resulta absurda. Si la aconsejé mal fue porque su capricho de pagar al chantajista la colocó en una posición difícil.

—En efecto, los jurados generalmente no son demasiado imaginativos.

—Pero usted no lo discute —dijo Anthony.

—Mister Cade, mi cargo me pone en íntimo contacto con estas personas, es decir, con las llamadas clases altas. La mayoría de la gente se preocupa de qué dirá el vecino; mas los mendigos y los aristócratas, no... Hacen lo que se les antoja, sin molestarse en pensar qué conclusión se sacará de ello. No me refiero a la alta burguesía, a los que derrochan su fortuna en fiestas, sino a los que, durante generaciones, se educaron despreciando la opinión ajena. Mi criterio de las clases altas no ha variado con los años... Son intrépidas, veraces y a veces estúpidas.

—Su declaración me interesa, Battle. Supongo que escribirá sus Memorias. Valdrá la pena leerlas.

El superintendente sonrió.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —continuó Anthony—. ¿Me relacionó usted con el cadáver de Staines?

—Fue una corazonada, nada definitivo. Le felicito por el magnífico dominio que tiene de sus nervios.

—Gracias. Desde que le conocí, me ha tendido emboscadas. Las evité con gran trabajo.

—Así cazamos a los malhechores, dándoles libertad, acosándoles, dejándoles en paz y cargando de nuevo, hasta que pierden la sangre fría.

—No sea lúgubre, Battle. ¿Cuándo me echarán ustedes el guante?

—Tiene la soga muy larga, señor.

—¿Sigo siendo su ayudante?

—Sí.

—¿Su Watson?

—Las novelas de detectives son paparruchas, pero entretienen al vulgo —dijo Battle, y agregó—: Y a veces son útiles.

—¿En qué sentido?

—Atizan la universal creencia de que la policía es estúpida, y eso nos ayuda en el caso de los delitos de aficionados.

Anthony le contempló en silencio un buen rato. Battle, inmóvil, parpadeaba de tarde en tarde, con su impasible rostro cuadrado y plácido. Finalmente se levantó.

—No me acostaré —anunció—. Debo hablar con el marqués en cuanto baje a desayunar. Los huéspedes pueden volver a Londres. No obstante, procuraré que lord Caterham prolongue unos días su invitación. Le ruego que no se vaya. Lo mismo pediré a mistress Revel.

—¿Ha encontrado el revólver? —preguntó Anthony.

—¿El que mató al príncipe Miguel? No, y tiene que estar en esta casa o en los terrenos adyacentes. No desaprovecharé su idea, mister Cade; algunos de mis muchachos treparán a los árboles. El revólver y las cartas significarían un progreso. ¿Dice que una había sido escrita en Chimneys? Debió de ser la última. Contendrá en clave las instrucciones para encontrar el diamante.

—¿Cuál es su teoría sobre el asesinato de Giuseppe?

—Fue un ladrón profesional, a quien empleó el rey Víctor o los Camaradas de la Mano Roja. Quizás uno y otros colaboren, porque la organización tiene dinero y fuerza, pero no está sobrada de inteligencia. Giuseppe debía robar las Memorias, ignoraban la existencia de las cartas... Por una casualidad increíble usted las tenía.

—Incluso me sorprende a mí mismo.

—Giuseppe se apoderó de las cartas. Su disgusto fue grande. Luego, el recorte de la revista le inspiró la idea de explotarlas en su provecho, sin saber su verdadero significado. Los Camaradas, enterados de ello, creyeron que los traicionaba y le sentenciaron a muerte. Son aficionados a ejecutar traidores. La coyuntura tenía un elemento pintoresco que los satisfizo. Lo que se resiste a mi comprensión es el revólver con el nombre de Virginia grabado. Los Camaradas no son tan sutiles. Por regla general, plantan junto a la víctima el símbolo de su organización con el propósito de infundir terror en los posibles traidores. Ha de ser obra del rey Víctor. ¿Con qué motivo? ¡Yo qué sé! Es una tentativa, ilógica a simple vista, de comprometer a mistress Revel.

—Tuve una teoría, que pronto deseché.

Anthony contó a Battle que Virginia había visto el cadáver de Miguel.

—No hay duda acerca de su identidad —dijo el superintendente—. El barón tiene muy buena opinión de usted. Le elogió en términos calurosos.

—Es muy amable —sonrió Anthony—, sobre todo porque le he advertido que haré lo imposible por recobrar las Memorias antes del próximo miércoles.

—Le costará Dios y ayuda.

—¡Hum! ¿Lo cree? El rey Víctor y compañía tendrán las cartas...

—Se las birlaron a Giuseppe en la calle Pont —coligió Battle—. Fue una hazaña muy diestra. Si las tienen, las habrán descifrado y sabrán dónde buscar.

Los dos hombres estaban a punto de salir de la sala.

—¿Aquí? —preguntó Anthony, señalando al interior con la barbilla.

—Exactamente. Pero chocarán con bastantes escollos en su propósito de encontrar el botín.

—¿Ha elaborado un plan? —inquirió Anthony.

Battle calló. Su expresión era notable por lo estólida. Pero muy lentamente guiñó un ojo.

—¿Necesita mi ayuda? —preguntó Anthony.

—Sí, y la de alguien más.

—¿Quién más?

—Mistress Revel. Tal vez no haya notado, mister Cade, que es una dama de sumo encanto.

—Lo he notado —afirmó Anthony y consultó su reloj—. Renunciaré al descanso, Battle. Un baño en el lago y un copioso desayuno surtirán el mismo efecto.

Subió corriendo a su habitación. Se desnudó silbando entre dientes y buscó un batín y una toalla.

La visión de algo puesto ante el espejo de su tocador le aterró.

Al principio no creyó en la realidad. Lo cogió y lo examinó de cerca, volviéndolo en todos los sentidos. Sí, no cabía duda.

Era el fajo de cartas firmado por Virginia Revel. Estaba intacto. No faltaba ni una.

Anthony se desplomó en una silla sin soltarlas.

—¿Se me embota el cerebro? —murmuró—. ¿Por qué reaparecen estas cartas? ¿Quién las puso en el tocador? ¿Por qué?

Todas estas preguntas verdaderamente pertinentes no obtuvieron una respuesta satisfactoria.

Capítulo XXI

La maleta de Isaacstein

Lord Caterham y su hija estaban desayunando a las diez de la mañana. Bundle parecía muy pensativa.

—Papá —dijo al fin.

El marqués, que leía el periódico, no contestó.

—Papá —repitió con más fuerza la joven.

Caterham renunció a la lectura de anuncios de libros raros y la miró distraído.

—¿Decías?

—¿Quién ha desayunado?

Bundle señaló el lugar que evidentemente había sido ocupado. Los restantes esperaban.

—¡Ah! Ese... ¿Cómo se llama?

—¿Isaac el Gordinflón?

Bundle y su padre no necesitaban grandes explicaciones para entenderse.

—Sí.

—¿Le viste hablar esta mañana con el superintendente?

Lord Caterham suspiró.

—Sí, me acorraló en el vestíbulo. Tendrían que ser sagradas las horas anteriores al desayuno. Habré de ir al extranjero. Mis nervios... Bundle le interrumpió sin ceremonia.

—¿Qué dijo?

—Que podía marcharse quien lo desee.

—¿No querías eso?

—Sí, pero me pidió que suplicara a todos que se quedasen.

Bundle arrugó la nariz.

—No lo entiendo.

—Tanta confusión y contradicción antes de desayunar... —se quejó Caterham.

—¿Qué repusiste?

—Se lo prometí, claro. Es inútil discutir con la policía... sobre todo antes del desayuno —dijo el marqués, a quien encrespaba este último ultraje.

—¿A quién has invitado?

—A Cade, por ahora. Había madrugado. Me prometió permanecer en casa. Me intriga, pero me gusta muchísimo.

—También a Virginia —dijo Bundle trazando espirales en el mantel con el tenedor.

—¿Eh?

—Y a mí, pero no me hace caso.

—Después invité a Isaacstein.

—¿Y qué?

—Afortunadamente vuelve a Londres. No te olvides de ordenar que el coche espere a la puerta a las once menos veinte.

—Está bien.

—Si pudiera librarme de Fish... —exclamó Caterham, inspirado.

—Pero, ¿no te enloquece charlar de libros polvorientos?

—Sí, sí. No obstante, resulta monótono cuando es uno el que habla todo el rato. Fish, aunque interesado, no dice esta boca es mía.

—Eso es mejor que escuchar —comentó Bundle—. Acuérdate de George Lomax.

Lord Caterham se estremeció.

—George impresiona en las tribunas —prosiguió la joven—. Yo le he aplaudido aun sabiendo que dice disparates. Mi posición de socialista...

—Claro, hija, claro —se apresuró a atajar el marqués.

—No temas que hable de política en casa, lo que es el vicio de George; emprende campañas electorales incluso en la intimidad. El parlamento debería prohibirlo.

—Sí, sí.

—¿También invitarás a Virginia?

—Battle insistió en ello.

—¡Qué energía! ¿Cuándo se convertirá en mi madrastra?

—Jamás —se entristeció el marqués—. Y eso que anoche me llamó querido. Lo malo de las mujeres atractivas es que dicen cualquier cosa sin reflexionar.

—Hubiera sido preferible que te tirase un zapato o intentase morderte.

—Los jóvenes actuales tenéis un concepto altamente repugnante del amor.

—Porque leemos *El Jeque*, *Amor en el desierto*, *Maltrátala*, etcétera.

—¿Qué es *El Jeque*! —inquirió Caterham—. ¿Un poema?

Bundle le miró con piedad. Se levantó y fue a besarle la coronilla.

—¡Pobrecito papá! —dijo, y saltó a la torera el alféizar de la ventana. Lord Caterham se enfrascó de nuevo en la lectura de los anuncios. Se llevó un sobresalto cuando mister Fish, que había entrado, como siempre sin ruido, le dirigió la palabra.

—Buenos días, amable anfitrión.

—¡Ah! Buenos días, muy buenos.

—El tiempo es delicioso —comentó mister Fish.

Llenó una taza de café. Su único alimento sólido fue una tostada.

—¿Han levantado la prohibición? ¿Podemos irnos?

—Sí..., sí, sí —tartamudeó Caterham—. Pero espero, me encantaría —agregó luchando con su conciencia—, me complacería si se quedase otro par de días.

—Lord Caterham...

—Ha sido una visita desdichada y no le reprocho su deseo de marcharse.

—Me juzga mal, milord. Imposible es negar que nuestro conocimiento se ha visto rodeado de hechos dolorosos; pero la vida campestre británica, en una célebre mansión como ésta, me atrae decididamente. Me interesa su estudio. En los Estados Unidos no existe. Por tanto, acepto agradecido su gratísima invitación.

—Muy bien. Me llena de placer en realidad, mi querido amigo.

Poniendo buena cara y derrochando frases amables, Caterham huyó del comedor.

Desde el vestíbulo observó a Virginia que bajaba del piso.

—¿Le acompaño a desayunar? —propuso.

—Gracias, he desayunado en la cama. Se me pegaron las sábanas esta mañana.

Virginia bostezó.

—¿Ha pasado mal la noche?

—Al contrario; en cierto modo fue excelente —le apretó el brazo cariñosamente —. ¡Oh, lord Caterham! ¡Cuánto me divierto! Fue un cielo al invitarme.

—Entonces no se irá, ¿eh? Se ha levantado... la prohibición, pero tengo empeño en que usted se quede. Lo mismo que Bundle.

—Me quedaré. ¡Es usted una preciosidad!

—¡Ah! —suspiró Caterham.

—¿Tiene penas? —preguntó Virginia—. ¿Alguien le ha hecho daño?

—Eso es precisamente —se lamentó Caterham.

Virginia le miró asombrada.

—¿No ansía, por casualidad, tirarme un zapato? No, no; ya lo veo. En fin, ¡qué le vamos a hacer!

Lord Caterham reanudó cabizbajo su camino. Virginia salió al jardín.

Respiró el fresco vientecillo de octubre, que la vigorizó tras la noche pasada en vela.

Le asustó ligeramente encontrar al superintendente a su lado. Battle tenía la facultad de aparecer como si la atmósfera le condensase de pronto.

—Buenos días, mistress Revel. ¿Está fatigada?

—Fue una estupenda experiencia, digna de sacrificar unas horas de reposo. Pero hoy todo parece distinto, apagado...

—Se está muy bien a la sombra de este cedro —aseguró Battle—. ¿Voy en busca de una silla para usted?

—Si usted me le aconseja —accedió solemnemente Virginia.

—Me gusta su aguda percepción, porque sí, mistress Revel, tenemos que hablar.

Transportó un sillón de mimbre al césped. Virginia le siguió con un almohadón bajo el brazo.

—Esa terraza es muy inconveniente para quienes desean conversar sin estorbo —

dijo Battle.

—La emoción se avecina.

—¡Bah! —exclamó Battle, mirando la hora—. Las diez y media. Tengo que ir, dentro de diez minutos, a Wyvern Abbey para informar a mister Lomax. Nos sobra tiempo. ¿Qué puede decirme de mister Cade?

—¿De quién? —murmuró, atemorizada, Virginia.

—Dónde se conocieron, cuántos años hace, etc., etc.

Battle se abstenía de mirarla, hecho que la tranquilizó un poco.

—Pues... no es tan fácil como parece... Me hizo un gran favor en cierta ocasión.

El superintendente la interrumpió.

—Debo decir algo, mistress Revel, antes de que siga. Anoche, cuando usted y mister Eversleigh se marcharon, mister Cade me explicó todo lo concerniente a las cartas y al hombre asesinado en su domicilio.

—¡Oh! —gimió Virginia.

—Su prudencia ha aclarado muchas cosas y evitado otras tantas futuras y desagradables. Únicamente calló cuánto tiempo hace que se conocen. Tengo una idea de ello. Usted me dirá si me equivoco. Usted no le vio hasta que se presentó en su casa de la calle Pont. ¡Ah! He acertado. ¿No es verdad?

Virginia tuvo miedo por primera vez del hombre de rostro pétreo y comprendió el respeto que Anthony sentía por él.

—¿Le ha contado algo de su existencia? —continuó el superintendente—. ¿Dónde estuvo antes de África? ¿En Canadá? ¿En Sudán? ¿Qué sabe de su adolescencia?

Virginia meneó la cabeza.

—Juraría que su vida ha sido muy interesante. Nada hay como el rostro de un hombre que ha tenido audaces aventuras. Podría narrar, si quisiera, cosas un tanto emocionantes.

—¿Por qué si eso le intriga no telegrafía a su amigo mister McGrath? —preguntó Virginia.

—Lo hemos hecho, pero se halla en el interior de África. Sin embargo, mister Cade estaba en Bulawayo en la fecha que afirma. Mi curiosidad se centra en el período anterior a ella o al mes que estuvo empleado en Viajes Castle... Tengo que irme. El coche me estará esperando.

Virginia le siguió con los ojos, sin moverse del sillón, hasta la casa. Anhelaba que Anthony se reuniese con ella. Fue Bill Eversleigh quien apareció bostezando.

—¡Por fin te he pillado a solas!

—No me grites, Bill, o me echaré a llorar.

—¿Han abusado de ti?

—No. Me han vuelto la mente del revés. Es como si me hubiera atropellado un

elefante.

—¿Fue Battle?

—Sí.

—No pienses más en él. Virginia, te amo tanto.

—¡Por favor, Bill! No me siento fuerte esta mañana. Ya te he dicho que las personas correctas no se declaran antes de la comida.

—¡Dios mío! Podría declararme en ayunas.

Virginia tembló.

—Haz un esfuerzo, Bill; sé sensato. Quiero pedirte consejo.

—Si me aceptases, si te casases conmigo, mejoraría tu salud. Serías más feliz y más serena.

—Óyeme. Declararte a mí es tu *idée fixe*. Los hombres hacen el amor cuando se aburren o no saben qué hacer. Acuérdate de mi edad y de mi estado de viuda, y ve a embrujar a una chiquilla inocente.

—Mi amada Virginia... ¡Maldición! Se aproxima ese francés idiota. Lemoine, barbado y correcto, llegó hasta ellos.

—Buenos días, madame. ¿Ha descansado?

—Sí, gracias.

—¡Excelente! Buenos días, mister Eversleigh. ¿Podríamos pasearnos los tres juntos?

—¿Qué te parece, Bill? —preguntó Virginia.

—Bueno, bueno —gruñó el joven caballero.

Virginia anduvo lentamente entre los dos hombres. Percibió que el francés, por una causa desconocida, estaba excitado.

Con su destreza peculiar, logró calmarle. Pronto sus preguntas y comentarios le tuvieron explicándoles anécdotas del famoso rey Víctor. Describió vivamente y con cierta amargura, los distintos modos con que el malhechor había burlado a la policía francesa.

Mientras tanto, a despecho del entusiasmo de Lemoine, Virginia presintió que alimentaba algún propósito. El detective les dirigía a un lugar determinado del parque.

Repentinamente, interrumpiendo su relato, Lemoine miró en su derredor. Hallábanse en el punto en que la carretera cruzaba los terrenos antes de perderse, en ángulo agudo, detrás de un macizo de árboles.

Virginia oteó el camino.

—Es la furgoneta de los equipajes. Lleva el de Isaacstein y el de su criado a la estación —dijo.

—¿Sí? —murmuró Lemoine. Se sorprendió al mirar su reloj—. Mil perdones. Me he demorado más de lo que pretendía... Su grata compañía... ¿Creen que ese coche

me transportaría al pueblo?

Puesto en el centro de la carretera, agitó los brazos. El vehículo se detuvo y, tras unas frases explicatorias, Lemoine subió en él. Saludó cortésmente a Virginia y desapareció a toda prisa.

Los dos jóvenes estaban intrigados. Al tomar la furgoneta la curva, una maleta rebotó en el camino. El vehículo no se paró.

—Vamos. Esto es muy interesante —exclamó Virginia—. Esta maleta fue lanzada a la carretera.

—No lo han notado —comentó Bill.

Corrieron hacia la maleta. Al irla a coger, Lemoine apareció a pie, muy acalorado.

—Me vi obligado a descender —explicó—. Me olvidé de algo.

—¿De esto? —preguntó Bill, señalando a la maleta. Era muy costosa, de gruesa piel de cerdo, marcada con las iniciales H.I.

—¡Qué pena! —dijo Lemoine suavemente—. Habrá caído. ¿La retiramos del paso?

Sin atender a su posible opinión en contra, la trasladó a la faja de árboles. Algo brilló en su mano; se abrió la cerradura. Entonces habló en tono diferente, rápido y autoritario.

—El coche no tardará. ¿Se acerca?

Virginia miró hacia la casa.

—No.

—¡Bravo!

Sus ágiles dedos apartaron el contenido de la maleta: pijamas de seda, un surtido de calcetines y una botella con tapa de oro. Se enderezó inesperadamente, desenvolviendo lo que parecía ser un bulto de sedosa ropa interior.

Bill lanzó una exclamación. En el centro del paquete había un pesado revólver.

—Oigo la bocina —avisó Virginia.

Lemoine arregló la maleta como un rayo. Se metió el revólver en el bolsillo, envuelto en un pañuelo. Se volvió a Bill.

—Llévesela. Madame le acompañará. Detenga el automóvil y explique que se cayó del coche. No me mencione.

Bill estaba en la carretera cuando el enorme automóvil llegó. Isaacstein iba en él. El chófer recogió la maleta.

—La perdió la furgoneta. La vimos por casualidad.

El sobresalto en la amarillenta cara del traficante fue espeluznante. El automóvil prosiguió su camino.

Regresaron al lado de Lemoine. Les esperaba con el revólver en la mano, insultantemente satisfecho de sí mismo.

—Fue un tiro al azar, un disparo arriesgado... pero dio en el blanco.

Capítulo XXII

Luz roja

El superintendente Battle se hallaba de pie en la biblioteca de Wyvern

Abbey.

George Lomax, sentado a un escritorio inundado de papeles, fruncía el ceño portentosamente.

Battle había roto el hielo presentando un informe conciso. Desde entonces, la conversación había dependido casi exclusivamente de George. El superintendente respondía con monosílabos a las preguntas de su interlocutor.

En el escritorio, frente a Lomax, estaba el mazo de cartas que Anthony descubriera en su tocador.

—No lo entiendo —se indignó George, tomando el fajo—. ¿Dice que están escritas en clave?

—Sí, mister Lomax.

—¿Dónde las encontró? ¿En el tocador?

Battle repitió literalmente la explicación de Anthony Cade de cómo las había recobrado.

—¿Y se las entregó en seguida? Fue muy laudable. ¿Quién las dejaría

en ese mueble?

Battle sacudió la cabeza.

—Tiene usted la obligación de saberlo —regañó George—. Es tan raro... rarísimo. ¿Qué conocemos de ese Cade? Se presenta como por arte de magia, en situación más que sospechosa y no sabemos nada de él. Personalmente me desagrada. ¿Ha pedido informes acerca de su personalidad?

Battle sonrió pacientemente.

—Telegrafiamos a África del Sur. Su historia ha sido corroborada. Estuvo en Bulawayo con mister McGrath en la fecha que declaró. Anteriormente a su encuentro estaba empleado en Viajes Castle.

—Lo esperaba —dijo George—. Posee la chabacana seguridad que tiene éxito en cierto tipo de trabajos. Volviendo a las cartas, tenemos que hacer algo... algo decisivo.

El prohombre se hinchó como un pavo.

Battle despegó los labios, mas George se le anticipó.

—Y sin más dilaciones. Las cartas ya tendrían que estar descifradas. Veamos quién se encargará de ello. Hay un individuo en el Museo Británico, que es un mago en estas cuestiones. Durante la guerra dirigió el departamento de... ¿Dónde está miss Oscar? Le recordará. Se llama algo parecido a Wyn... Wyn...

—Profesor Wynward... —apuntó Battle.

—¡Exacto! Me acuerdo perfectamente. Telegrafíenle.

—Ya lo hice, mister Lomax. Llegará en el tren de las doce y veinte.

—Muy bien, muy bien. ¡Gracias a Dios! Me libra de un peso. Tengo que ir a la ciudad. ¿Podrá prescindir de mí?

—Sí, señor.

—Haga lo que pueda, Battle, lo que pueda. Estoy muy atareado ahora.

—Bien, señor.

—¿Vino mister Eversleigh con usted?

—Dormía aún. Estuvimos levantados toda la noche, como le dije.

—¡Ah, ya! Lo mismo que yo muchísimas veces. Mi lema es hacer el trabajo de treinta y seis horas en veinticuatro. Envíeme a mister Eversleigh cuando regrese, por favor.

—Le pasaré el recado.

—Gracias, Battle. Comprendo que haya tenido que confiar en él; pero, ¿le parece estrictamente imprescindible complicar también a mi prima, mistress Revel?

—Sí, en vista de que las cartas se firmaron con su nombre.

—¡Es una desfachatez abrumadora! —gritó George con los ojos fijos en el paquete—. Recuerdo al difunto soberano de Herzoslovaquia. Era un hombre encantador, muy débil, hasta la exageración, un juguete en manos de una mujer sin escrúpulos. ¿Tiene alguna teoría de cómo llegaron de nuevo a poder de mister Cade?

—En mi opinión, si la gente no consigue una cosa de un modo, lo prueba de otro.

—Me desconcierta, Battle —dijo George.

—Ese criminal, el rey Víctor, sabe ahora que vigilamos la cámara del consejo. Por consiguiente, nos cede las cartas para que las descifren y encontremos el escondrijo. Después... sufriremos inconvenientes. Lemoine y yo nos cuidaremos de evitarlos.

—Tiene un plan, ¿verdad?

—No me aventuraría a afirmarlo. Lo que tengo es una idea. Las ideas son útiles por lo general.

Poco después el superintendente se despedía de Lomax. Distaba mucho de su propósito confiar plenamente en George. En la carretera se cruzó con Anthony y se detuvo.

—¿Me lleva en coche hasta la casa? —preguntó el joven—. Gracias.

—¿Dónde ha estado, mister Cade?

—En la estación, consultando el horario.

Battle enarcó las cejas.

—¿Piensa abandonarnos de nuevo?

—No —rió Anthony—. ¿Qué le ha pasado a Isaacstein? Llegó en el coche

cuando me iba. Su expresión era la de quien ha recibido un estacazo.

—¿Mister Isaacstein?

—Sí.

—No lo sé. A mi juicio, será difícil trastornarle.

—Coincidimos. Es el hombre de hierro de los negocios.

Battle se inclinó adelante para tocar el hombro del chófer.

—Pare y aguárdeme aquí.

Se apeó precipitadamente del vehículo. Un momento después, Anthony descubría a Lemoine, yendo al encuentro del superintendente.

Hubo un rápido coloquio entre los dos hombres. Battle volvió al coche y mandó al chófer que arrancara.

Su expresión había cambiado radicalmente.

—Han encontrado el revólver —anunció lacónicamente.

—¿Cómo?

Anthony le miró atónito.

—¿Dónde? —añadió.

—En la maleta de Isaacstein.

—¡Imposible!

—Ése fue mi error, olvidarme de que no hay nada imposible —dijo Battle, y reflexionó muy erguido, tabaleando en su rodilla—. Ese Lemoine es muy listo. Le miman en la Sûreté.

—¿Ha arruinado sus teorías?

—No; en el fondo, no —respondió Battle muy despacio—. Ha sido una sorpresa... Casa con una de mis ideas.

—¿Cuál es?

Battle orientó la conversación en otro sentido.

—¿Podría dar un recado de mi parte a mister Eversleigh? Mister Lomax le reclama.

—Se lo daré —dijo Anthony. El coche frenó ante la puerta principal—.

Estará durmiendo.

—No. Véale ahora mismo paseando con mistress Revel.

—Tiene una vista maravillosa, Battle.

Anthony fue a comunicar el encargo. Bill se marchó indignado.

—¡Maldición! —tronó—. ¿Por qué no me dejará en paz ese condenado Lomax? ¿Y por qué los coloniales no se quedan en las colonias? ¿Para qué vienen? ¿Para birlarnos las chicas más guapas? Estoy harto de todo.

Virginia preguntó al retirarse Bill:

—¿Sabe que el revólver...?

—Battle me lo contó —cortó Anthony—. Me ha azorado. Ayer achaqué a los

nervios el apremio de Isaacstein por marcharse. Es la única persona a quien yo no consideraba sospechosa. ¿Qué motivo tendría para liquidar al príncipe Miguel?

—Desde luego, me desconcierta —confesó Virginia.

—Es un rompecabezas —se disgustó Anthony—. Presumiendo de detective, no he hecho sino aclarar la honradez de la institutriz a costa de muchas molestias y no pequeños gastos.

—¿Fue a Francia con ese objeto? —inquirió Virginia.

—Sí. En Dinard importuné a la condesa de Breteuil, esperando enterarme de que jamás había existido una mademoiselle Brun. Se me dio a entender, en cambio, que dicha mujer había sido el puntal de aquel hogar durante siete años. Mi teoría se cae por su propio peso, a menos que la *comtesse* sea una delincuente.

—Madame de Breteuil está por encima de toda sospecha —repitió Virginia—. La conozco bien, y hasta es posible que yo me cruzase con la institutriz en su castillo. Por lo menos recuerdo su rostro de modo vago como nos acordamos de las amas de llaves y de antiguos compañeros de viaje. Nunca me fijo en ellos. ¿Y usted?

—Si son excepcionalmente guapas... —insistió Anthony.

—En este caso... —Virginia enmudeció—. ¿Qué sucede?

Anthony miraba a una persona que, destacándose de unos árboles, se había cuadrado como un militar. Era Boris.

—Perdone —dijo Anthony—. Tengo que acariciar un momento a mi perro.

Se acercó al ayuda de cámara.

—¿Qué quiere?

—Amo... —dijo Boris, haciendo una reverencia.

—Está bien, está bien; pero no debe seguirme. Alarmará a los demás. Boris entregó a Anthony un trozo de papel sucio, procedente sin duda de una carta.

—¿Qué es esto? —exclamó el joven.

El papel no contenía más que una dirección.

—Lo dejó caer —dijo Boris—. Se lo entrego a mi amo.

—¿Quién lo perdió?

—El extranjero.

—¿Por qué me lo trae?

Boris le reprochó con los ojos.

—Bueno, váyase —ordenó Anthony—. Estoy muy ocupado.

Boris saludó, giró rígido sobre los talones y se fue. Anthony buscó a Virginia, metiéndose el pedazo de papel en el bolsillo.

—¿Qué quería? —curioseó ella—. ¿Y por qué le llama su perro?

—Porque se porta como un can. Debió de ser perdiguero en su última reencarnación. Me ha traído un papelito que, según él, perdió el extranjero. Se refería a Lemoine, supongo.

—Al parecer.

—Me sigue como un can, apenas habla y no se apartan de mí sus redondos ojazos. No lo entiendo.

—Tal vez se trata de Isaacstein, que parece extranjero.

—¡Isaacstein! —se impacientó Anthony—. ¿Qué pinta en este asunto?

—¿Se arrepiente de haber mediado en él? —preguntó Virginia.

—¡No, no! Me alegro. La mayor parte de mi vida la he pasado buscando aventuras. Quizás ésta me venga ancha.

—Ya no está en un aprieto.

—Aún no he salido de él.

Anduvieron en silencio.

—Hay gentes que no obedecen a las señales —dijo Anthony—. Una locomotora acorta la marcha o se para con la luz roja. Puede que yo sufra de daltonismo. Las luces rojas no me detienen y ello presagia un desastre, grande y total. Será una desdicha para el tráfico.

Su acento grave impresionó a Virginia.

—¿Se ha aventurado mucho en su vida?

—A todo... menos al matrimonio.

—No sea cínico.

—No lo soy. El matrimonio no es para mí un riesgo, sino la mayor aventura de la existencia.

—Me gusta la frase —aseguró Virginia y se ruborizó.

—Sólo me casaría con un tipo de mujer y de él me aparta todo el mundo. Nuestro criterio sería muy dispar. ¿Qué haría? ¿Me impondría el suyo? ¿Le dictaría el mío?

—Si le amase...

—No sea sentimental, mistress Revel. El amor no es una droga que ciegue y sería lamentable... el amor es más. ¿Qué pensaron el rey y la mendiga a los dos años de casados? ¿No echaría ella de menos sus harapos, sus pies descalzos y su vida despreocupada? Claro que sí. ¿Les hubiera beneficiado que él abdicase? No. No hubiera aprendido a pedir limosna. Y ninguna mujer respeta a su marido si hace mal las cosas.

—¿Se ha enamorado de una pobre, mister Cade? —preguntó delicadamente Virginia.

—Mi caso es inverso, pero el principio es el mismo.

—¿No habrá una solución?

—Siempre la hay —masculló Anthony—. Uno logra lo que se propone cuando paga el precio debido. ¿Y cuál es ese precio el noventa y nueve por ciento de las veces? Un compromiso. Los compromisos resultan desagradables, le asedian a uno al llegar a la madurez. A mí me empieza a ocurrir. ¡Qué diantre! Para conseguir la mujer

de mis sueños sería capaz... sería capaz hasta de aceptar un empleo fijo.

Virginia se rió.

—Me educaron para una carrera, ¿sabe? —continuó Anthony.

—¿Y renunció a ella?

—Sí.

—¿Por qué?

—Fue cuestión de principios.

—¡Oh!

—Es usted una mujer poco común —dijo Anthony volviendo la cabeza para examinarla.

—¿Por qué?

—Porque no hace preguntas.

—Más exactamente, porque no le he preguntado cuál es su carrera.

—En efecto.

Nuevamente anduvieron en silencio. Se aproximaron a la mansión por el lindero de la fragante rosaleda.

—Además es comprensiva —exclamó Anthony—. Sabe cuándo un hombre la ama. No se molestaría ni por mí ni por nadie, pero... ¡Pardiez!, me gustaría conquistarla.

—¿Cree que lo conseguiría? —indagó Virginia en voz baja.

—Seguramente no. Pero sería una hermosa proeza.

—¿Se arrepiente de haberme conocido? —preguntó Virginia.

—No. Es que veo de nuevo la luz roja. Al conocerla en la calle Pont, presentí que comenzaba algo que me ofrecería dolor entre risas. Fue... fue su rostro. En usted hay magia de pies a cabeza, como en otras mujeres, mas nunca topé con una que la tuviera y en tal abundancia. Se casará con un hombre respetable y próspero, y yo reanudaré mi azarosa vida, pero la besaré antes de irme... ¡se lo juro!

—No lo haga ahora. El superintendente nos observa desde la ventana de la biblioteca.

Anthony la miró.

—Es usted un ángel y un diablo al mismo tiempo, Virginia —insinuó con aires de indiferencia.

Y saludó con la mano al policía.

—¿Atrapó muchos criminales esta mañana, Battle?

—Todavía no, mister Cade.

—No pierda la esperanza.

Battle, con agilidad asombrosa en un hombre de su humanidad, saltó a la terraza y llegó hasta ellos.

—El profesor Wynward está ahí dentro —cuchicheó—. Descifra las cartas.

¿Desean verle trabajar?

Su tono fue el del padre que va a exhibir a un niño prodigio. Tras su afirmación mancomunada, les invitó a espiar desde la ventana.

Sentado a una mesa, con las cartas esparcidas y escribiendo en una gran hoja de papel, había un hombre de edad indefinida. Gruñía irritado al mover la pluma y se frotaba de tarde en tarde la nariz hasta que su color rivalizó con el rojo de su pelo.

Alzó el rostro.

—¡Battle! ¿Por qué me importunó? ¿Para descifrar esta chiquillada? Un recién nacido la entendería, un niño de dos años la aclararía. ¿Llama clave a esta paparrucha? Pero, ¡si salta a los ojos!

—Me alegro, profesor —le apaciguó el superintendente—. No todo el mundo es tan inteligente como usted.

—¡No tiene nada que ver con la inteligencia! —gritó Wynward—. ¡Simple rutina! ¿Le escribo todo el paquete? Será largo... Pues, sí; simple aplicación, buena atención y ausencia de inteligencia. Me he dedicado a la redactada en Chimneys, la más importante, según ella. Me llevaré el resto a Londres y se lo pasaré a uno de mis ayudantes. A mí me falta tiempo. Me ha separado usted de una auténtica y excepcional preciosidad.

—Le explicaré a mister Lomax nuestra insignificancia, profesor. Nos bastará con esa carta por ahora. Lord Caterham desea que coma con nosotros.

—Nunca almuerzo; es un mal vicio —rehusó Wynward—. Un plátano y un bizcocho es cuanto un hombre sano y parco necesita al mediodía.

Recogió el gabán que había doblado en el respaldo de una silla. Battle le escoltó a la puerta de la casa. Anthony y Virginia oyeron el coche que se alejaba.

El superintendente volvió, llevando en la mano el papel que el profesor le había entregado.

—Siempre tiene prisa —se excusó Battle—. Es muy listo. He aquí el meollo de la carta. ¿Quieren leerlo?

Virginia tendió la mano y Anthony leyó por encima de su hombro. Recordó que la epístola había sido una queja larga y desesperada. El genio de Wynward la había transformado en una nota directa y práctica.

> *«La operación se efectuó con éxito, pero S. nos engañó. Ha retirado la piedra del escondrijo. No está en su dormitorio. Lo he registrado. Encontré escrito lo siguiente, que creo se refiere a ella: "Richmond, siete rectos, ocho a izquierda, tres a la derecha".»*

—¿S.? —exclamó Anthony—. ¡Ah, claro! Stylpitch. El muy zorro cambió el escondite.

—¿Ocultaría el diamante en Richmond? —rumió Virginia.

—No, se refiere a algo de esta casa —contestó Battle.

—¡Ya lo tengo! —chilló Virginia.

Los dos hombres esperaron anhelantes.

—¡El cuadro de Holbein de la cámara del consejo! Golpearon la pared debajo de él. ¡Es un retrato del conde de Richmond!

—¡Ha dado en el clavo! —dijo Battle, dándose una palmada en el muslo; hablaba con inusitada pasión—. Tenemos un punto de partida. Los ladrones no saben, como nosotros, el significado de las cifras. Las dos armaduras se encuentran debajo del retrato. Su primera impresión fue que el diamante estaba oculto en una de ellas. Las medidas podían ser centímetros. Fracasaron, y su idea siguiente fue que había un pasadizo, una escalera o una habitación secretos. ¿Tiene noticia de ello, mistress Revel?

—Sé, por lo menos, que hay una cámara y un pasillo simulados. Me lo enseñaron en cierta ocasión. Apenas me acuerdo de ellos. Ahí está Bundle; ella nos informará.

Lady Eileen caminaba de prisa por la terraza en su dirección.

—Voy a Londres en el Panhard, después del almuerzo —anunció—. ¿Quién viene conmigo? ¿Usted, mister Cade? Regresaremos antes de la cena.

—Gracias. Soy feliz aquí —respondió Anthony.

—Me tiene miedo —rió Bundle—. ¿Qué le asusta? ¿Mi modo de conducir o mis encantos?

—Lo último, siempre.

—Bundle, ¿existe un pasadizo secreto en la cámara del consejo? —indagó Virginia.

—Sí, uno muy repugnante que, se dice, lleva de Chimneys a Wyvern Abbey. Actualmente está obstruido. No se puede avanzar por él sino unos cien metros. El de la galería blanca es más divertido y la habitación excusada no está mal.

—No nos interesa desde el punto de vista estético —explicó Virginia— ¿Por dónde se entra en el de la cámara?

—A través de un panel. Os lo enseñaré después de la comida.

—Gracias —dijo el superintendente—, ¿Nos citamos para las dos y media?

Bundle enarcó las cejas.

—¿Ladrones? —preguntó.

Tredwell apareció en la terraza.

—El almuerzo está servido, milady —anunció.

Capítulo XXIII

Encuentro en la rosaleda

A las dos y media, y en la cámara del consejo, se congregó un pequeño grupo integrado por Bundle, Virginia, el superintendente Battle, el inspector Lemoine y Anthony Cade.

—No avisaremos a mister Lomax —dijo Battle—. En estos asuntos hay que proceder con rapidez.

—¿Cree que el príncipe Miguel fue asesinado por alguien que penetró por aquí? —preguntó Bundle—. Sería imposible. El otro extremo está tapiado.

—Naturalmente, milady. Buscamos una cosa muy distinta.

—¡Ah! ¿Buscan algo? ¿Desdeñan la historia?

Lemoine hizo una mueca de incomprensión.

—Aclara tus palabras, Bundle —animó Virginia—. Logras hablar de manera ininteligible cuando te lo propones.

—La historia se refiere al diamante que robaron en la remota época de mi infancia.

—¿Quién se lo contó, lady Eileen? —interrogó Battle.

—Hace siglos que lo sé. Un lacayo me lo relató cuando yo tenía doce

añitos.

—¿Un lacayo? —gritó Battle—. ¡Dios mío! Me gustaría que la oyera mister Lomax.

—¿Es uno de los terribles secretos de George? —rió Bundle—. ¡Colosal! Nunca presté crédito al cuento; George es un borrico; no debería ignorar que los criados lo saben todo.

Tocando un resorte oculto bajo el marco del cuadro de Holbein, un entrepaño se hundió crujiendo hacia el interior. Se reveló una tenebrosa abertura.

—Pasen, señoras y caballeros —voceó Bundle en tono melodramático—. ¡Entren, entren! Sólo cuesta tres peniques.

Lemoine y Battle se habían provisto de linternas. Fueron los primeros en internarse en la oscura cavidad.

—Tiene que haber un sistema de ventilación porque el aire es puro —advirtió Battle.

El suelo era de piedra basta; los muros, en cambio, habían sido reforzados con ladrillos. Como Bundle había dicho, el pasadizo no se extendía más allá de cien metros. Lo cortaban cascotes y tierra. Battle comprobó que no había manera de atravesarlo y dijo por encima del hombro:

—Den ustedes media vuelta, por favor. Quise reconocer el terreno. Pronto estuvieron en la entrada.

—Empecemos desde la entrada —propuso el superintendente—. Siete rectos, ocho a izquierda, tres a derecha. Imaginemos que son pasos. Midió cuidadosamente siete pasos y se inclinó a examinar el suelo.

—Aquí ha habido una raya de tiza. Ahora ocho a la izquierda. No serán pasos; no hay espacio suficiente para caminar en fila india.

—Cuente ladrillos —sugirió Anthony.

—Precisamente, mister Cade. Ocho ladrillos desde arriba o desde abajo, a la izquierda. Empezaré a partir del suelo, es más cómodo. Tocó ocho ladrillos.

—Ahora, tres a la derecha. Uno, dos, tres... ¡Eh! ¿Qué es esto?

—Dentro de un instante me pondré a chillar —amenazó Bundle—. ¿Qué es?

Battle hacía palanca en un ladrillo con una navaja. Su vista penetrante había notado que era distinto a todos. A poco lo tuvo en la mano, dejando una pequeña cavidad en la pared. La reconoció con los dedos.

Todos contuvieron el aliento.

Battle retiró la mano, prorrumpiendo en una exclamación de asombro y de cólera.

Los demás le rodearon, mirando sin comprender los tres objetos que les mostraba.

Una cartulina con varios botoncitos de perla, un trozo cuadrado de labor de punto y un pedacito de papel con una hilera escrita con la vocal «e».

—¡Que me parta un rayo! —lanzó Battle—. ¿Qué es esto?

—*Mon Dieu*! —murmuró el francés—. *Ça, c'est un peu trop fort!*

—Pero, ¿qué significa? —balbuceó Virginia.

—Una sola cosa, naturalmente —respondió Anthony—. El difunto conde Stylpitch nos brinda una muestra de su humor que no me hace ni pizca de gracia.

—¿Nos aclarará sus palabras? —se impacientó el superintendente.

—En seguida. Esto es una bromita del conde. Barruntando que su nota había sido leída, preparó este acertijo para reírse de los ladrones, cuando vinieran en busca del botín. Es como el juego de prendas en que uno exhibe un símbolo para que los circundantes adivinen su oficio o su cargo.

—Entonces, ¿tiene un significado?

—Sin duda. Si la pretensión del conde hubiera sido injuriar, habría dejado una tarjeta con la palabra «vendido», el dibujo de un pollino o algo igualmente grosero.

—Un pedazo de labor de punto, unas E mayúsculas y varios botones —rezongó Battle.

—*C'est inoui!* —protestó Lemoine.

—Charada número dos —sonrió Anthony—. ¿La resolvería el propio Wynward?

—¿Cuándo se usó este pasadizo por última vez, milady? —preguntó el francés.

Bundle reflexionó.

—Nadie ha entrado en él desde hace dos años. Enseñamos de preferencia, a los turistas del país y a los estadounidenses, nuestra cámara secreta.

—Es curioso —dijo el francés.

—¿Por qué?

—Por esto. Esta cerilla no lleva aquí más de dos días.

Battle la examinó. Era de madera encarnada y cabeza amarilla.

—¿Se les ha caído a ustedes? —inquirió.

La negativa fue general.

—Hemos visto cuanto había que ver —agregó Battle—. Salgamos.

Todos asintieron. Bundle, que había cerrado el entrepaño, les enseñó cómo se sujetaba desde el interior. Lo abrió y saltó estrepitosamente a la cámara del consejo.

—¡Cáspita! —gritó lord Caterham, incorporándose en el sillón en que dormía la siesta.

—Pobre papá, ¿te he asustado? —se compadeció Bundle.

—Se ha perdido el arte de descansar después de la comida —dijo el marqués—. Dios sabe que esta casa es bastante grande, pero no hay habitación en que se pueda estar en paz. ¡Oh! ¿Cuántos salen de ahí? Me recuerdan las pantomimas de mi niñez en que hordas de demonios surgían de trampas.

—Se presenta el séptimo diablo —anunció Virginia y le acarició el pelo—. No se enfade. Nos entretuvimos en explorar el pasadizo.

—Hoy está en alza —gruñó aún Caterham—. Esta mañana se lo enseñé a Fish.

—¿Cuándo? —preguntó Bundle.

—Antes del almuerzo. Se enteró, no sé cómo, de su existencia. Le mostré éste, estuvo en la galería blanca y en la cámara secreta. Los últimos no le entusiasmaron, antes bien parecieron aburrirle. Pero le obligué a verlos meticulosamente.

Lord Caterham rió entre dientes al rememorar su travesura. Anthony murmuró a Lemoine:

—Salgamos. Quiero hablarle.

Los dos hombres se fueron por el balcón. A conveniente distancia de la casa, Anthony mostró el trozo de papel que Boris le había dado.

—Vea esto. ¿Se le cayó?

Lemoine lo examinó, curioso.

—No, no es mío. ¿Por qué?

—¿Seguro?

—Segurísimo, monsieur.

—¡Caramba! —dijo Anthony, y repitió la explicación del ayuda de cámara.

—No, no se me cayó —reiteró el francés—. ¿Lo encontró en ese grupo de árboles?

—Pues... no me lo dijo. Lo deduje yo.

—Quizás estaba en la maleta de mister Isaacstein. Interrogue a Boris —aconsejó Lemoine, restituyéndole el papel; y añadió después—: ¿Qué sabe de él?

Anthony alzó los hombros.

—Fue el criado de confianza del príncipe Miguel.

—Cerciórese de ello. Consulte, por ejemplo, al barón Lolopretjzyl. Puede que sólo le sirviera unas semanas. Me parece honrado, pero ¡vaya usted a saber! El rey Víctor es muy capaz de transformarse en criado.

—¿Cree que...?

Lemoine interrumpió la pregunta.

—Le seré franco. El rey Víctor me obsesiona, le veo por doquier... Incluso en este instante me digo si la persona que habla conmigo, mister Cade, no será él.

—¡Rayos y truenos! Le compadezco.

—Ni me importa el diamante ni me importa el asesinato del príncipe. Mi colega de Scotland Yard aclarará esos misterios. Yo estoy en Inglaterra con un único, con un exclusivo propósito: capturar al rey Víctor y conseguir pruebas de sus delitos.

—¿Lo logrará? —inquirió Anthony, encendiendo un cigarrillo.

—Yo qué sé —contestó Lemoine con inesperado desaliento.

—¡Hum!

En la terraza, cerca del balcón, el superintendente Battle les aguardaba impasible.

—¡Pobre Battle! Vamos a animarle —dijo Anthony, e hizo una pausa— Es usted un pájaro raro, Lemoine.

—¿Por qué?

—Porque no tomó nota de la dirección que había en el papel, cuya importancia resulta imposible adivinar.

Lemoine le miró a los ojos un segundo antes de enseñar sonriendo el blanco puño de su camisa. En él había escrito: «Hurstmere, Langly Road, Dover».

—Me excuso y me retiro vencido —murmuró Anthony.

Fue al encuentro del superintendente.

—Está usted muy pensativo, Battle —dijo a modo de saludo.

—Y no sin causa, mister Cade.

—Lo imagino.

—Los indicios no encajan.

—No se atormente, Battle —aconsejó Anthony—. Si recibe un descalabro, podrá arrestarme. No se olvide de mis huellas condenatorias.

El superintendente no sonrió.

—¿Tiene enemigos en esta mansión, mister Cade?

—El tercer criado me desprecia como lo demuestra su olvido de ofrecerme las verduras. ¿Por qué?

—He recibido anónimos o, más bien, uno.

—¿Acusándome?

Battle alargó a Anthony un papel común en el que una mano torpe había escrito:

«Vigile a mister Cade. No es lo que aparenta»

Anthony se rió.

—¿Eso es todo? Alégrese, Battle. Soy un rey disfrazado.

Se introdujo en el edificio, silbando levemente. En su habitación, una vez cerrada la puerta, su semblante cambió. Endurecióse. Sentóse en el borde de la cama y fijó la mirada en el suelo.

—La situación se complica —dijo para sí—. Hay que hacer algo. ¡Qué embarazoso!...

Fue a la ventana. Miró distraído por ella y poco a poco, mientras sus ojos se centraban en un punto, su rostro se despejó.

—¡Claro! —gritó—. ¡La rosaleda! ¡Eso es! ¡La rosaleda!

Bajó de prisa y salió al jardín. Se acercó a los rosales describiendo un rodeo. La rosaleda tenía una puertecilla a ambos extremos. Utilizando la más alejada del edificio, se dirigió al reloj de sol que estaba, sobre un cerrillo, en el centro exacto del jardín.

Anthony se paró sorprendido frente a otro ocupante de la rosaleda, cuyo asombro igualó al suyo.

—¿Le interesan las rosas, mister Fish?

—Muchísimo, caballero.

Se observaron como antagonistas que miden sus fuerzas.

—A mí también —continuó Anthony.

—¿Sí?

—Me enloquecen.

Sonrieron al unísono. La tensión pareció alejarse.

—Mire ésta —invitó mister Fish, indicando un soberbio ejemplar—. Creo que es una Madame Abel Chatenay; sí, lea la tablilla. Esta rosa blanca se llamaba antes de la guerra Frau Carl Drusky; ahora la han rebautizado. Es tan sensitiva como patriótica. Ésta, La France, será siempre popular. ¿O prefiere las rojas, mister Cade? Una rosa escarlata...

La lenta voz del estadounidense fue interrumpida por otra. Bundle se inclinaba en una ventana del primer piso.

—¿Le llevo a la ciudad, mister Fish? —propuso la joven—. Me voy ahora mismo.

—Muchas gracias, lady Eileen, pero me divierto mucho aquí.

—¿No cambia de pensamiento, mister Cade?

Anthony rió meneando la cabeza. Bundle se apartó de la ventana.

—Prefiero dormir —remachó Anthony, y sacó un cigarrillo—. Por favor, ¿me da una cerilla?

Mister Fish le alargó la caja. Anthony se la devolvió después de coger un fósforo.

—Las rosas son muy bellas —continuó—. Sin embargo, esta tarde no me entusiasma la jardinería.

Un rugido sonó frente al edificio.

—Un coche muy poderoso. ¡Ahí va!

Un automóvil se deslizó por la recta alameda.

Anthony bostezó y se encaminó a la casa. Una vez en el interior, corrió a lo largo del vestíbulo, saltó por una ventana del fondo y se movió aceleradamente a través del parque. Sabía que Bundle tendría que describir una amplia curva hacia la verja de la mansión.

Fue una carrera alucinante, contra el tiempo. Llegó al muro de los terrenos en el mismo instante en que el coche desembocaba en la carretera.

—¡Eh! —gritó.

Bundle casi se salió de la calzada, presa de asombro. Logró frenar sin accidente. Anthony se sentó a su lado.

—La acompaño a Londres. Lo ansié desde que me invitó.

—¡Oh, hombre extraordinario! —profirió Bundle—. ¿Qué esconde?

—Una cerilla.

Anthony la estudió. Era encarnada, de cabeza amarilla. La guardó con sumo cuidado en uno de sus bolsillos.

Capítulo XXIV

La casa de Dover

—¿Le importará que acelere? —preguntó Bundle al cabo de unos minutos—. He salido más tarde de lo que me proponía.

Anthony había pensado que iban ya a gran velocidad. Pronto averiguó que era una marcha de caracol, comparado con la que la joven podía sacar del gran Panhard.

—Algunas personas —explicó Bundle, aflojando el pie al cruzar el pueblo— se asustan de mi modo de conducir. Mi padre, por ejemplo, se niega a acompañarme.

Anthony se dijo que el temor de lord Caterham era lógico. Un caballero nervioso y pacífico consideraría aquello más como un suicidio que como un deporte.

—Pero usted no se amilana —continuó Bundle, tomando una curva sobre dos ruedas.

—La vida me ha endurecido —contestó Anthony, y agregó—: Y tengo
prisa.

—¿Aumento la velocidad? —inquirió, cortés, Bundle.

—No; por favor, no —se apresuró a responder Anthony—. Rozamos los ochenta por hora.

—Me pica la curiosidad el motivo de su repentina marcha —dijo lady Eileen, tras ejecutar con el claxon una sinfonía que ensordeció a los campesinos de la comarca—. ¿Le ofendería que se lo preguntase? ¿Huye de la justicia?

—No lo sabré hasta dentro de poco.

—El superintendente no es tan tonto como parece.

—Battle es un genio.

—¿Por qué no ingresa en la carrera diplomática? —se quejó Bundle—. Habla menos que una ostra.

—¡Y yo que me creía locuaz!

—¡Oh! ¿Se fuga con mademoiselle Brun?

—Mi desesperación no es tan sublime —exclamó Anthony con fervor. Durante unos minutos, Bundle se dedicó a alcanzar y dejar atrás a media docena de automóviles.

—¿Cuánto hace que conoce a Virginia? —preguntó súbitamente.

—La respuesta es difícil —dijo, veraz, Anthony—. No la veo a menudo, aun cuando me parece que nos conocemos desde hace muchos años.

—Virginia, a pesar de su charla intrascendente, no tiene un pelo de tonta —afirmó Bundle secamente—. En Herzoslovaquia fue un fenómeno. Tim Revel habría triunfado en su carrera, gracias, sobre todo, a ella. Virginia luchó a brazo partido por

él, hizo cuanto pudo en su favor y... sé por qué.

—¿Porque le amaba? —apuntó Anthony, mirando al frente.

—No... porque no le amaba, ¿entiende? Precisamente por ello trabajó tanto... para compensarle. Virginia es así, leal y recta. No, no amó a Tim Revel.

—Está usted muy segura —dijo Anthony, volviendo a mirarla.

Las pequeñas manos de Bundle atenazaban el volante y sobre ellas su barbilla sobresalía agresiva.

—Estoy al corriente de varias cosas. En la época de su boda, siendo una chiquilla, me enteré de ellas. Tim la adoraba... Era un irlandés muy atractivo, con una enorme facilidad de expresión. Virginia contaba dieciocho años. Dondequiera que fuese se le aparecía Tim, desesperado, pintoresco, jurando que se levantaría la tapa de los sesos o se daría a la bebida si no se casaba con él. Los adolescentes creen o creían en tales patrañas, y Virginia se emocionó de la pasión que inspiraba. Se casó, pues, con él, y se portó como un ángel. No lo hubiera sido si le hubiera amado. En la composición de un carácter hay una buena dosis de impulsos infernales. Y en Virginia hay una parte de demonio. Ahora, gustándole la libertad, será arduo persuadirla que contraiga un nuevo matrimonio.

—¿Por qué me explica esa vieja historia?

—¿No le interesa la vida de su prójimo?

—Sí, me interesa.

—Virginia no le contaría la suya. Créame, es tan hechicera, que gusta incluso a las mujeres. Asimismo —concluyó Bundle, con oscura intención—, hay que jugar limpio.

—¡Oh, ciertamente! —afirmó Anthony.

Interesado, sin imaginar por qué Bundle le había proporcionado aquella información gratuita, se alegró del diálogo.

—¡Los tranvías! —suspiró lady Eileen—. Ahora habré de ir despacio.

—Le doy mi pésame —sonrió Anthony.

Su concepto y el de Bundle sobre la cautela automovilística no coincidieron. Llegaron a Oxford Street, mientras los suburbios retemblaban aún de indignación.

Bundle miró su reloj.

—Nos hemos movido de prisa, ¿verdad?

Anthony asintió fervientemente.

—¿Dónde se apea?

—En cualquier sitio. ¿Por dónde va?

—Por Knightsbridge.

—Déjeme entonces en Hyde Park Corner.

—Adiós —se despidió Bundle, en el punto indicado—. ¿Regresamos juntos?

—Volveré por mis propios medios, gracias.

—Le he asustado —murmuró Bundle.

—No recomendaré a ancianas nerviosas que vayan con usted, pero me he divertido. La última vez que me vi en un aprieto parecido fue ante una carga de elefantes salvajes.

—Me disgusta su grosería. No nos estrellamos.

—Le agradezco su circunspección.

—Los hombres son unos fanfarrones. Se las dan siempre de valientes.

—Me voy humillado —dijo Anthony.

Bundle le saludó con la mano. Anthony tomó un taxi y ordenó al chófer que le llevase de prisa a la estación Victoria.

En ella, despedido el taxi, inquirió cuál era el próximo tren para Dover. Uno acababa de partir.

Resignándose a esperar una hora, Anthony se paseó reflexionando. En un par de ocasiones, no obstante, levantó impaciente la cabeza.

El viaje hasta Dover fue anodino. Salió de la estación y tornó a ella. Preguntó dónde estaba Hurstmere.

La Langly Road era extensa y se prolongaba allende la ciudad. Le informaron que Hurstmere era la casa del extremo. Anthony anduvo sin descanso, frunciendo el ceño. No obstante, y como siempre que se avecinaba un peligro, sentía una gran ligereza física y espiritual.

Hurstmere se hallaba retirada de la carretera, en medio de sus jardines, descuidados y macilentos. El edificio, pensó Anthony, llevaba varios años deshabitado. La gran verja herrumbrosa estaba entreabierta y el nombre de la casa se leía con dificultad en el pilar.

—Buen sitio... Desamparado, solitario —apreció Anthony a media voz.

Oteando la carretera que estaba desierta, se internó en un herboso jardín. A los pocos metros se detuvo a escuchar. Desde allí no se oía ningún ruido en la casa, todavía lejos de él. Algunas hojas cobrizas se desprendieron de los árboles y se acumularon sobre las que tapizaban el suelo con un roce siniestro. Anthony se sobresaltó.

—Hasta hoy no supe lo que eran nervios —murmuró sonriendo.

Recorrió la calzada hasta la curva, donde se emboscó en la maleza y anduvo invisible hasta el edificio. Se paró de nuevo, espiando entre las ramas. Un perro ladraba en lontananza, pero era otro el origen del ruido que había percibido.

No le había engañado la agudeza de sus sentidos. Un hombre rechoncho y robusto, de aspecto extranjero, salió de una esquina, siguió andando y desapareció pronto por la opuesta.

—Un centinela —susurró Anthony—. No se fían.

Echó a andar tras él. El muro de la casa quedó a su derecha. Una amplia mancha

de luz se proyectaba en la arena y se oían varias voces masculinas.

—¡Qué imbéciles! —exclamó Anthony—. Les convendría un susto.

Se dirigió agachado a la ventana. Poco a poco, infinitamente prudente, levantó la cabeza hasta el ras del alféizar.

Media docena de individuos rodeaban una mesa. Cuatro de ellos, corpulentos, de pómulos sobresalientes y ojos sesgados, pertenecían a la raza magiar. Los otros dos eran esmirriados, de ademanes fugaces. Hablaban en francés, los cuatro primeros con una entonación gutural e incierta.

—¿Cuándo vendrá el jefe? —bramó uno.

Uno de los hombrecillos encogió los hombros.

—Está al caer.

—Ya es hora —gruñó el primero de los conversadores—. No conocemos a vuestro jefe, pero... ¡Esta inútil espera nos ha impedido efectuar empresas gloriosas!

—¡Idiota! —vociferó el hombrecillo—. ¿Sería glorioso caer en las redes de la policía? Eso es lo que esperaba. ¡Gorilas!

—¡Ah! —rugió otro hombretón—. ¿Insultas a los Camaradas? Pronto estamparé el símbolo de la Mano Roja en tu pescuezo.

Se incorporó a medias. Uno de sus compañeros tiró de él hacia la silla.

—Trabajamos juntos. Renunciad a las peleas —ordenó—. Sé que ese rey Víctor castiga la indisciplina.

Anthony se escondió detrás de un matorral. Los pasos del centinela sonaban en la oscuridad.

—¿Quién va? —preguntaron desde la casa.

—Soy Carlo.

—Bien. ¿Y el prisionero?

—Empieza a recobrar el conocimiento. Se resiente del golpe.

Anthony se alejó.

—¡Qué hatajo de fantoches! —murmuró—. Discuten al pie de la ventana abierta y Carlo ronda como un elefante borracho y miope como un murciélago. Y herzoslovacos y franceses la van a emprender a golpes. El cuartel del rey Víctor parece una jaula de loros. Me complacería administrarles una lección.

Se paró irresoluto. Sobre su cabeza sonó un gemido.

Anthony miró a lo alto. Repitióse la queja.

Carlo tardaría algo en completar la ronda. Anthony asió la enredadera y se encaramó por ella hasta el hueco de una ventana. Estaba cerrada. La forzó mediante una minúscula herramienta que llevaba en el bolsillo.

Escuchó, antes de saltar a la habitación como una sombra. En la penumbra, vio un lecho en un rincón y un bulto humano encima de él.

Anthony enfocó la linterna hacia el rostro de la figura. Era una cara extranjera,

pálida y demacrada, cuyo cráneo rodeaban varias vendas.

El hombre estaba atado de pies y manos. Contempló atontado al intruso, para él un desconocido.

Al inclinarse sobre él, un chasquido hizo que Anthony se volviera, alargando la mano hacia el bolsillo de la chaqueta.

Una orden perentoria le inmovilizó.

—Manos arriba, hijito. ¿Le sorprende? Tomamos el mismo tren en la estación Victoria.

Era, ni más ni menos, mister Hiram P. Fish quien estaba en la puerta. Sonreía. Su diestra aferraba una enorme automática.

Capítulo XXV

Martes por la noche en Chimneys

El marqués, Virginia y Bundle, la noche del martes, treinta horas después de la sensacional desaparición de Anthony, charlaban en la biblioteca.

Bundle repitió por séptima vez las palabras que el joven pronunciara en Hyde Park Corner.

—«Volveré por mis propios medios» —citó pensativa Virginia—. No esperaba tardar tanto. Y sus cosas están en su dormitorio.

—¿Te dijo dónde iba?

—No, no me lo dijo —respondió Bundle.

El silencio siguiente persistió hasta que lord Caterham comentó:

—Un hotel ofrece, sin duda, algunas ventajas sobre una casa particular.

—¿Por qué?

—Porque en las habitaciones hay un aviso que dice, más o menos: «Los clientes han de comunicar su partida antes del mediodía». Virginia sonrió.

—Tal vez sea anticuado e irrazonable —prosiguió el marqués—. La moda actual impone entrar y salir de los hogares lo mismo que si fuesen hoteles... ¡Independencia completa, manutención gratuita!

—¡Qué gruñón! —regañó Bundle—. Nos tienes a Virginia y a mí. ¿Qué más pides?

—Nada más, nada más —aseguró Caterham atropelladamente—. No me quejo más que en términos amplios. Le intranquiliza a uno. Reconozco que hemos disfrutado de veinticuatro horas ideales. Paz, paz perfecta, sin robos, ni asesinatos, ni detectives, ni estadounidenses. Sólo lamento que el temor de perderla no me haya permitido gozar de ella. No he hecho más que repetirme: «Éste o aquél comparecerán dentro de un minuto». Y el pensamiento me ha aguado el placer.

—Tu preocupación ha sido vana —objetó Bundle—. Nos han dejado solos, nos han descuidado de modo insultante. También es rara la marcha de Fish. ¿Te comunicó su destino?

—No me dijo ni media palabra. Le vi ayer, por última vez, en la rosaleda, consumiendo uno de sus apestosos cigarros. Después se fundió en el paisaje.

—Le habrán secuestrado —supuso, esperanzada, Bundle.

—Dentro de un par de días, Scotland Yard pescará su cadáver en el lago —gimió su padre—. Me está bien empleado. Un hombre de mi edad debería hallarse en el extranjero, renunciando a mediar en los maquiavélicos proyectos de George Lomax y...

Le interrumpió Tredwell.

—¿Qué quiere? —se enfadó Caterham.

—Milord, el detective francés desea que le reciba.

—¿Qué dije? —estalló el marqués—. Tanta dicha tenía que ser efímera. Verán cómo ha descubierto el cuerpo de Fish doblado en una pecera.

El mayordomo le orientó respetuosamente hacia lo real.

—¿Le anuncio que le recibe, milord?

—Sí, sí. Tráigale.

Tredwell se fue. Regresó casi inmediatamente.

—Monsieur Lemoine —dijo.

El francés entró a buen paso. Su modo de andar, más que su semblante, reveló su excitación.

—Buenas noches, Lemoine —saludó el marqués—. Beba lo que quiera.

—No, gracias —el francés inclinó el cuerpo ante las damas—. He progresado al fin. Creo obligación mía notificarle los descubrimientos, los graves descubrimientos que he efectuado en el transcurso de las últimas veinticuatro horas.

—Olí que sucedía algo —dijo Caterham.

—Milord, ayer tarde un huésped suyo se fue de esta mansión. Desde un principio sospeché de él. He ahí un hombre que, dos meses atrás, se hallaba en África. ¿Y antes? ¿Dónde estuvo?

Virginia emitió una exclamación apagada. El detective pareció titubear al oírla. Pero continuó:

—¿Dónde estuvo antes? Nadie lo sabe. Se parece mucho al hombre que persigo; es alegre, audaz, inquieto, dispuesto a cualquier cosa. Envié cable tras cable sin obtener informes de él. Hace diez años estaba en Canadá, pero desde entonces... silencio. Mis sospechas se reforzaron. Un día recogí un trozo de papel del sitio en que había estado. Llevaba las señas de una casa de Dover. Más tarde, como por descuido, lo dejé caer. Por el rabillo del ojo vi que Boris, el herzoslovaco, se lo entregaba. Siempre imaginé que Boris era emisario de los Camaradas de la Mano Roja, que, en el caso presente, trabajaban con el rey Víctor. ¿Qué haría Boris si reconociera a su jefe en mister Anthony Cade? Lo que hizo, claro está. ¿Por qué había de ponerse al servicio de un desconocido?

»Pero casi me desarmó que Anthony Cade me preguntase si se me había caído el mismo trocito de papel. Casi, digo; no del todo. Porque el acto podía implicar o que era inocente o que era muy astuto. Negué, claro, que fuese mío. Entretanto, pedí noticias que hasta hoy no me han llegado. La casa de Dover, desierta, estuvo ocupada hasta ayer por un grupo de extranjeros. Era el cuartel del rey Víctor. Observen lo ocurrido. Ayer por la tarde mister Cade se fue de aquí sin explicaciones. Debió de comprender, desde que se le cayó el papel, que el juego había terminado. Llega a

Dover y la banda se dispersa. Ignoro cuál será su próximo acto. Lo único que queda bien sentado es que mister Anthony Cade no volverá a Chimneys; pero el rey Víctor no renunciaría así como así a apoderarse del diamante y... ¡y entonces le capturaré!

Virginia fue hasta la chimenea, desde donde habló con voz fría y vibrante como el acero:

—Ha pasado por alto un hecho, mister Lemoine. Mister Cade no fue el único huésped que desapareció ayer en circunstancias anormales.

—¿Es que...?

—Sus deducciones pueden aplicarse igualmente a otra persona. ¿Qué le parece mister Fish?

—¡Bah!

—Sí, mister Fish. ¿Fue usted o no quien informó que el rey Víctor estuvo en los Estados Unidos antes de venir a Inglaterra? Ciertamente, mister Fish trajo una carta de presentación de un personaje harto conocido, pero eso sería una bicoca para un hombre de la habilidad del rey Víctor. Desde luego, no es lo que pretende. Lord Caterham ha comentado que jamás habla cuando se trata de las ediciones príncipe que tanto le interesan. Y no es éste el único hecho misterioso en lo que le concierne. La noche del asesinato, la luz de su cuarto se encendió; la de los hechos de la cámara del consejo, le descubrí en el jardín completamente vestido... Él pudo perder el papel. Usted no vio que se le cayera a mister Cade. Éste quizás haya ido a Dover... a investigar, tal vez le hayan secuestrado... En suma, y a mi juicio, la conducta de mister Fish resulta más extraña que la de mister Cade.

—Sí, madame, desde su punto de vista —exclamó Lemoine—. No lo discuto. Hasta confieso que mister Fish no es lo que parece.

—Pues...

—Pues la situación no varía. Madame, mister Fish es agente de la agencia Pinkerton.

—¿Cómo? —gritó Caterham.

—Sí, milord. Vino tras las huellas del rey Víctor. El superintendente Battle y yo hace tiempo que lo sabemos.

Virginia se sentó poco a poco. Aquellas palabras habían demolido el edificio que había construido tan cuidadosamente.

—Nos reunimos aquí, creyendo, y los hechos parecen darnos la razón, que el rey Víctor perdería su libertad en Chimneys —añadió Lemoine.

Virginia rió de pronto.

—Aún no le han cogido.

Lemoine la contempló.

—¿Y su famoso ingenio para burlar a la justicia?

La cólera oscureció la faz de Lemoine.

—En esta ocasión será muy distinto —masculló entre dientes.

—Es un hombre muy atractivo —terció Caterham—. Pero, Virginia, ¿no era un antiguo amigo suyo?

—Por ello creo que el señor Lemoine se equivoca —dijo la joven.

Sus ojos se encontraron con los del detective.

—El tiempo dirá, señora.

—¿Afirma que él mató al príncipe Miguel? —preguntó Virginia.

—Sí.

—¡Oh, no! —replicó Virginia—. ¡No! Estoy convencida de que Anthony no asesinó a Miguel.

Lemoine la observaba.

—Tal vez acierte usted, madame. Existe la posibilidad... Boris pudo excederse y disparar el revólver. El príncipe pagó quizá con ello algún acto cruel e injusto.

—Sí, parece un criminal —convino el marqués—. Las criadas gritan, me han dicho, cuando se encuentran con él en los pasillos.

—Me voy —dijo Lemoine—. Tenía la obligación de informarle, milord.

—Muchas gracias. ¿No bebe? Como guste. Buenas noches.

—Aborrezco a ese hombre, su barbita y sus gafas —chilló Bundle al cerrarse la puerta detrás del francés—. ¡Ojalá Anthony se ría de él! Me divertiría verle bailar de furia. ¿Y tú, Virginia?

—Yo me voy a la cama. Estoy fatigada.

—Voto por ello —dijo Caterham—. Son las once y media.

Virginia atravesó el vestíbulo en el momento en que un torso hercúleo se marchaba discretamente por una puerta lateral.

—¡Superintendente! —llamó imperiosa.

Battle volvió de mala gana sobre sus pasos.

—¿Mistress Revel?

—Lemoine nos ha visitado. Dice... ¿Es verdad que mister Fish es un detective?

—Sí.

—¿Lo supo usted desde el principio?

Battle inclinó la cabeza. Virginia fue hacia la escalinata.

—Gracias.

Hasta entonces se había negado a creerlo. ¿Y en aquel instante...? Sentada a su tocador, se enfrentó con la cuestión. Todas las palabras de Anthony resurgieron, llenas de sentido, en su memoria.

—¿Cuál sería la «carrera» de que había hablado? ¿La «carrera» a la que había renunciado?

Un ruidillo la distrajo de su meditación. Su reloj de oro señalaba algo más de la una. Sus reflexiones habían durado dos horas aproximadamente.

Repitióse el ruido. Sonaba en el vidrio del balcón. Virginia lo abrió. Abajo, en el sendero, había un hombre alto, agachado para recoger más piedrecillas.

El corazón de Virginia se desbocó... A continuación reconoció la línea, ruda, maciza, vigorosa, del herzoslovaco Boris.

—¿Qué quiere? —preguntó impaciente.

—El señor me envía —respondió Boris en un murmullo, que, no obstante, ella oyó claramente.

—¿Para qué?

—Debo conducirla hasta él. Ahora le lanzo su billete.

Un papel, lastrado con una piedra, cayó a los pies de Virginia, que se había apartado de la ventana. Desdobló y leyó:

«Querida: Estoy en un apuro, pero saldré adelante. Si confía en mí, acuda a mi lado»

Virginia, inmóvil, releyó varias veces aquellas frases. Miró, como si la descubriera entonces, la lujosa alcoba. Nuevamente se asomó a la ventana.

—¿Qué debo hacer? —indagó.

—Los detectives están en la otra parte de la casa, en el exterior de la cámara del consejo. Baje usted y salga por esta puerta. La espero. Un coche nos aguarda en la carretera.

Virginia cambió su salto de cama por un vestido marrón claro de género de punto y se puso un sombrerito de piel del mismo color.

Escribió una nota destinada a Bundle y la clavó en la almohada.

Descendió y tiró de los cerrojos de la puerta lateral. Vaciló un segundo, pero con el mismo aire de reto que sus antepasados en las Cruzadas, salió al jardín.

Capítulo XXVI

El 13 de octubre

A las diez de la mañana del miércoles, 13 de octubre, Anthony preguntó en el mostrador de recepción del hotel Harridge por el barón Lolopretjzyl, que ocupaba en él una serie de habitaciones.

Tras una espera decorosa y solemne, el joven fue conducido a dichas habitaciones. El barón se hallaba en el centro de la alfombra y el pequeño capitán Andrassy, igualmente correcto, aunque más hostil, estaba asimismo presente.

Hubo las reverencias, taconazos y las palabras de etiqueta reglamentaria. A aquellas alturas, el visitante ya dominaba la rutina.

—Perdone mi extemporánea aparición, caballero —dijo Anthony, depositando sombrero y bastón en una mesita—. Me obliga a importunarle una oferta...

—¡Ah! —exclamó el barón.

El capitán Andrassy, que no se había rehecho de la desconfianza que el joven le inspiraba, arrugó el ceño.

—Los negocios se fundan en la bien conocida ley de la oferta y la demanda —prosiguió Anthony—. Uno tiene algo que otro hombre desea. Cabe únicamente discutir el precio.

El barón indicó en silencio que atendía.

—No habrá chalaneos entre un aristócrata herzoslovaco y un caballero inglés —agregó rápidamente Anthony.

Le ruborizó emplear aquellas frases, que sonaban forzadas en labios británicos, pero cuyo efecto en la mentalidad del barón ya había podido experimentar. En efecto, el ensalmo tuvo éxito.

—Desde luego, desde luego —concedió el barón meciendo la cabeza. El capitán Andrassy perdió en parte su rigidez y le imitó.

—Pues bien; no me andaré por las ramas... —continuó Anthony.

—¿Qué es eso? —interrumpió el barón—. ¿Andarse por las ramas? No le comprendo.

—Es una metáfora, señor barón. O sea: usted posee mercancías que yo necesito o viceversa. El barco está aparejado, pero le falta el piloto o, si lo prefiere, el partido monárquico de Herzoslovaquia carece de jefe visible. En la actualidad no tiene la pieza fundamental de su programa político... Supongamos, sólo supongamos, que yo le suministro un príncipe...

—No le entiendo lo más mínimo —declaró el barón, y sus ojos se desorbitaron.

—¿Nos insulta, caballero? —preguntó el capitán, atusándose el bigote con

fiereza.

—¡Dios me libre! —exclamó Anthony—. Procuro ayudarles, mediante la oferta y la demanda, limpia y justamente. Véase la marca de fábrica: el príncipe será auténtico. Podrá comprobarlo si se aviene a condiciones.

—Ni lo más mínimo le comprendo yo —declaró de nuevo, en su peor inglés, el barón.

—En el fondo no importa sino que se acostumbre a la idea —aseveró Anthony—. En términos vulgares diría que escondo algo en el bolsillo. Si necesita un príncipe, y su necesidad es real, yo le proporcionaré uno, bajo determinadas condiciones.

El barón y el capitán le observaban atónitos. El joven recobró su bastón y su sombrero y se dispuso a partir.

—Reflexionen. Mi querido barón, le suplico otra cosa... que venga esta noche a Chimneys con el capitán Andrassy. ¿Acepta la cita? ¿Nos veremos a las nueve en la cámara del consejo? Gracias, caballeros. Confío completamente en su asistencia.

El barón avanzó una zancada para mirarle de hito en hito.

Anthony le respondió con una firme mirada y una nota extraña en la voz:

—Barón, al concluir la noche, reconocerá que hablo en serio.

Hizo una reverencia y se fue.

Su diligencia siguiente fue presentar su tarjeta en las oficinas de mister Herman Isaacstein.

Le recibió, tras previa espera, un alto empleado, pálido y exquisitamente vestido, de atractiva sonrisa, que exhibía un título militar.

—¿Desea ver a mister Isaacstein? Esta mañana está muy atareado. ¿En qué puedo servirle?

—Debo verle —insistió Anthony, y agregó displicente—: Vengo con tal propósito desde Chimneys.

La mención de la famosa finca campestre obró el milagro.

—¡Oh! Le informaré de su presencia.

—Insista en que es importante.

—¿Le envía lord Caterham?

—Algo por el estilo. Es imperativo que vea de inmediato a mister Isaacstein.

Un par de minutos más tarde, Anthony entraba en un suntuoso despacho, del que le impresionaron sobre todo el inmenso tamaño y la comodidad de los sillones.

De uno de ellos se levantó Isaacstein para recibirle.

—Le ruego que perdone mi intromisión —se excusó Anthony—. No abusaré del tiempo de un hombre tan ocupado como usted. Me trae, ¿cómo no?, un pequeño negocio.

Isaacstein le contempló un rato.

—Tome un cigarro —declaró de pronto tendiéndole una caja abierta.

—Gracias. Pensemos en la situación de Herzoslovaquia —propuso Anthony, aceptando una cerilla—. El asesinato del príncipe Miguel habrá ocasionado bastante trastorno en aquel Estado.

Isaacstein alzó una ceja, profirió una exclamación interrogativa y alzó la vista al techo.

—El petróleo es un líquido maravilloso —continuó Anthony, desviando los ojos hacia la brillante superficie del escritorio.

El financiero se impacientó.

—¿Por qué no habla claro, mister Cade?

—Aceptaré la insinuación. Mister Isaacstein, ¿le disgustaría que esas concesiones petrolíferas beneficiasen a otra Compañía?

—¿Qué me propone?

—Un aspirante al trono que simpatiza con Inglaterra.

—¿De dónde lo sacará?

—Ese problema es cosa mía.

Isaacstein sonrió. Mas sus ojos eran duros y calculadores.

—¿Auténtica materia prima? Me enfurecería una broma.

—Materia de primera calidad.

—¿Palabra?

—Palabra.

—Le creo.

—No me ha costado convencerle —dijo Anthony.

—¿Habría llegado a mi actual posición si no supiera cuándo un hombre dice la verdad? —preguntó Isaacstein con sencillez— ¿Qué condiciones exige?

—Las mismas, el mismo préstamo que ofreció al príncipe Miguel.

—¿Y para usted?

—De momento sólo tiene que ir esta noche a Chimneys.

—Imposible —repuso Isaacstein con bastante energía.

—¿Por qué?

—Tengo un banquete importante.

—Pues no irá a él... en su propio beneficio.

—¿Cómo?

Anthony le miró a la cara.

—¿Sabe que han descubierto el revólver que mató a Miguel? ¿Sabe dónde lo encontraron? En su maleta.

—¿Eh?

Isaacstein saltó de su butaca. El temor contrajo su faz.

—¿Qué dice?

—En seguida se lo explico.

Anthony expuso los hechos concernientes al hallazgo del arma. Los labios del financiero temblaron con un horror que se extendió por todo su rostro.

—¡Es falso! —chilló al terminar Anthony—. Nunca lo vi. No sé nada de él. ¡Es una conjuración!

—Cálmese —demandó el joven—. Pronto demostrará su inocencia.

—¿Cómo? ¿Cómo la probaré?

—En su caso, yo me presentaría en Chimneys esta noche.

—¿Me lo aconseja? —preguntó Isaacstein en tono de duda. Anthony le susurró unas frases en el oído. El financiero se desplomo contra el respaldo de la butaca.

—¿Acaso...?

—Compruébelo usted mismo —dijo Anthony.

Capítulo XXVII

Aquella noche

El reloj de la cámara del consejo dio las nueve.

—Llegarán ahora —suspiró lord Caterham—. Y llegarán como los perros falderos agradecidos, meneando la cola...

Entraron el barón y el capitán.

—El bohemio con el mico —murmuró el marqués—, célebre en las ferias...

—Eres injusto con el barón —protestó Bundle, que era el recipiente de tales confidencias—. Me dijo que te consideraba el dechado de la hospitalidad británica entre la *haute noblesse*.

—Pronuncia siempre frases altisonantes. Por ello es tan fatigoso hablar con él. Mi instinto hospitalario empieza a romperse. En cuanto me sea posible, alquilaré Chimneys a un estadounidense emprendedor y me iré a vivir a un hotel. En ellos, al menor tropiezo, se pide la cuenta y se marcha uno.

—¡Vamos, vamos! Te has librado de mister Fish.

—¡Claro! Como me divertía... —replicó el marqués, que estaba de humor contradictorio—. Tu pretendiente ha tenido la culpa. ¿Por qué convierte mi hogar en un círculo político? ¿Por qué no se establece en cualquier finca rural y se harta de charlar en ella?

—El ambiente no sería el mismo —contestó Bundle.

—¿Nos harán una jugarreta? —se asustó su padre—. Ese francés me da mala espina. La policía de su país es muy eficiente. Te rodea de gomas el brazo, reconstruye el crimen, te pone nervioso y tus reacciones quedan registradas en un termómetro... Sé que cuando griten: «¿Quién mató al príncipe Miguel?», mi temperatura ascenderá a cuarenta grados y me meterán en la cárcel. ¡Es horrible!

—Mister George Lomax y mister Eversleigh —anunció Tredwell.

—Se presentan Codders y su perro fiel —murmuró Bundle.

Bill avanzó derecho hacia ella, mientras George saludaba al marqués con el ficticio entusiasmo que usaba en las ceremonias públicas.

—Mi querido Caterham —dijo, agitando la mano del anfitrión—, recibí su invitación y, naturalmente, he venido.

—Encantado de verle, amigo mío, encantado —repuso el marqués,

cuya conciencia, como siempre que se indignaba, le obligaba a exagerar su cordialidad—. Yo no le invité, pero viene a ser lo mismo. Entretanto, Bill acometía a Bundle en voz baja.

—Oye, ¿qué sucede? ¿Huyó Virginia durante la noche? La raptaron, ¿verdad?

—No. Dejó una nota en la almohada, como imponen los cánones.

—¿Se ha fugado, por casualidad, con ese colonial? Siempre me desagradó... y parece ser un ladrón tremendo. Será, sin duda, una broma.

—¿Por qué?

—El rey Víctor es francés. Cade, inglés hasta el tuétano.

—Ese Víctor es un políglota y medio irlandés.

—¡Señor! Por eso escapó, ¿verdad?

—Yo qué sé. Anteayer desapareció y esta mañana tuvimos un telegrama suyo pidiendo que los invitásemos. Él llegará hoy a las nueve de la noche. Los presentes han recibido un ruego similar.

—Bonita fiesta —gruñó Bill—. Un detective francés en el balcón, otro inglés en la chimenea, preponderancia del elemento extranjero... ¿Acudirá también el de la bandera estrellada?

—Mister Fish se ha esfumado —contestó Bundle—. También Virginia... Presiento, Bill, que se avecina el instante en que alguien dice «¡Fue James, el mayordomo!», y todo se aclara. Ahora esperamos a Anthony Cade.

—No vendrá —afirmó Bill.

—En tal caso, ¿para qué convocó a los accionistas, como dice mi padre?

—Hay gato encerrado. Mientras estamos aquí, él irá a otro sitio...

—Según tú, no aparecerá, ¿verdad?

—¿Va a meterse en la boca del lobo? Esta sala rezuma detectives y altos dignatarios del gobierno...

—Pobre es tu concepto del rey Víctor. No hay obstáculos para él. Situaciones como ésta le enardecen y siempre sale de ellas bien parado. Mister Eversleigh meneó dudoso la cabeza.

—Sería una hazaña hercúlea en vista de las circunstancias. Jamás... La puerta se abrió de nuevo.

—Mister Cade —anunció Tredwell.

—Anthony fue hacia el marqués.

—Lord Caterham, nunca me perdonaré las molestias que le doy. Cuente con que el misterio se aclarará esta noche.

El aristócrata se amansó, porque el joven era una de sus debilidades secretas.

—¡Bah! No importa...

—Muy amable —dijo Anthony—. ¿Estamos todos? Entonces comenzaré.

—No lo entiendo, no entiendo ni jota —protestó George, dándose tono—. Esto es muy irregular. Mister Cade no posee autoridad para... no posee autoridad. La posición es muy delicada y exijo que...

El torrente retórico fue secado por el superintendente, que murmuró unas palabras al oído del gran hombre. George se desconcertó.

—Muy bien, puesto que es así—repuso malhumorado y añadió en voz fuerte—: Estamos dispuestos a escuchar a mister Cade.

Anthony ignoró su condescendencia.

—Probablemente están enterados de que encontramos una especie de acertijo en el pasadizo secreto —comenzó—. Se mencionaba Richmond, acompañado de varias cifras. Fracasamos en nuestro propósito de resolverlo. Ahora bien; en las Memorias del conde Stylpitch, que he leído, se describe una cena en que cada uno de los comensales llevaba una insignia representando una flor. El conde usó la imitación exacta del curioso objeto que descubrimos en la cavidad del muro. Representaba la rosa. Recuerden que consistía en hileras de cosas, botones, vocales y puntos de media. ¿Qué hay en esta casa ordenado en hileras? Libros, ¿verdad? Y en el catálogo de la biblioteca de lord Caterham existe una obra titulada *Vida del conde de Richmond*. Ello les proporcionará una idea del escondrijo. Principiando por el volumen en cuestión y usando las cifras que aluden a estantes y lomos, creo que encontrarán el... el objeto oculto en un libro falso o en un hueco detrás de él.

—¡Muy ingenioso! —exclamó el marqués.

—Sí, es ingenioso —admitió George—; pero falta ver si...

Anthony rió.

—Si hay garbanzos en el cocido, ¿verdad? Lo comprobaremos. Iré a la biblioteca.

Lemoine se destacó del balcón, cerrándole el paso.

—Un instante, mister Cade. Con su permiso, milord.

Escribió unas líneas, metió el papel en un sobre y pulsó el timbre. Tredwell compareció. Lemoine le entregó la carta.

—Dé este sobre a su destinatario, por favor.

—Inmediatamente, señor —contestó el mayordomo, y se marchó con prosopopeya.

Anthony tomó asiento.

—¿Qué intenta, Lemoine? —preguntó suavemente.

El ambiente semejó cargarse de electricidad.

—Si la joya está donde usted afirma, donde ha permanecido siete años, un cuarto de hora más de espera no le perjudicará.

—Prosiga —animó Anthony—. No es eso lo que quiere decir.

—No, no lo es. En este momento sería... imprudente consentir que alguien abandonara la sala, sobre todo si es persona de problemáticos antecedentes.

Anthony se puso un cigarrillo en los labios, enarcando las cejas.

—Un vagabundo no es respetable, ¿verdad? —murmuró.

—Mister Cade, hace dos meses estaba usted en el sur de África. Ha sido comprobado. Pero, ¿y antes?

—En Canadá. En el salvaje noroeste.

—¿No sería, más bien, en una cárcel francesa?

Battle cubrió automáticamente la puerta con la espalda, corno para interceptar la retirada de Anthony.

El joven miró fijamente a Lemoine y rompió a reír.

—Mi querido señor... ¡Qué monomanía! Ve al rey Víctor hasta en la sopa. ¿Soy yo ese interesante caballero?

—¿Lo niega?

Anthony sacudió una mota de ceniza de su manga.

—Jamás niego lo que me divierte. Y su acusación peca de grotesca.

—¡Ah! ¿Es ésa su opinión?

El francés avanzó. Su semblante, estremecido por una palpitación nerviosa, denotaba perplejidad y recelo, como si su interlocutor le desorientase.

—Monsieur, en esta ocasión... en esta ocasión nada me impedirá arrestar al rey Víctor.

—Enhorabuena. Pero lo intentó en vano otras veces. ¿No teme que vuelva a vencerle? Es resbaladizo como una anguila.

La conversación se había convertido en un duelo de inteligencia entre los dos hombres. Los circunstantes percibían su tensión. Era la lucha decisiva entre Lemoine y el hombre que fumaba despreocupadamente.

—Yo andaría con pies de plomo —continuó Anthony— para evitar los agujeros.

—El pavimento es liso.

—Su seguridad sólo tiene un punto oscuro: la necesidad de la prueba. Lemoine sonrió de modo que llamó la atención de Anthony. Se levantó a aplastar el cigarrillo en el cenicero.

—¿Vio que escribí unas líneas? —preguntó el policía francés—. Las destiné a la posada del pueblo. Ayer recibí de Francia las huellas dactilares y las medidas antropométricas del rey Víctor o del supuesto capitán O'Neill. Me las enviarán en seguida. ¡Dentro de unos minutos sabremos si usted es ese hombre!

—No negaré su astucia, Lemoine; no se me ocurrió esa estratagema. La llegada de las fichas me obligará a mojar los dedos en tinta, o a cualquier cosa igualmente desagradable, medirá mis ropas y buscará marcas y cicatrices en mi cuerpo. Si los datos coinciden...

—Si coinciden, ¿qué?

Anthony se irguió.

—En efecto, ¿qué?

Lemoine hizo un gesto teatral.

—¡Habré demostrado que es el rey Víctor!

—Lo cual le henchiría de satisfacción —dijo Anthony—. De todos modos, a mí no me perjudicaría. Convengamos teóricamente que yo fuese ese ladrón... podría

arrepentirme.

—¿Cómo?

—Póngase en el lugar del rey Víctor, use su imaginación. Sale de la prisión, los años han pasado implacables y ha perdido una buena dosis de afición a la vida de aventuras. Supongamos que ha conocido a una mujer hermosa, con la que desea casarse y establecerse en el campo para cultivar guisantes. Ha decidido ser respetable. ¿Lo concibe?

—No.

—Claro. Usted no es el rey Víctor, ¿verdad? Por tanto, ignora sus sentimientos.

—No diga majaderías —gruñó el francés.

—No lo son, Lemoine. ¿De qué me acusa, si soy el rey Víctor? En el pasado no pudo reunir pruebas contra mí. He cumplido la condena y... y eso es todo. Podría quizá detenerme fundándose en el equivalente francés de «vagabundeo con fines criminales». ¡Triste satisfacción! ¿No?

—Olvida algo —replicó el policía—. ¡América! América, donde con falsos pretextos, y arrogándose la personalidad del príncipe Nicolás Obolovitch, intentó una estafa.

—Descanse, Lemoine. Yo no estaba en los Estados Unidos en esa fecha, como puedo justificar fácilmente. Y si el rey Víctor suplantó a ese príncipe, entonces yo no soy el citado rey Víctor. ¿Está seguro de que era un farsante?

El superintendente Battle terció de repente.

—El hombre era un impostor, mister Cade.

—No le llevaré la contraria, Battle —dijo Anthony—, porque tiene la costumbre de no equivocarse. ¿Sabe si el príncipe Nicolás murió en el Congo?

—No podría jurarlo —repuso el superintendente—. Únicamente es una creencia general.

—Su lema, lo recuerdo bien, puede desdoblarse. Ante todo, cautela; y en segundo término, dar largas. He aprendido la lección y he dado cuerda a mister Lemoine. Me abstuve de refutar sus acusaciones; ahora va a sufrir una desilusión, suelo ir bien armado. Presintiendo que se suscitarían dificultades en esta reunión, me pertreché de un triunfo... que espera en el piso.

—¿En el piso? —se interesó lord Caterham.

—Sí. Un hombre a quien la vida no ha sonreído últimamente. Alguien le golpeó en la cabeza. Yo he sido un buen samaritano.

Intervino mister Isaacstein con voz grave.

—¿Podemos adivinar quién es?

—Si lo prefieren, pero... —empezó Anthony.

Lemoine le interrumpió con ferocidad.

—¡Qué astuto! ¿Qué se propone? ¿Vencerme de nuevo? Tal vez sea cierto lo que

dice, tal vez no estuviera en los Estados Unidos... Sería indigna de su inteligencia una mentira tan burda. Pero hay algo irrebatible. ¡Asesinato! Sí, el asesinato del príncipe Miguel. Le mató aquella noche porque le sorprendió buscando la joya.

—Lemoine, ¿desde cuándo el rey Víctor mata a sus semejantes? —prosiguió Anthony enérgicamente—. Sabe usted, tan bien como yo, que nunca vertió sangre.

—En tal caso, ¿quién le asesinó? —gritó el francés—. ¡Veamos!

La última palabra se confundió con el agudo sonido de un silbato. Anthony se levantó, desechando su anterior indiferencia.

—¿Me pregunta quién mató al príncipe Miguel? —chilló—. En vez de contestarle, se lo enseñaré. He estado esperando ese silbato. El asesino de Su Alteza está en este momento en la biblioteca.

Salió por el balcón, seguido de los presentes. Recorrieron la terraza hasta la ventana de la biblioteca. Los batientes cedieron a una leve presión.

Anthony apartó las cortinas de terciopelo para contemplar la habitación.

Una figura oscura quitaba y ponía los volúmenes de una librería, tan absorta, que no percibió su presencia.

Y entonces, mientras intentaban reconocer a la persona, vagamente iluminada por su propia linterna, alguien atravesó por delante de ella rugiendo como una bestia salvaje.

La linterna cayó al suelo, se apagó y el ruido de una terrible lucha resonó en la biblioteca. Lord Caterham encontró a tientas el interruptor. Las lámparas se encendieron. Dos cuerpos se debatían enlazados. El final se produjo entonces. Hubo la seca detonación de una pistola y la figura más pequeña se abatió. La otra se volvió a mirarlos... ¡Era Boris, cuyos ojos parecían ascuas de ira!

—Ella mató a mi amo —bramó—. Ella intentó matarme. Quise arrebatarle el arma para vengarme, pero se disparó en la pelea. San Miguel dirigió la bala. La diablesa ha muerto.

—¿Una mujer? —chilló George Lomax.

Se acercaron al cuerpo. Tendida en el suelo, crispando aún los dedos en la pistola, con una mueca de mortal perversidad, estaba... ¡mademoiselle Brun!

Capítulo XXVIII

El rey Víctor

—Sospeché de ella al principio —explicó Anthony—, porque se encendió la luz de su dormitorio la noche del crimen. Después, tras de informarme en Bretaña, creí que era una auténtica institutriz. Fui tonto. La condesa de Breteuil, que había empleado a mademoiselle Brun, alabó sus servicios, de suerte que no se me ocurrió que la verdadera Brun pudiera ser secuestrada camino de Chimneys y reemplazada por otra mujer. Cambié mis sospechas hacia mister Fish. Hasta que me siguió a Dover, y tuvimos una charla, no empecé a ver claro. Entonces, enterado de que era un detective de la agencia Pinkerton a la búsqueda del rey Víctor, mis recelos volvieron al punto de partida.

»Me preocupaba de manera sobresaliente que mistress Revel hubiera reconocido a la mujer. Pero recordé que ello había sido *después* de que hube mencionado que era la dama de compañía de la condesa de Breteuil, y que sólo había dicho que su rostro le resultaba familiar. El superintendente Battle les dirá que existió una conjura deliberada para obstaculizar la venida de mistress Revel a Chimneys. En ella intervino, nada menos, un cadáver. Y aunque este asesinato fue obra de los Camaradas de la Mano Roja, en castigo de una supuesta traición de la víctima, la puesta en escena y la ausencia del símbolo de tal organización, apuntaban a una inteligencia superior, encargada de la dirección de las operaciones. Fue evidente, desde los comienzos, que el problema se relacionaba con Herzoslovaquia. Mistress Revel era la única de nosotros que había vivido en aquel país. Mi idea de que alguien ocupaba el lugar del príncipe Miguel se hundió por lo errónea. Cuando vislumbré la posibilidad de que la institutriz fuese una impostora, y agregué a ello el hecho de que su cara le era familiar a mistress Revel, la verdad iluminó mi mente. Era evidente la importancia de que no la reconociesen, y mistress Revel era la única que podía llevarlo a cabo.

—Pero, ¿quién era? —preguntó el marqués— ¿Alguien a quien mistress Revel había tratado en Herzoslovaquia?

—El barón podrá contestarnos —dijo Anthony.

—¿Yo? —exclamó el barón, contemplando el cuerpo exánime.

—Fíjese bien. Prescinda del maquillaje —aconsejó Anthony—. Acuérdese de que fue excelente actriz.

—¡Dios mío! ¡No! ¡Imposible! —gimió el barón.

—¿Qué es imposible? —inquirió George—. ¿Quién es esta señora? ¿La reconoce, barón?

—No, no, no es posible —repitió el barón sin hacerle caso—. La mataron. Mataron a los dos en la escalera del palacio. ¡La enterramos!

—Mutilada e irreconocible —le recordó Anthony—. Les engañó. Debió de huir a América y pasar varios años oculta por culpa de su terror a los Camaradas de la Mano Roja, que habían dirigido la revolución y que le tenían inquina. El rey Víctor recobró la libertad. Juntos proyectaron recobrar el diamante. Lo buscaba ella la noche en que el príncipe Miguel la descubrió y la reconoció. Ordinariamente, y puesto que los príncipes no suelen reparar en la servidumbre, no corría peligro. Y podría retirarse con una conveniente *migraine*, como el día en que vino el barón.

»Empero, encontróse cara a cara con el príncipe Miguel cuando menos lo esperaba. Se veía amenazada por la desgracia y la infamia. Y disparó contra él. Fue ella quien guardó el revólver en la maleta de mister Isaacstein para borrar su pista y quien devolvió las cartas.

Lemoine dio un paso adelante.

—¿Vino a buscar la joya aquella noche? —dijo—. ¿No iría al encuentro de su cómplice, el rey Víctor? ¿Qué contesta?

—¡Qué persistente es usted, mi querido Lemoine! —se quejó Anthony—. ¿No le basta saber que me reservo un triunfo?

George, de mentalidad obtusa, intervino.

—Mi perplejidad se acrecienta. ¿Quién era su dama, barón? Usted la ha reconocido.

El barón se irguió.

—Se equivoca, mister Lomax. Jamás a esta señora vi. Una desconocida para mí es.

—Pero... —balbuceó George.

El barón le condujo a un rincón y murmuró algo. Anthony observó risueño en el semblante de George todos los síntomas de una apoplejía incipiente, y oyó su voz sonora tartamudeando:

—Claro... Claro... naturalmente... sería inútil... situación complicada, discreción suma.

—¡Ah! —gritó Lemoine, dando un manotazo a una mesa—. ¿Qué me importa el asesinato del príncipe Miguel? Yo busco al rey Víctor. Anthony hizo un gesto de piedad.

—Lo siento, Lemoine, en vista de su capacidad... Va a perder la última baza por mi culpa.

Apretó el timbre y apareció a los pocos instantes el mayordomo.

—Un caballero llegó conmigo esta noche, Tredwell.

—Sí, señor; un extranjero.

—Suplíquele, por favor, que se reúna con nosotros.

—Muy bien, señor. Tredwell se retiró.

—¿Qué es mi triunfo? El misterioso monsieur X —anunció Anthony—¿Quién es? ¿Lo adivinan?

—En vista de sus insinuaciones de esta mañana y de su actitud de esta noche —respondió Isaacstein—, no creo que quepa duda. Ha localizado al príncipe Nicolás de Herzoslovaquia.

—¿Opina lo mismo, barón?

—Sí. A menos que un impostor sea. Y creerlo no puedo. Conmigo sus tratos siempre honrados fueron.

—Gracias, barón. No olvidaré su gentileza. ¿Están todos de acuerdo?

Sus ojos recorrieron el círculo de rostros expectantes. Sólo el de Lemoine se desviaba hacia la mesa. Anthony oyó pasos en el vestíbulo.

—Pero, ¡ninguno de ustedes acierta! —exclamó con una extraña sonrisa.

Se dirigió rápidamente hacia la puerta y la abrió de par en par.

Ante ella había un hombre... Un hombre de barbita negra, gafas y atildada apariencia, descompuesta únicamente por las vendas que rodeaban su cráneo.

—Permítanme que les presente a monsieur Lemoine, de la Sûreté de París.

Hubo una carrera y un baque, y después los acentos nasales de la voz de mister Hiram P. Fish sonaron tranquilamente en la ventana.

—No, hijo mío, por aquí no. He estado estacionado aquí toda la noche con el objeto particular de estorbar su fuga. Le apunta mi excelente automática. Vine a cazarle y lo he logrado... Pero es usted un chico muy notable.

Capítulo XXIX

Más aclaraciones

—Nos debe una explicación, mister Cade —dijo Herman Isaacstein, algo más tarde.

—Poco resta que no sepan —respondió Anthony—. Fui a Dover y Fish me siguió en la creencia de que yo era el rey Víctor. El descubrimiento de un desconocido, prisionero de los secuaces del malhechor, y su relato subsiguiente, nos lo revelaron todo. La historia se repetía. El verdadero policía había sido secuestrado y el falso, en este caso el rey Víctor, ocupaba su lugar. Battle pensó siempre con reparos en su colega y pidió a París sus huellas dactilares y otros medios de identificación.

—¡Ah! —exclamó el barón—. Las huellas y las medidas antropométricas de que el rufián habló.

—Fue un estupendo rasgo de inteligencia —dijo Anthony—. Lo admiré tanto, que quise forzarle la mano. Mi conducta embrollaba al falso Lemoine. Mi información sobre las hileras y la joya le impulsaron a avisar a su cómplice y, al mismo tiempo, a mantenernos en la cámara del consejo. El billete fue dirigido a la Brun. Tredwell lo entregó inmediatamente. La acusación de Lemoine de que yo era el rey Víctor fue un medio para distraer e impedir que alguien se marchase de la sala. En cuanto quedase aclarada mi personalidad y acudiéramos a la biblioteca en busca de la joya, creyó que ésta ya habría desaparecido.

George carraspeó.

—Debo aclarar, mister Cade, que considero sus actos altamente reprensibles. Uno de nuestros bienes patrios pudo desaparecer para siempre si su proyecto llega a fracasar. Fue una temeridad, una temeridad.

—¿Todavía no lo ha descubierto, mister Lomax? —preguntó Fish, arrastrando las sílabas—. El histórico diamante jamás estuvo detrás de los libros de la biblioteca.

—¿Jamás?

—Sí.

—El acertijo, o el emblema, del conde Stylpitch significaba ahora, igual que en su época, una rosa —expuso Anthony—. La tarde del lunes, en que lo resolví, fui a la rosaleda. Mister Fish había tenido la misma idea. Si se dan, de espaldas al reloj de sol, siete pasos adelante, ocho a la izquierda, y tres a la derecha, se llega a un rosal cuyas rosas se denominan Richmond. A nadie se le ocurrió cavar en el jardín durante los registros. Les animo a que lo hagan mañana por la mañana.

—Por consiguiente, los libros de la biblioteca...

—Fue una invención mía para picar a la dama. Mister Fish, apostado en la terraza, silbó cuando psicológicamente había llegado el momento. Él y yo

implantamos la ley marcial en la casa de Dover para que los Camaradas no avisasen al falso Lemoine.

—Bueno, bueno —rió el marqués—. El problema se ha resuelto de modo satisfactorio.

—Menos una cosa —objetó mister Isaacstein.

—¿Cuál?

El gran financiero miró directamente a Anthony.

—¿Para qué me trajo aquí? ¿Para que presenciase un intrigante drama?

—No, mister Isaacstein —repuso Anthony—. Su tiempo es oro. Su primera visita a esta casa, ¿a qué se debió?

—Al propósito de negociar un empréstito.

—¿Con quién?

—Con el príncipe Miguel de Herzoslovaquia.

—Exactamente. El príncipe Miguel ha muerto. ¿Ofrecería el mismo empréstito, en idénticas condiciones, a su primo Nicolás?

—Pero falleció en el Congo.

—Si falleció, yo le maté. ¡Oh, no, no soy un asesino! Quiero decir: fui yo quien propagó la noticia de su muerte. Le prometí un príncipe, Isaacstein. ¿Le sirvo yo?

—¿Usted?

—En efecto, yo soy su hombre, Nicolai Sergius Alexander Ferdinand Obolovitch. El nombre resultaba demasiado largo para el género de vida que me proponía llevar, por lo que me marché al Congo transformado sencillamente en Anthony Cade.

El pequeño capitán Andrassy se levantó de un salto.

—¡Increíble! ¡Imposible! —bufó—. Retire sus palabras, caballero.

—Le ofreceré toda clase de pruebas —contestó Anthony—. Podré convencer al barón.

El barón alzó la mano.

—Sus pruebas examinaré, sí. Pero no las necesito. Su palabra basta. Además, a su madre inglesa mucho se parece. Siempre pensé: «Este joven en regia cuna nacido ha».

—Le prometo, barón, no olvidar su confianza cuando llegue el día de la recompensa —dijo Anthony.

Se volvió hacia el superintendente, cuyo semblante no había perdido la impasibilidad.

—Mi postura ha sido muy precaria. ¿Quién poseía en esta casa más motivos que yo para que Miguel Obolovitch muriese? Yo era su heredero al trono. Le he tenido gran miedo a Battle, sospechaba de mí y sólo le contenía la falta de móvil.

—Nunca le creí culpable, señor —aseveró el superintendente—. En estas materias me guío por corazonadas. Pero noté que temía algo, y eso me extrañaba.

Desde luego, enterado de quién era, me hubiese rendido a la evidencia y le habría arrestado.

—Me alegro de haber podido ocultarle un secreto. Me sonsacó todos los demás. Es usted un magnífico policía, Battle. En el futuro respetaré a Scotland Yard pensando en usted.

—¡Extraordinarios descubrimientos! ¡Sorprendentes noticias! —exclamó George —. Yo... apenas lo creo. Barón, ¿está seguro de...?

—Mi querido mister Lomax —dijo Anthony con una nota dura en la voz—. No es mi propósito pedir a su Ministerio que apoye mis aspiraciones sin ofrecer las pruebas documentales más concluyentes. Lo aplazaremos por ahora. Barón, usted, mister Isaacstein y yo negociaremos el empréstito.

El barón se puso en pie y entrechocó los talones.

—Alteza, el instante más dichoso de mi existencia será el día en que ocupe el trono de Herzoslovaquia —dijo solemnemente.

—¡Ah, barón! —profirió Anthony, cogiéndole del brazo—. Lo olvidaba. Hay que tomar en consideración algo más. Estoy casado.

El barón, palideciendo, retrocedió unos pasos.

—Algún contratiempo tenía que haber —tronó—. ¡Señor del Cielo! ¡Está casado con una negra africana!

—¡Hombre! No he llegado a tanto —rió Anthony—. Mi mujer es blanca de pies a cabeza.

—¡Uf!... Un enlace morganático respetable aceptarse puede.

—Es algo más. Será una reina tan digna como yo rey. No, no mueva la cabeza. Tiene el linaje necesario. Es hija de un par inglés cuya alcurnia se remonta al tiempo del Conquistador. Actualmente está de moda que los monárquicos se casen con personas de la aristocracia... Y ella posee cierto conocimiento de Herzoslovaquia.

—¡Dios mío! —gritó George, desquiciado de su habitual prudencia—. ¿Es...? ¡Oh, no! ¿Es Virginia Revel?

—Sí, es Virginia —respondió Anthony.

—Mi estimado muchacho... —chilló lord Caterham—. Perdón, quise decir Alteza. Le felicito de todo corazón. Es una criatura deliciosa, incomparable.

—Gracias, lord Caterham. Es lo que usted dice y mucho más.

Mister Isaacstein contemplaba a Anthony con curiosidad.

—Excúseme Su Alteza... Pero, ¿cuándo se casaron?

—Esta misma mañana.

Capítulo XXX

Anthony acepta un nuevo trabajo

—Caballeros, inmediatamente estoy con ustedes —dijo Anthony.

Esperó a que los presentes se fueran de la habitación y se volvió hacia el superintendente, que en aquel momento parecía absorto en el examen de los entrepaños.

—Battle, ¿qué desea preguntarme?

—¿Cómo lo ha adivinado, señor? Desde luego, ya sé que es usted muy listo... ¿La mujer muerta es la reina Varaga?

—Sí, pero lo mantendremos en secreto, porque afecta a mi familia.

—Mister Lomax se encargará de ello y quienes lo sabemos seremos discretos.

—¿Eso es todo?

—No, señor; ha sido una pregunta incidental. ¿Sería atrevido pedirle que me explicara por qué renunció a su apellido?

—Me «maté» por razones impecables. Mi madre fue inglesa y yo me eduqué en Inglaterra, que me interesó siempre más que Herzoslovaquia. Me avergonzaba andar por el mundo con un título de opereta. Mis ideas, en la adolescencia, fueron democráticas, creí en la pureza de la libertad y en la igualdad humanas, y desconfié de reyes y príncipes.

—¿Y desde entonces? —preguntó el superintendente.

—¡Oh! Desde entonces he viajado, visto países y comprobado que existe en ellos poquísima igualdad. No soy un apóstata de la democracia, pero hay que meterla a la fuerza en el gaznate del pueblo para que la digiera. Mi postrer creencia en la hermandad del hombre murió el día de mi llegada a Londres, cuando los ocupantes del vagón del metro se negaron a apartarse para que entrasen otros pasajeros. La gente no se convertirá en ángeles porque apelen a la parte noble de su naturaleza; sólo una fuerza juiciosa la obligará a ser relativamente decente con su vecino. La fraternidad humana, en la que tengo una fe teórica, es asunto del porvenir... Reinará dentro de unos diez mil años y pico. ¿Qué se logra con la impaciencia? El proceso de la evolución es lento.

—Sus doctrinas son muy interesantes, señor. Creo que será un excelente monarca.

—Gracias, Battle —dijo Anthony y suspiró.

—No parece usted muy dichoso, señor.

—¡Hum! Me divertiré, desde luego. Pero será un trabajo fijo y yo los he evitado siempre.

—¿Lo asume porque es deber suyo, señor?

—¡Cielos, no! ¡Qué idea! Busque a la mujer, Battle. Por ella sería algo más que rey.

—Comprendo, señor.

—El barón y mister Isaacstein podrán frotarse las manos. Uno tendrá su rey, y otro su petróleo, y yo... ¡oh!, Battle, ¿se ha enamorado alguna vez?

—Aprecio mucho a mistress Battle.

—Aprecia a... Entonces no me entiende. Lo mío es diferente.

—Su criado espera en el exterior junto a la ventana.

—¿Boris? Es un hombre maravilloso. Menos mal que el arma se disparó durante la lucha, porque Boris hubiera retorcido el pescuezo a esa mujer y acabado en el patíbulo. Ejemplariza la fidelidad a la dinastía de los Obolovitch. Fue curioso que, muerto Miguel, se aferrase a mí. No podía saber quién era yo.

—Fue su instinto.

—Muy empalagoso lo juzgué entonces, temiendo que me delatase a usted. Será mejor que vaya a ver qué desea.

Traspuso la ventana. El superintendente le siguió con la mirada y después dijo al mensajero:

—Será un buen rey.

—Amo —decía Boris en la terraza echando a andar.

Anthony caminó tras él. Boris señaló un banco de piedra, en el que la luna permitía vislumbrar a dos figuras. Anthony se adelantó. El herzoslovaco se hundió en las sombras.

Las dos figuras se dirigieron a su encuentro. Una era Virginia, la otra...

—Hola, Joe —saludó una voz conocida—. He estado charlando con esta estupenda mujer.

—¡Por todo lo sagrado! ¡Jimmy McGrath! —gritó Anthony—. ¿Cómo diablos has llegado hasta aquí?

—Mi expedición al interior fue una calamidad. Después me atosigaron unos extraños personajes, empeñados en comprar el manuscrito y una noche faltó un pelo para que me clavasen un cuchillo entre los hombros. Ello me hizo reflexionar que te había confiado una misión más peligrosa de lo que creía, me dije que necesitarías ayuda y partí en el barco siguiente.

—Es espléndido, ¿verdad? —exclamó Virginia, apretando el brazo de Jimmy—. ¿Por qué no me contaste antes que era así, Anthony?

—Veo que lo habéis pasado muy bien juntos —dijo Anthony.

—Durante mis investigaciones, encontré a esta joven. No era lo que temí, es decir, una altiva dama de la aristocracia que me pondría la piel de gallina.

—Me habló de las cartas —agregó Virginia—. Casi me avergüenzo de no haber sufrido contratiempos por su culpa, teniendo a tan agradable y apuesto caballero

andante.

—No se las hubiera dado, si llego a saber cómo es usted —aseguró, galante, Jimmy—. Yo se las hubiera traído. ¿Concluyó la función, muchacho? ¿No puedo divertirme un poco?

—Algo harás. Espera un instante.

Anthony entró en la casa. Tres minutos más tarde regresaba con un paquete que entregó a Jimmy.

—Coge en el garaje el coche que más te guste y pon estos papeles en manos del señor Balderson, en el 17 de la plaza Sverdaen, que es su domicilio. Recibirás a cambio un millar de libras esterlinas.

—¿Qué? ¿Son las Memorias? ¿No las quemaron?

—¿Por quién me tomas? —se indignó Anthony—. ¿Iba a tragarme un cuento como aquél? Telefoneé inmediatamente a los editores, averigüé que la anterior llamada había sido falsa y me puse alerta. Preparé otro paquete, como habíamos convenido. Guardé las verdaderas Memorias en la caja de caudales del hotel y les largué las supuestas. Las genuinas estuvieron siempre en mi poder.

—¡Viva! —chilló Jimmy.

—¡Oh, Anthony! —exclamó Virginia—. ¿Permitirás que las publiquen?

—¿Cómo impedirlo? No abandonaré a un amigo como Jimmy. Pero no temas. Tuve tiempo de leerlas. Ahora sé por qué se murmura que los personajes alquilan plumas ajenas para la redacción de sus autobiografías. Stylpitch, en lo literario, era un plomo. Se extiende en la elaboración de doctrinas políticas a expensas de las anécdotas indiscretas y salpimentadas. Su pasión por los secretos persistió hasta el fin. Desde la primera a la última página las Memorias no encierran una palabra que hiera la susceptibilidad del político más quisquilloso. Balderson y yo concertamos que recibiría el original esta noche, antes de las doce; Jimmy puede ganarse su pan honradamente, puesto que está en Inglaterra.

—Me voy —dijo McGrath—. Mil libras tienen un acusado atractivo para mí, especialmente habiéndolas considerado perdidas irremisiblemente.

—Contén tu ansiedad —rogó Anthony—. Debo confesar a Virginia algo que todo el mundo conoce menos ella.

—No me impresionan tus antiguos amores, siempre y cuando no me hables de ellos.

—¡Amores! —se quejó Anthony, con virtuoso acento—. James, ¿con qué tipo de mujeres me viste la última vez?

—Le asediaba una bandada de gallinas no menores de cuarenta y cinco años —declaró Jimmy solemnemente.

—Gracias, muchacho; eres un buen amigo. Pero... se trata de algo peor. Ignoras mi verdadero nombre.

—¿Tan horrible es? —curioseó Virginia—. ¿Te llamas Pobbles? Me divertiría ser mistress Pobbles.

—Como siempre, piensas de mí lo peor.

—Hubo una ocasión en que, durante un minuto y medio, te acusé de ser el rey Víctor.

—Jimmy, te ofrezco un empleo. Buscar oro en las rocosas soledades de Herzoslovaquia.

—¿De veras lo hay? —preguntó McGrath con avidez.

—Tiene que haberlo, es un país maravilloso.

—¿Seguirás entonces mi consejo de ir a él?

—Sí. Fue de una prudencia fenomenal. Volvamos a la confesión. Ni me raptaron los gitanos, ni me perdió mi niñera, pero... pero soy el príncipe Nicolás Obolovitch de Herzoslovaquia.

—¡Anthony! —chilló Virginia—. ¡Qué romántico! ¡Y me casé contigo! ¿Qué haremos?

—Presentarnos en Herzoslovaquia y jugar a reyes y reinas. Jimmy McGrath aseguró una vez que sus soberanos viven un término medio de cuatro años. ¿Te importa?

—Al contrario, me entusiasma.

—¿En qué mundo vivo, Señor? —masculló Jimmy.

Se perdió discretamente en la noche. Por fin tronó el motor de un automóvil.

—Nada hay como transferir nuestras preocupaciones a hombros ajenos —ronroneó Anthony satisfecho—. Además, no sabía cómo librarme de él. Desde la boda no hemos estado a solas un minuto.

—Nos divertiremos. Enseñaremos a los bandidos a no robar y a los asesinos a no asesinar y, en general, mejoraremos el índice moral de la nación.

—Me consuelan tus ideales. Mi sacrificio no habrá sido completamente estéril.

—¡Tonterías! Lo pasarás bien como rey, porque lo llevas en la sangre. Te educaron para gobernar; tienes vocación para ello, lo mismo que los albañiles para amontonar ladrillos.

—No se me había ocurrido —admitió Anthony—. Oye, no desperdiciemos el tiempo hablando de albañiles. ¿Sabes que en este momento debería conferenciar con Isaacstein y Lollipop? ¿Acerca de qué? De petróleo. Sin embargo, me esperarán, Virginia, recordarás mi confesión de que intentaba conquistarte...

—Lo recuerdo —susurró la joven—. Y el superintendente Battle estaba en la ventana.

—Ahora no nos espía.

La abrazó y besó sus párpados, sus labios, el oro de su cabellera...

—¡Cuánto te amo, Virginia! ¡Cuánto! ¿Y tú? La miró, seguro de su respuesta.

Virginia, descansando la cabeza en su pecho, contestó en voz baja y temblorosa:

—Ni pizca.

—¡Diablillo! —exclamó Anthony y la besó otra vez—. Sé que te adoraré hasta que muera...

Capítulo XXXI

Últimos detalles

***Escenario**: Chimneys.*
***Hora**: once en punto de la mañana.*
***Día**: jueves.*

Johnson, el agente de policía, cava en mangas de camisa.

En el aire se expande algo análogo al ambiente de un entierro. Los amigos y parientes rodean la fosa que Johnson ahonda.

George Lomax parece ser el heredero favorecido en el testamento del difunto. El superintendente Battle, impasible, experimenta un ligero contento de que la ceremonia suceda tan correctamente. Lord Caterham tiene el semblante majestuoso y atónito del inglés durante el curso de los ritos religiosos.

Mister Fish discrepa del conjunto. Le falta la debida gravedad.

Johnson se endereza de súbito. Hay un estremecimiento de emoción.

—Gracias, hijo —dijo mister Fish—. Nosotros nos cuidaremos de lo que falta.

Evidentemente se trata del médico de cabecera.

Johnson se aparta. Mister Fish, con la debida solemnidad, se inclina. El cirujano se dispone a operar.

Levanta un paquetito. Ceremoniosamente se lo pasa al superintendente Battle. Éste lo entrega a su vez a George Lomax. La etiqueta ha sido respetada.

George Lomax deshace el paquete, corta el hule interior y hunde los dedos en otras envolturas. Algo aparece una fracción de segundo en la palma de su mano y lo esconde de nuevo en algodón.

Y carraspea.

—En este gratísimo trance... —empieza y su voz se eleva clara y fuerte como la del orador ducho.

Lord Caterham se bate en retirada. En la terraza encuentra a su hija mayor.

—Bundle, ¿funciona tu coche?

—Sí. ¿Por qué?

—Llévame a la ciudad. Hoy me marcho decididamente al extranjero.

—Pero...

—No repliques, Bundle. George Lomax me dijo esta mañana, al llegar, que deseaba entrevistarse conmigo acerca de una cuestión de gran importancia y agregó que el rey de Tombuctú vendría dentro de poco a Londres. No lo sufriré más, ¿lo

oyes, Bundle? ¡Ni por cincuenta Georges! La nación puede comprar Chimneys si tanto aprecia su historia. De lo contrario, ofreceré esta casa a unos capitalistas que la convertirán en hotel.

—¿Dónde está Codders?

Bundle, como siempre, está a la altura de las circunstancias.

—Hasta dentro de quince minutos cantará las glorias del Imperio —responde el marqués echando una mirada a su reloj.

Segundo cuadro.

Mister Bill Eversleigh, que no asiste a la ceremonia, está al teléfono.

—... No, en serio. No seas orgullosa... ¿Cenarás conmigo por lo menos?... No, no lo tengo. Estoy clavado al escritorio. Codders es un tirano... Dolly, ya sabes lo que siento por ti; eres la única mujer en que pienso... Sí, iré antes al teatro. ¿Cómo es la letra? «Y la muchacha emplea anzuelos y ojos...»

Ruidos extraordinarios: Mister Eversleigh canta la canción.

Mientras tanto, George remata su discurso:

—... La paz y la posteridad del Imperio británico.

—He tenido una semanita magnífica —comunicó mister Hiram P. Fish a quien quiso escucharle.